Seix Barral
Miguel Hernández
Libro de la guerra
Edición de Elena Medel

Seix Barral
Miguel Hernández
Libro de la guerra
Edición de Elena Medel

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

El soldado más herido

I. ANTES DE LA GUERRA (1935-1936)

Sonreídme

Alba de hachas

Misiones pedagógicas

Mi sangre es un camino

Verano e invierno

Fragmentos de Los hijos de la piedra. Drama del monte y sus jornaleros

Los bandidos españoles

II. LOS AÑOS DE LA GUERRA (1936-1939)

1936

Carta a José María de Cossío (Orihuela, 12 de septiembre de 1936)

Carta a Josefina Manresa (Cubas de la Sagra, Madrid, 27 de septiembre de

1936)

Elegía primera

Vientos del pueblo

1937

Del prólogo a Teatro en la guerra

Los cobardes

Las abarcas desiertas

La cola

El campesino

Defensa de Madrid: Madrid y las ciudades de retaguardia

Los seis meses de guerra civil vistos por un miliciano

El pueblo en armas

El deber del campesinado

Primeros días de un combatiente

Hombres de la Primera Brigada Móvil de Choque

Rosario, dinamitera

Inauguración de la biblioteca

Las manos

Jornaleros

El niño yuntero

Compañera de nuestros días

Aceituneros

Los evadidos del infierno fascista

En el Frente de Extremadura

El hijo del pobre

El hogar destruido

Sobre el decreto del 8 de abril. El fascismo y España

La fiesta del trabajo

La rendición de la Cabeza

Los traidores del Santuario de la Cabeza

Los problemas del pan

Familia de soldados

Canción del antiavionista

Canción del esposo soldado

Miguel Hernández en el Ateneo. Un gran poeta del pueblo en la guerra

Fuerza del Manzanares

El viaje a la URSS

Los sentados

Hay que ascender las artes hacia donde ordena la guerra

Fragmentos de Pastor de la muerte. Drama en cuatro actos

La guerra, madre

1938

Un año de guerrillas en Galicia (I)

Un año de guerrillas en Galicia (y II)

Canción primera

Rusia

La fábrica-ciudad

El vuelo de los hombres

El hambre

El herido

Las cárceles

Llamo a los poetas

18 de julio [de] 1936-18 de julio [de] 1938

Madre España

Canción última

Carta a Josefina Manresa (Valencia, 30 de junio de 1938)

1939

Carta al capitán Esteban (Cox, 1 de enero de 1939)

Carta a José María de Cossío (Cox, 14 de marzo de 1939)

III. DESPUÉS DE LA GUERRA (1939-1941)

Carta a José María de Cossío (Orihuela, 19 de abril de 1939)

Carta a Josefina Manresa (Huelva, 29 de abril de 1939)

Carta a Josefina Manresa (Rosal de la Frontera, 6 de mayo de 1939)

Carta a Aurelio Núñez Morgado (Sevilla, c. 12 de mayo de 1939)

Carta a José María de Cossío (Madrid, 20 de mayo de 1939)

Carta a Josefina Manresa (Madrid, 28 de mayo de 1939)

Carta a Pablo Neruda (Madrid, 26 de junio de 1939)

Carta a Josefina Manresa (Madrid, 8 de agosto de 1939)

Carta a Diego Romero Pérez (Madrid, 29 de agosto de 1939)

Carta a Josefina Manresa (Madrid, 12 de septiembre de 1939)

Carta a José María de Cossío (Orihuela, 19 de septiembre de 1939)

Carta a Germán Vergara Donoso (Cox, 27 de septiembre de 1939)

Carta a Josefina Manresa (Orihuela, c. 30 de septiembre de 1939)

Carta a Josefina Manresa (Madrid, 27 de diciembre de 1939)

Carta a Germán Vergara Donoso (Madrid, 5 de enero de 1940)

Carta a Josefina Manresa (Madrid, 7 de mayo de 1940)

Carta a Josefina Manresa (Madrid, 23 de julio de 1940)

Alocución en el penal de Ocaña (27 de diciembre de 1940)

Carta a Josefina Manresa (Ocaña, 27 de diciembre de 1940)

Carta a Josefina Manresa (Ocaña, 1 de enero de 1941)

Carta a Germán Vergara Donoso (Ocaña, 1 de febrero de 1941)

Carta a Josefina Manresa (Ocaña, 27 de febrero de 1941)

Carta a Vicente Aleixandre (Ocaña, 29 de abril de 1941)

Carta a Josefina Manresa (Alicante, 16 de agosto de 1941)

Selección de Cancionero y romancero de ausencias (1939 - 1941)

[El cementerio está cerca...]

[Cuerpo del amanecer...]

[La despedida...]

[Por eso las estaciones...]

[Llegó con tres heridas...]

[Ausencia en todo veo...]

[Llevadme al cementerio...]

[Muerto mío, muerto mío...]

[La vejez en los pueblos...]

[Era un hoyo no muy hondo...]

A mi hijo

[Tristes guerras...]

Guerra

Nanas de la cebolla

[Cuerpos, soles, alboradas...]

[Muerto mío...]

Otros poemas

[No sigas muerto...]

Cantar

[Con dos años, dos flores...]

Niño

[Desenterrar vivos...]

[Písame...]

Casida del sediento

Carta a Josefina Manresa (Alicante, c. 5 de enero de 1942)

Cuentos para Manolillo

El potro obscuro

El conejito

Un hogar en el árbol

La gatita Mancha y el ovillo rojo

Carta a Germán Vergara Donoso (Alicante, 19 de enero de 1942)

Carta a Carlos Rodríguez-Spiteri (Alicante, 26 de enero de 1942)

Nota a Josefina Manresa (Alicante, 27 de marzo de 1942)

Láminas

Notas

Créditos

SINOPSIS

La guerra civil y los primeros años de la dictadura franquista atravesaron la vida y

la obra de Miguel Hernández. Por su evidente reflejo en lo que escribió —a raíz del

golpe de estado planteó un viraje en su obra, hasta entonces al margen de las

motivaciones políticas— y por sus consecuencias en su propia biografía: la

afiliación al PCE en los días iniciales de la guerra, su nombramiento como

comisario político y su presencia activa en varios frentes, su viaje a la URSS y más

tarde, iniciada la dictadura, su detención y condena, su encierro en varias cárceles

y su muerte por tuberculosis en el penal de Alicante.

Miguel Hernández pasaba el verano de 1936 en su Orihuela natal. Trabajaba

en Madrid con José María de Cossío, colaborando en los proyectos editoriales del

escritor, y había logrado introducirse en los círculos culturales de la época:

acababa de publicar su libro de poemas El rayo que no cesa, contaba con la

amistad de Vicente Aleixandre y la admiración de Juan Ramón Jiménez. La guerra

transformó su escritura: mantuvo el diálogo con los clásicos del Siglo de Oro —en

sus poemas y obras de teatro no «rebaja» la exigencia lingüística— pero se abrió

a otros asuntos, priorizó lo que considera urgente, y se inició en la escritura de

artículos de opinión y crónicas periodísticas.

Libro de la guerra es una antología que, a partir de la propia obra de Miguel

Hernández (poesía, cuentos, teatro) y otros textos personales relacionados de

forma directa o implícita con la guerra civil, como cartas, documentos y

fotografías, recorre la profunda transformación ideológica y literaria que sufrió el

poeta conforme el conflicto iba ganando terreno en España. La meticulosa edición

y el prólogo de la misma ha corrido a cargo de la escritora, poeta y

editora Elena

Medel.

Vivo para exaltar los valores puros del pueblo, y a su lado estoy tan dispuesto a

vivir como morir.1

MIGUEL HERNÁNDEZ

EL SOLDADO MÁS HERIDO

POR Elena MEDEL

«Los poetas somos viento del pueblo: nacemos para pasar

soplando a través de sus poros y conducir sus ojos y sus

sentimientos hacia las cumbres más hermosas. Hoy, este hoy de

pasión, de vida, de muerte, nos empuja de un imponente modo a ti,

a mí, a varios, hacia el pueblo. El pueblo espera a los poetas con la

oreja y el alma tendidas al pie de cada siglo.» Figura en la

dedicatoria de Miguel Hernández a Vicente Aleixandre en Viento del

pueblo. Antes de formar parte de un libro, muchos de aquellos

poemas escritos desde el frente se habían compartido en la prensa

de la época: de la época significa los años de la guerra civil, significa

periódicos de trinchera que insuflaban ánimo. «El pueblo espera a

los poetas con la oreja y el alma», la forma y el mensaje, la

ambición estética y la voluntad ética, «tendidas al pie de cada

siglo», en su momento de la historia.

Libros de la guerra

Cuando escuchamos «Llegó con tres heridas», nuestra memoria completa la estrofa: «la del amor, / la de la muerte, / la de la vida».

Los poemas de Miguel Hernández han trascendido el imaginario popular, como sucede con Antonio Machado y Federico García Lorca.

Hernández nació (1910) y murió (1942) en Orihuela, todavía adolescente dejó sus estudios para pastorear el rebaño de su padre, forjó su vocación en la biblioteca del sacerdote Luis Almarcha, se apoyó en la amistad de los jóvenes escritores Carlos Fenoll —con quien compartió clase social e ideología— y Ramón Sijé —de familia adinerada, conservador, de quien cada vez se distanció más en lo político—. José Luis Ferris discute la imagen condescendiente del «pastor poeta»: pastor, sí, y poeta sobre todo; autodidacta al ensanchar su conocimiento de los clásicos partiendo de la formación ya recibida, pero en ningún caso ignorante, según el prejuicio sostenido. Los Hernández Gilabert no vivían en la pobreza —sí en la modestia, aunque el padre se relacionaba con la burguesía oriolana — y Miguel Hernández poseía conciencia de su talento, y ambición: desde finales de 1931 intentó en varias ocasiones —con cierta ingenuidad— establecerse en Madrid para triunfar. Sabía lo que

quería, y sabía que valía para conseguirlo.

Las penurias de sus primeras experiencias madrileñas situaron a Hernández entre dos mundos: Orihuela y la capital, sus orígenes y sus aspiraciones, lo que le permitiría su escaso dinero y aquello a lo que jamás accedería. A mi juicio, dos experiencias sostienen su escritura política: una reflexión intensa sobre sus circunstancias socioeconómicas, a propósito de sus idas y venidas de Madrid —los años de la República— y de las comparaciones con sus conocidos oriolanos; y las nuevas relaciones que trabó fuera de su pueblo, con las que sí compartía inquietudes ideológicas, como Carmen Conde y Antonio Oliver, en Cartagena, o Pablo Neruda.

Su carrera literaria avanzaba en los meses previos al golpe de Estado: acababa de publicar el poemario El rayo que no cesa (Colección Héroe, Madrid, 1936), que presentó en la Feria del Libro de Madrid; colaboraba con revistas de prestigio, recibía invitaciones junto con los principales nombres de la poesía de la época —Lorca, Rafael Alberti—, se mantenía gracias a su trabajo para José María de Cossío en la enciclopedia taurina de Espasa-Calpe. Todo se interrumpió el 18 de julio. Comenzó entonces una nueva etapa vital:

la del compromiso descarnado, intelectual, casi físico. Miguel

Hernández escribía poemas, artículos y crónicas, manifiestos, se desplazaba por todo el país con las brigadas y los regimientos que le asignaban, tras los primeros meses ya con responsabilidades en difusión y apoyo desde la cultura.

La literatura sirve para contar lo que sucede: para que suenen la voz del testigo y el grito del soldado. Sus palabras aparecían en las páginas de El Mono Azul, de Al Ataque y Ayuda, La Voz del Combatiente, Frente Sur. Se imprimían para que los leyeran los soldados, los recitaba en voz alta cuando la batalla se detenía y la vida se recuperaba. Frente al contenido de El rayo que no cesa y el inicial Perito en lunas (La verdad/Sudeste, Murcia, 1933), guiados en cierto modo por una mirada interior —el amor, el tiempo o el destino —, su escritura atendía al presente, y el presente lo ocupaba la guerra. La escritura quizá se aclaraba en la palabra escogida, aunque las cuestiones formales —recursos, estructuras— no se alejaban de una escritura exigente, pegada a los sentidos. Ese viraje no lo marcó la experiencia concreta de la guerra, sino que se fraguó con lentitud durante la década de los treinta. Hasta 1935 esta veta de la obra de Hernández no tomará cuerpo en algunos poemas y

crónicas con una firme voluntad política —y al mismo tiempo con fortuna estética—, y sobre todo la pieza teatral Los hijos de la piedra, subtitulada «drama del monte y sus jornaleros».

Si 1936 supuso su confirmación en la vida literaria, el siguiente destacó por lo prolífico y variado de su producción, así como por la relevancia conseguida. Hernández escribió y escribió y escribió: publicó el libro de poemas Viento del pueblo (Socorro Rojo Internacional, Valencia, 1937) y dos con piezas teatrales, El labrador de más aire (Nuestro Pueblo, Valencia, 1937) y Teatro en la guerra (Nuestro Pueblo, Valencia, 1937), además de intervenir en numerosas actividades y poblar los medios con sus textos, incluso con seudónimo. A partir de 1938 casi desaparecieron los artículos y crónicas, en favor de muchas cartas y algunos poemas, que reunió en El hombre acecha (Subsecretaría de propaganda, Valencia, 1939); el hombre de estos poemas olvidaba el entusiasmo anterior y acechaba la desesperanza. Con la victoria franquista, el comienzo de la dictadura y su condena a cárcel, el proyecto literario de Miguel Hernández se detuvo: cartas y cartas y cartas, poemas —Cancionero y romancero de ausencias, de edición póstuma— y algunos cuentos para su hijo Manolillo.

Libro de la guerra

He aquí una selección amplia de la escritura de Miguel Hernández entre los meses anteriores al golpe y el día anterior a su muerte, combinando la obra literaria —poemas, artículos y crónicas, piezas teatrales, cuentos— con su correspondencia; casi siempre la que mantuvo con su esposa, Josefina Manresa, aunque también con otros interlocutores, sobre todo desde la prisión. Este diálogo cronológico entre textos públicos e íntimos propone varias lecturas: la de la visión política de Miguel Hernández con respecto a su momento histórico, la de la creación entendida como militancia y la de su propia biografía personal, que se amplía hacia lo colectivo.

Quizá Libro de la guerra pudiera titularse Libro de España.

En todo caso, acompañamos al escritor desde su recorrido con las Misiones pedagógicas y su militancia en el Partido Comunista, en su decisión de alistarse en el Ejército republicano, en su vida de trinchera y en la actividad institucional —el Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura o en el viaje a la URSS, ambos en el activísimo 1937—, en los intentos de supervivencia cuando asumió la derrota de la República, en los tristísimos años durante el inicio de la dictadura, en su agonía última en la

enfermería de la prisión. Asistimos a su relación con Josefina Manresa, a su paternidad —el hijo que muere, el hijo que le sobrevive—, a la amistad fiel de su «hermano» Vicente Aleixandre, a quienes callaron y le abandonaron. Partiendo de esta voluntad de reconstruir la historia con las piezas que hemos conservado, la inevitable cuestión subjetiva: entre unos y otros textos similares —sobre todo en las crónicas de guerra y las cartas a su esposa—, he escogido aquellos que me interesaban más como lectora, por su calidad o por su pertinencia.

No se trata del primer libro que recoge la obra de guerra de Miguel Hernández, aunque sí del primero en el que creación e intimidad se complementan. En 1977 se publicó Poesía y prosa de guerra y otros textos olvidados, fruto del compromiso de Juan Cano Ballesta y Robert Marrast, y Leopoldo de Luis editó en 1985 la antología temática Poemas sociales, de guerra y de muerte; el diario Público reunió en 2009 sus artículos desde el frente en el volumen Crónicas de la Guerra Civil. La altura de la obra de Miguel Hernández, y el potentísimo simbolismo de su figura, han generado numerosos estudios sin los cuales este libro no existiría: quisiera citar —entre muchos otros nombres posibles— a Rafael Alarcón Sierra, Carmen Alemany, José Luis Cano, Juan Cano Ballesta,

Claude

Couffon, Francisco Javier Díez de Revenga, Francisco Esteve Ramírez, José Luis Ferris, Jacinto Luis Guereña, Arturo del Hoyo, María de Gracia Ifach, Leopoldo de Luis, Robert Marrast, Eutimio Martín, Gabrielle Morelli, Vicente Ramos, Juan Antonio Ríos Carratalá, Jesucristo Riquelme, Elvio Romero, José Carlos Rovira, Agustín Sánchez Vidal y Jorge Urrutia, cuyo trabajo me ha guiado en estos meses, con mi gratitud, y también con mis disculpas ante quienes no menciono por descuido o ignorancia mías.

A quienes ya conozcan la obra de Miguel Hernández, quizá Libro de la guerra les brinde otra experiencia de lectura, acotada a una expresión y una etapa concretas; si alguien descubriera aquí al autor, y quisiera —ojalá— continuar, servirán como pistas los nombres del párrafo anterior y la bibliografía. Por mi parte, agradezco a Jesús Rocamora y Ariadna Ribera su paciencia y cuidado en la edición, así como su mirada atenta al corrector Andrés Prieto.

He barajado las ediciones que especifico a continuación, así como los fondos digitalizados en el portal dedicado al autor dentro de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes [<http://www.cervantesvirtual.com/portales/miguel_hernandez/>] y

la Fundación Legado Literario Miguel Hernández

[<http://www.fundacionlegadomiguelhernandez.es/>].

Las dicotomías marcaron la obra y la vida de Miguel Hernández.

En las últimas correcciones de Libro de la guerra me ha parecido un

libro de fe absoluta en la literatura y sus posibilidades, a ratos, y un

libro desolador, que cuenta el fracaso de un hombre que creyó que

la literatura cambiaría el mundo. «El poeta es el soldado más herido

en esta guerra de España», arengó durante el homenaje que recibió

en el Ateneo de Alicante el verano de aquel crucial 1937. La

literatura como espacio de combate y resistencia. Sirvió.

Bibliografía

FERRIS, José Luis: Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta;

Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2022.

HERNÁNDEZ, Miguel: Crónicas de la Guerra Civil. Un poeta en el frente; prólogo de

Luis García Montero, introducción de Francisco Esteve Ramírez y edición y

notas de Editorial Sol 90; Público, Toledo, 2009.

— Cuentos para mi hijo Manolillo (para cuando sepa leer); prólogo y edición de

Víctor Fernández; ilustraciones de Damián Flores, Sara Morante, Adolfo Serra

y Alfonso Zapico; Nórdica, Madrid, 2017.

— El hombre acecha. Cancionero y romancero de ausencias; edición de Leopoldo

de Luis y Jorge Urrutia; Cátedra, Madrid, 2010.

— El labrador de más aire; edición de Mariano de Paco y Francisco Javier Díez de

Revenga; Cátedra, Madrid, 1997.

— Epistolario general; edición crítica, notas y estudio preliminar de Jesucristo

Riquelme y Carlos R. Talamás; Edaf, Madrid, 2019.

— La obra completa: poesía, teatro, cuentos y crónicas; edición de Jesucristo

Riquelme, con la colaboración de Carlos R. Talamás; Edaf, Madrid, 2017.

— Obra poética completa; introducción, estudios y notas de Leopoldo de Luis y

Jorge Urrutia; edición revisada por Jorge Urrutia; Alianza, Madrid, 2017.

— Poemas sociales, de guerra y de muerte; prólogo de Jorge Urrutia y edición de

Leopoldo de Luis; Alianza, Madrid, 2017.

— Poesía y prosa de guerra y otros textos olvidados; edición de Juan Cano

Ballesta y Robert Marrast; Hiperión (Ayuso/I. Peralta), Madrid/ Pamplona, 1977

VV. AA.: La sombra vencida (1910-2010); coordinación de José Carlos Rovira Soler y

Carmen Alemany Bay; Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales,

Madrid, 2010.

I. ANTES DE LA GUERRA

(1935-1936)

SONREÍDME

Vengo muy satisfecho de librarme

de la serpiente de las múltiples cúpulas,

la serpiente escamada de casullas y cálices:

su cola puso acíbar en mi boca, sus anillos verdugos

reprimieron y malaventuraron la nudosa sangre de mi corazón.

Vengo muy dolorido de aquel infierno de incensarios locos,

de aquella boba gloria: sonreídme.

Sonreídme, que voy

a donde estáis vosotros los de siempre,

los que cubrís de espigas y racimos la boca del que nos escupe,

los que conmigo en surcos, andamios, fraguas, hornos,

os arrancáis la corona del sudor a diario.

Me libré de los templos: sonreídme,

donde me consumía con tristeza de lámpara

encerrado en el poco aire de los sagrarios.

Salté al monte de donde procedo,

a las viñas donde halla tanta hermana mi sangre,
a vuestra compañía de relativo barro.
Agrupo mi hambre, mis penas y estas cicatrices
que llevo de tratar piedras y hachas
a vuestras hambres, vuestras penas y vuestra herrada carne,
porque para calmar nuestra desesperación de toros castigados
habremos de agruparnos oceánicamente.
Nubes tempestuosas de herramientas
para un cielo de manos vengativas
nos es preciso. Ya relampaguean
las hachas y las hoces con su metal crispado,
ya truenan los martillos y los mazos
sobre los pensamientos de los que nos han hecho
burros de carga y bueyes de labor.
Salta el capitalista de su cochino lujo,
huyen los arzobispos de sus mitras obscenas,
los notarios y los registradores de la propiedad
caen aplastados bajo furiosos protocolos,
los curas se deciden a ser hombres
y, abierta ya la jaula donde actúa de león,
queda el oro en la más espantosa miseria.
En vuestros puños quiero ver rayos contrayéndose,

quiero ver a la cólera tirándoos de las cejas,

la cólera me nubla todas las cosas dentro del corazón

sintiendo el martillazo del hambre en el ombligo,

viendo a mi hermana helarse mientras lava la ropa,

viendo a mi madre siempre en ayuno forzoso,

viéndoos en este estado capaz de impacientar

a los mismos corderos que jamás se impacientan.

Habrá que ver la tierra estercolada

con las injustas sangres,

habrá que ver la media vuelta fiera de la hoz ajustándose a las nucas,

habrá que verlo todo notablemente impasibles,

habrá que hacerlo todo sufriendo un poco menos de lo que ahora

sufrimos bajo el hambre,

que nos hace alargar las inocentes manos animales

hacia el robo y el crimen salvadores.

[c. junio de 1935]

ALBA DE HACHAS

Amanecen las hachas en bandadas

como ganaderías voladoras

de laboriosas grullas combatientes.

Las alas son relámpagos cuajados;

las plumas, paños; muertes, las canciones;
el aire en que se apoyan para el vuelo,
brazos que gesticulan como rayos.
Amanecen las hachas destruyendo y cantando.
Se cubren las cabezas de peligros
y amenazas mortales:
temen los asesinos que preservan cañones.
Los órganos se callan a torrentes
y Dios desaparece del sagrario
envuelto en telarañas seculares.
Vuela un presentimiento de heridas sobre todos,
llega una tempestad atronadora
de ceños como yugos peligrosos,
se aproximan miradas catastróficas,
pies desbocados, manos encrespadas,
hachas amanecidas goteando relente.
Vienen talando, golpeando, ansiando.
Asustan corazones de rapiña,
ahuyentan cuervos de podrido vuelo,
y el ruido de sus bruscos aletazos
hace palidecer al mismo oro.
Donde posan su vuelo, revientan sangre y savia

como densas bebidas animales,

donde canta su ira, alza espanto

su cabello de pronto encanecido,

donde sus picotazos se encarnizan,

se apagan corazones como brasas echadas en un pozo.

Donde su dentadura dura muerde

hay grandes cataclismos de todas las especies.

Ferozmente risueñas, entre manos

igual que remos, hachas iracundas,

voces de un solo hachazo,

truenos de un seco y único bramido

y relámpagos de hojas repentinas,

talan las hachas bosques y conventos,

tumban las hachas troncos y palacios

que tienen por entrañas carcoma y yesca estéril,

y caen brazos y ramas confundidos,

nidadas, sombras, pomas y cabezas

en un derrumbamiento babilónico.

Amanecen las hachas crispadas, vengativas.

Sacuden las serpientes su látigo asustado

de su expresión mortal de rayo rudo.

Con nuestra catadura de hachas nuevas,

¡a las aladas hachas, compañeros,

sobre los viejos troncos carcomidos!

Que nos teman, que se echen al cuello las raíces

y se ahorquen, que vamos, que venimos,

jornaleros del árbol, leñadores.

[c. junio de 1935]

MISIONES PEDAGÓGICAS

He hecho una sola misión y ha sido por tierras, mejor dicho, por piedras salmantinas. Inolvidables para mí los espectáculos de los cuatro pueblos en que estuve y sus gentes de labor... Recuerdo, sobre todo, una mujer con cara de terreno labrantío...

Como el viaje fue por los finales de abril, salí a cuerpo limpio para allá. El frío me cogió, y tuve que pedir auxilio a la capa del alcalde en el primer pueblo, a la del maestro en el segundo, a la de un labrador en el tercero y a la de otro en el cuarto.

Un suceso: el cura de Brincones —casado por detrás de la iglesia—, una cabeza de cerdo americano, rubio y rosa, se dirigió, con el sagrario abierto y el cáliz en la espalda, al pueblo en plena misa del domingo de Ascensión y clamó y trinó contra los «ateos destructores de la iglesia» que habían llegado al pueblo, citando frases de la Biblia, de los evangelios y suyas de los sermones. Los campesinos lo escucharon severamente, algunos comulgaron,

cantaron el tedeum, y después nos dijeron que el cura hacía negocio

con la cera y las ermitas y que era un tío putero. «Aquellos dos zagales son suyos y de la... —me dijo uno señalándome dos rubiancos arrebatados, y añadió socarrón—: ¡Y quince o veinte más que andan por ahí desperdigados!» Por la noche todo el pueblo y gentes enteradas del caso de otros se agruparon alrededor nuestro en la cuadra donde proyectamos cine y dijimos romances. Por falta de espacio, la chiquillería admiró la cosa colgada de las vigas como de las butifarras.

Otro suceso: los campesinos de Ahigal de Villarino nos recibieron —éramos tres los de la misión2— recelosos y cejijuntos. Preguntamos al maestro el porqué de aquella actitud y nos dijo: «Creen que venís a platicar contra don... —el dueño de aquellos campos, no hago memoria del nombre—: y dicen que, si es así, os iréis malparados». Tan diferentes nos hallaron de lo que ellos pensaban que dormimos en la casona de don... no sé cómo y aquella misma tarde iban hombres y rapaces dando calles abajo la noticia y la hora de la «función», que así designaban nuestra labor, con caracolas y cencerros alborotados.

El cementerio de este pueblo era como un corral para dos toros, los hoyos en piedra viva y de escasa profundidad. El maestro nos

contó: «Este año pasado enterraron al tío Nicolás, el viejo más robusto del pueblo. No cupo todo el volumen de su cuerpo en el hoyo y se echó poca tierra encima. A los tantos días, mientras jugaban los zagales, se les cayó al cementerio la pelota, entró uno por ella y salió con las narices apretadas escupiendo y diciendo: "¡Cómo huele el tío Nicolás, señor maestro!"».

El osario es un rincón de la plaza: allí están acumulados los huesos y las calaveras del pueblo que va pasando. Advertí en esto la

indiferencia con que tratan en aquel lugar la vida y la muerte.

Otro suceso: en el último pueblo hicimos la segunda misión en pleno campo, proyectando el cine contra el muro de la iglesia. Era cosa de ver los labradores sentados sobre arados y carretas volcadas, la cigüeña de la torre asustada, los candiles con que alumbrarnos en la vara levantada de un carro, las estrellas temblando de frío por mí, y yo envuelto en mi capa parda de un labrador.

[c. mediados de 1935]

MI SANGRE ES UN CAMINO

Me empuja a martillazos y a mordiscos,
me tira con bramidos y cordeles
del corazón, del pie, de los orígenes,

me clava en la garganta garfios dulces,
erizo entre mis dedos y mis ojos,
enloquece mis uñas y mis párpados,
rodea mis palabras y mi alcoba
de hornos y herrerías,
la dirección altera de mi lengua,
y sembrando de cera su camino
hace que caiga torpe y derretida.
Mujer, mira una sangre,
mira una blusa de azafrán en celo,
mira un capote líquido ciñéndose a mis huesos
como descomunales serpientes que me oprimen
acarreando angustia por mis venas.
Mira una fuente alzada de amorosos collares
y cencerros de voz atribulada
temblando de impaciencia por ocupar tu cuello,
un dictamen feroz, una sentencia,
una exigencia, una dolencia, un río
que por manifestarse se da contra las piedras,
y penden para siempre de mis
relicarios de carne desgarrada.
Mírala con sus chivos y sus toros suicidas

corneando cabestros y montañas,
rompiéndose los cuernos a topazos,
mordiéndose de rabia las orejas,
buscándose la muerte de la frente a la cola.
Manejando mi sangre enarbolando
revoluciones de carbón y yodo
agrupado hasta hacerse corazón,
herramientas de muerte, rayos, hachas,
y barrancos de espuma sin apoyo,
ando pidiendo un cuerpo que manchar.
Hazte cargo, hazte cargo
de una ganadería de alacranes
tan rencorosamente enamorados,
de un castigo infinito que me parió y me agobia
como un jornal cobrado en triste plomo.
La puerta de mi sangre está en la esquina
del hacha y de la piedra,
pero en ti está la entrada irremediable.
Necesito extender este imperioso reino,
prolongar a mis padres hasta la eternidad,
y tiendo hacia ti un puente de arqueados corazones
que ya se corrompieron y que aún laten.

No me pongas obstáculos que tengo que salvar,
no me siembres de cárceles,
no bastan cerraduras ni cementos,
no, a encadenar mi sangre de alquitrán inflamado
capaz de despertar calentura en la nieve.
¡Ay qué ganas de amarte contra un árbol,
ay qué afán de trillarte en una era,
ay qué dolor de verte por la espalda
y no verte la espalda contra el mundo!
Mi sangre es un camino ante el crepúsculo
de apasionado barro y charcos vaporosos
que tiene que acabar en tus entrañas,
un depósito mágico de anillos
que ajustar a tu sangre,
un sembrado de lunas eclipsadas
que han de aumentar sus calabazas íntimas,
ahogadas en un vino con canas en los labios,
al pie de tu cintura al fin sonora.
Guárdame de sus sombras que graznan fatalmente
girando en torno mío a picotazos,
girasoles de cuervos borrascosos.
No me consientas ir de sangre en sangre

como una bala loca,

no me dejes tronar solo y tendido.

Pólvora venenosa propagada,

ornado por los ojos de tristes pirotecnias,

panal horriblemente acribillado

con un mínimo rayo doliendo en cada poro,

gremio fosforescente de acechantes tarántulas

no me consientas ser. Atiende, atiende

a mi desesperado sonreír,

donde muerdo la hiel por sus raíces

por las lluviosas penas recorrido.

Recibe esta fortuna sedienta de tu boca

que para ti heredé de tanto padre.

[otoño de 1935]

VERANO E INVIERNO

No encontraba dónde dormir en aquella aldea castellana: no

había más que las camas precisas para sus vecinos. Acudí al alcalde,

para que él me indicase un refugio, y me dijo que únicamente había

uno por ocupar: el calabozo, que me ofrecía con mucho gusto. Le di

las gracias y me salí al campo, dispuesto a dormir al pie de un olivo.

Corrían tiempos de junio y se podía dormir en cualquier parte. Pero encontré una era, y la paja es más recomendable al sueño que un tronco. Allí dormí. A las tres del alba, íbamos los tres hombres de la trilla y yo con dos carros para espigas. El más joven y yo, en el carro delantero, hablamos mucho. Supe una vez más lo que vengo sabiendo desde que me conozco: la trágica vida del campesino. Antonio tenía un jornal de siete pesetas. Para cobrarlas, trabajaba desde las dos y media o las tres de la mañana, hasta las diez de la noche. Diecinueve horas y media de jornada, dos de taberna y dos y media de mujer y sueño. No se quejaba por tanto trabajo; su deseo, como el de todo buen campesino, era que no le faltara. Pero se indignaba, echaba chispas por los ojos y los puños, comentando las palabras de un político, que había declarado por entonces que la gente del campo tiene para vivir suficientemente con tres pesetas. Pasábamos sobre rastrojos, entre gritos a las mulas, un eclipse, segadores madrugueros. Entramos en unos eriales. Los cardos alcanzaban el vientre de la caballería, que quería huir de los arañazos.

—Mira —me dijo, señalándome aquellas tierras de maldición—, aquí vendré a labrar cuando se acabe la faena en la era. ¿Tú crees que hay cuerpo que pase por aquí y no salga sangrando? Aquí

metería yo al tío ese —se refería al político—, descalzo y con arado, a ver qué hacía. ¿Que somos animales, Miguel? Fíjate: gano ahora siete pesetas, pero este filón dura dos meses nada más. Pasará este tiempo y vendrá el invierno y, entonces, ni siete, ni tres pesetas, ni nada. Con un brazo sobre otro a ver caer la nieve y a pasar el día con el mendrugo que le queda a uno del verano, cuando no un vaso de vino y una patata. ¡Y que esto no falte para los siete que somos de familia!

El invierno es el verdugo del campo. Sus hombres lo ven llegar con el corazón encogido. Antonio es una de sus víctimas.

Lo he vuelto a ver en este otoño. Estaba en la taberna con ocho jornaleros más; los nueve, parados. Con el puño en la barba y un cigarro de hojas secas en el labio, esperan ya varios días [a] que alguien entre y diga: «Tengo trabajo para ti». Antonio está más flaco, su voz no es la misma entusiasmada de este verano, sus ojos se han puesto hondos y tristes. El invierno empieza su faena de hambre.

[c. finales de 1935]

FRAGMENTOS DE LOS HIJOS DE LA PIEDRA.

DRAMA DEL MONTE Y SUS JORNALEROS3

ACTO PRIMERO

VERANO

FASE ANTERIOR

Monte, una encina derramando mucha sombra y cielo de

entre junio

ESCENA I

Los MINEROS en una actitud de reposo

MINERO 1: Estaba deseando esta tregua. La piedra en que estoy sentado me parece

lana.

MINERO 2: Cualquier parte de la tierra es buen jergón para el cansancio.

MINERO 3: Me quito una corona de sudor y en seguida me rodea otra la frente.

MINERO 4: El sudor es la cosecha que en más abundancia recogemos los hombres

del trabajo.

MINERO 5: Y mucho más en este tiempo de chicharras. Hay mejor bienestar dentro

de las minas que fuera.

MINERO 1: Pues aún no hemos llegado a la mitad de junio. Deja que pasen dos

semanas y verás hervir el agua de nieve y buscar las culebras acaloradas la

humedad de los ríos.

MINERO 2: Alguno de nosotros será vencido por el calor. Ya sabéis cómo le pasó

antaño a un primo mío segundo.

MINERO 3: Donde dicen que no se puede sufrir el sol es allá, donde hay guerra

ahora.

MINERO 4: ¿Dónde hay guerra?

MINERO 3: Pero ¿no lo sabes? El cartero que ve todos los días en la ciudad ese

papel donde apuntan tantas cosas del mundo lo dijo anoche en la taberna.

MINERO 4: ¿Qué dijo?

MINERO 3: Que hay guerra entre los que hablan como el cura en misa y los que no

se entiende lo que hablan. Dice que son muy negros. También dice que en no

sé qué parte del mundo declararon la huelga del hambre más de mil hombres

de nuestro oficio y se han muerto dentro de las minas casi todos. Les han

gritado que salgan a los que quedan vivos y han contestado que les echen

setecientas cajas para enterrar allí mismo los cadáveres. Y dice que en la

Andalucía andan a tiros con la Guardia Civil hombres de nuestra clase que

piden revolución.

MINERO 5: ¿Qué es pedir revolución?

MINERO 3: No sé bien, pero creo que algo muy malo piden con esa

palabra.

MINERO 1: Hay muchas envidias y maleficios repartidos por el mundo.

MINERO 2: Por suerte, aquí no llega más que el rumor de tanta revoltija. Vivimos en

el último rincón de España.

MINERO 3: Y en el más sereno. En Montecabra no pasa nada nunca. Jamás usamos

las herramientas para otra cosa que no sea el trabajo.

MINERO 4: Aquí, quien muere es de puro viejo.

MINERO 5: Una vez al año toca la campana a muerto y cuatro a recién nacido.

MINERO 1: Tenemos un señor que no permite que el pan ande escaso en ninguna

boca. Veinte vecinos tiene el pueblo: ninguno puede quejarse de la persona

de don

Pedro.

MINERO 2: Cuando cesa el trabajo en las minas, lo mueve en el campo. Y, en

invierno, cuando hasta en el campo cesa, nos da el jornal mientras están en

sosiego las herramientas y los brazos.

MINERO 3: Yo no comprendo desde aquí el mundo más que como una balsa de

aceite.

MINERO 4: A mí me cuesta trabajo creer en la guerra, en el hambre y en las

revoluciones.

MINERO 5: Todo eso parece cosa de la fantasía.

MINERO 1: Ya sabéis que el cartero es muy fantasioso: a lo mejor se inventa esas

historias.

ESCENA II

Los mismos y el PASTOR y el LEÑADOR

PASTOR: Pocas ganas de trabajar tenéis hoy.

LEÑADOR: Se alarga mucho la tregua, mineros.

MINERO 1: Nadie nos acosa. Así trabaja uno con alegría.

MINERO 2: Esperamos a que el sol baje un poco más al poniente.

MINERO 3: Demás, hemos trabajado esta mañana de firme y nos queda poca faena.

MINERO 4: Ya viene el tiempo de las grandes siestas.

MINERO 5: No se puede trabajar ya entre las doce y las tres.

PASTOR: Esta es la estación que prefiero. Mis cabras van que no pueden andar de

grosura y de leche. No hay nieves que sepulten los pastos, nieblas que me

impidan andar junto a los precipicios, fríos que paralicen la piedra de la honda

y el sonido de la esquila. Ayer he soltado el mandil a los chivos, aprovechando

la lección de mi padre de que es la época de este creciente de luna la más a

propósito para machear las cabras. Detrás de ellas, orinándose las barbas y el

vientre, porque saben que el olor de la orina despierta los deseos de las

hembras, corren enamorados hasta la rabia. El que resulta de este tiempo es

el preñado más agraciado y abundante de todos.

MINERO 1: Bueno, basta de descanso: vamos a movernos de nuevo.

MINERO 2: Hasta que un día la muerte diga: «¡Eh, para!».

MINERO 3: Hemos nacido para el movimiento.

MINERO 4: No quisiera ser un paralítico.

MINERO 5: ¡Ay de los que no lo son y hacen la vida del paralítico!

LEÑADOR: Esos no conocen la condición de la tierra, ni la paz del domingo y el

sueño, ni el valor de un jarro de agua o vino al final de una jornada.

MINERO 1: Amo el trabajo porque rodea mi cuerpo de pedernales.

MINERO 2: Se trabaja, pero se tiene la recompensa del pan y la salud.

MINERO 3: El trabajo libra a mi estómago de las dentelladas que da el hambre.

MINERO 4: Trabajo y no veo ni una enfermedad ni un bostezo por mis alrededores.

MINERO 5: El trabajo espanta los malos pensamientos, mantiene la

paz en

Montecabra, evita los crímenes y los robos y no deja crecer en la huerta la

ortiga, en la casa y en el barbecho el cardo.

MINERO 1: Trabajaré hasta que me queden brazos.

MINERO 2: Trabajaré hasta que deje de ser esta especie de roble que soy.

MINERO 3: Trabajaré hasta que se desaten debilitados los nudos de mi sangre.

MINERO 4: Trabajaré mientras mis espaldas resistan la caída de un pino.

MINERO 5: Trabajaré mientras el tiempo no me quite mis privilegios de león.

PASTOR: Trabajaremos hasta que la vejez o la muerte nos digan: «Basta».

(Se van los mineros.)

(...)

ACTO SEGUNDO

OTOÑO

FASE ANTERIOR

El mismo lado del monte minero, pero bajo un aspecto

desolado de paro

ESCENA I

Cuatro GUARDIAS CIVILES custodiando la entrada de las

minas, y la voz de los MINEROS en el fondo de tanta

profundidad

GUARDIA CIVIL 1: ¡Qué brutos son estos hombres, señores! No he visto nada igual.

Declaran la huelga del hambre y se entierran en vida porque el señor les ha

restado dos pesetas del jornal diario.

GUARDIA CIVIL 2: Estoy asombrado: cuatro días hace hoy que bajamos a los pozos y

a ninguno se le ha ocurrido subir a pedir un trago de agua. Ocultos a muchos

metros de la luz, ahí están, acompañados de la humedad, las raíces y los

minerales, como muertos verdaderos.

GUARDIA CIVIL 3: Las minas serán pronto cementerios como sigan declarando la

guerra al pan. Ni al asno, el animal más torpe, se les puede comparar.

GUARDIA CIVIL 4: Me indigna oíros hablar así, compañeros. No insultéis a unos

hombres que se están muriendo valerosamente cuatro días rodeados de

piedras y sombras, acometidos por el hambre, por el sueño y por la memoria

de sus mujeres y sus hijos. El dueño de estas minas, que los atropella, este sí

que es un bestia. Y nosotros también, porque ejecutamos las órdenes suyas

de no permitir el paso hasta ellos a las mujeres que vienen desesperadas a

traerles pan.

GUARDIA CIVIL 1: Mira este también: veo que eres demasiado considerado con la

gente para ser guardia civil.

GUARDIA CIVIL 2: No te sienta bien el tricornio entre las sienes: se ve mucho la

diferencia que hay entre su dureza y la compasión.

GUARDIA CIVIL 3: Quítate el traje verde si te remuerde la conciencia cumplir con tu

deber. Nuestro deber es hacer sin replicar, fusil y vida en mano, cuanto se nos

manda. Somos objetos de cuartel y nada más.

GUARDIA CIVIL 4: De buena gana me lo quitaría si no tuviera hijos y mujer a los que

dar el sustento. Estoy más que harto de dirigir la mano y la bala contra el

rostro y el corazón de mis semejantes, y casi siempre de mis semejantes más

indefensos y desgraciados: los jornaleros. ¿No se os hacen nudos las tripas

oyendo la voz de esos hombres que viven como los cadáveres y se retuercen

sobre sus estómagos vacíos? Atended sus gritos de angustia. Me acongoja ver

en esta hora de sol y de abundancia un puñado de hombres a

quienes la

sombra pone amarillos y el hambre, esqueletos. Me muerdo de rabia la boca,

viendo la razón porque están ahí, cuando solo piden lo necesario para vivir

con el mendrugo y el vino justos, ¡ellos, que son los que mueven el mundo

con los yacimientos de riqueza que descubren y cultivan! Oíd sus voces y

compadecedlos en vez de insultarlos.

UNA VOZ: Las desgracias se arraciman cada día más y más sobre nuestras nucas. Y

no hay quien oiga nuestra queja más justa que la del perro apedreado.

OTRA: Ya no sé si esto que tengo son tripas o zarzas. Ya no sé cuántos son mis

males ni dónde acaban para que comience la muerte su faena.

OTRA: Estoy en las entrañas de un cementerio hundido dándome yo mismo muerte

y sepultura.

OTRA: ¿Cuándo dejarán de venir calamidades sobre nosotros? No queda aire que

respirar aquí y ya siento las fatigas del ahorcado en mis pulmones.

OTRA: Se me caen los ojos al suelo de sueño, pero el hambre no me deja reposar.

OTRA: La sed hace de mi saliva polvo y de minuto en minuto cae sobre mi calavera

una gota de agua que me vuelve loco.

OTRA: Cuatro días bajo el peso del mundo entero, abandonados y olvidados como

cabras muertas en la barraca.

OTRA: Cuatro días sin amparo de nadie.

OTRA: Ya no hago memoria de qué color era el sol, de qué pasta estaba hecha la

tierra, de qué flor tenía el aliento la boca de mi compañera.

OTRA: No soy más que un rastro pequeño de vida. Me estoy muriendo de pie y aún

puedo decir qué gusto echa la muerte.

OTRA: Quiero pan y no esta fosa común que me rodea.

OTRA: ¡Pan, compañeros, pan! El hambre me llena de ladridos y desaliento.

OTRA: ¡Agua! Me ahorca la sed.

OTRA: ¡Cama! Me duelen los huesos de los ojos.

(Hay unos momentos en que todos claman al mismo

tiempo: «¡Agua! ¡Pan! ¡Cama!, ¡Me muero! ¡Tengo hambre!

¡No puedo más!».)

OTRA: ¿No es preferible morir en una semana, metidos aquí, que vivir toda la vida

hambrientos como perros sin casa? No perdáis el ánimo, compañeros. No

podemos aceptar un jornal que no nos da para que el pan nos llegue a la

lengua siquiera. ¡Viva la huelga del hambre!

LAS DEMÁS VOCES: ¡Vivaaaa! ¡Vivaaaaa!

(Es un grito desalentado y angustioso.)

GUARDIA CIVIL 4: El hambre es la injuria mayor que se dirige a los satisfechos. ¿No

se angustia vuestro corazón oyendo a esos hombres?

GUARDIA CIVIL 1: El mío sigue latiendo con la misma entereza y presión de antes.

GUARDIA CIVIL 2: Siento decir que el mío se ha enternecido un tanto.

GUARDIA CIVIL 3: Y el mío también: lo digo con todo el dolor de mi corazón.

(...)

FIN DE LA FASE ANTERIOR

FASE POSTERIOR

Lomas y ladera de viñas

ESCENA I

VENDIMIADORAS y VENDIMIADORES, cuatro y cuatro, en la faena de recolección: ellos cortando racimos y ellas ordenándolos en canastas

VENDIMIADORES Si vas a la vendimia,
mi niña, sola,
(Cantando):
volverás con la saya
de cualquier forma.
Y a pocos meses
te rondarán el talle
sandías verdes.

VENDIMIADORAS De la vendimia vengo
sola, mi niño,
(Cantando):
con la saya ordenada
y el talle fino.
De la vendimia
vuelve revuelto el talle
que se malicia.

VENDIMIADORES A la vendimia, niñas

vendimiadoras.

A la vendimia, niña,

que ya es la hora.

¡Si vendimiara

el ramo de tu pecho

y el de tu cara!

VENDIMIADORAS A la vendimia, niños

vendimiadores.

A la vendimia, niño,

van mis amores.

Mas con el ruido

de no perder las hojas

ni los racimos.

VENDIMIADORES Enriquezco tu mano

cortando uvas

cubiertas por los soles

y por las lunas.

¡Ay si quisieras

que cortara tus besos

con mis tijeras!

VENDIMIADORAS Cuando pisa racimos

tu abarca verde,

tu pie se vuelve sangre,

mi sangre, nieves.

Pisa las uvas,

que como mis amores

ya son maduras.

VENDIMIADOR 1: No me parece prudente lo que ha hecho el señor: traernos a

nosotros, gentes de otro pueblo, a vendimiar en Montecabra, cuando sus

vecinos viven con un brazo sobre otro.

VENDIMIADOR 2: Están como el gato y el ratón el señor y el pueblo: no se pueden

ver. ¿Quién traerá a trabajar las minas este hombre?

VENDIMIADORA 1: Por lo pronto las ha cerrado. Y los mineros han mandado un pliego

de protesta al ministro.

VENDIMIADORA 2: ¿Al ministro? Ya pueden esperar con paciencia a que el ministro

resuelva eso. Se morirán de hambre antes.

VENDIMIADOR 3: Que hagan con el señor lo que el pastor hizo con su criado hace

tres noches.

VENDIMIADORA 3: Eso mismo digo yo.

VENDIMIADOR 4: ¡Buena la ha hecho el pastor! No saldrá muy bien parado de este

asunto.

VENDIMIADORA 4: Por lo pronto, ya lo han metido al calabozo del pueblo. Veréis

cómo de allí pasa a otro de más rejas.

VENDIMIADOR 1: Pero ¿quién asegura que fue el pastor el asesino?

VENDIMIADOR 2: El dueño de estas viñas, que tiene mucho interés en que así sea.

VENDIMIADORA 1: Pudo ser uno de los muchos rayos que repartió aquella noche el

cielo.

VENDIMIADOR 4: Los rayos matan de otra manera, hombre.

VENDIMIADORA 2: No tiene remedio la cosa para el pastor, y menos habiéndose

empeñado quien se ha empeñado, que va a conseguir en poco tiempo la

perdición de Montecabra.

VENDIMIADOR 3: No tenemos vergüenza acudiendo como acudimos a trabajar aquí.

Deberíamos dejar que se pudrieran las uvas y se las comieran la zorra y el

cuervo.

VENDIMIADORA 3: ¿Qué ganaríamos con eso, al cabo? Nada.

VENDIMIADORA 4: Acordaos de que el invierno se nos viene encima y es la época en

que tenemos el pan, como el gorrión: en el tejado. En cambio, él perdería

bien poco.

VENDIMIADOR 4: Será mejor que no hablemos más de eso. Vamos a juntar las

canastas, que ya está recogida toda esta viña.

VENDIMIADOR 1: ¡Con qué ojos nos van a mirar en Montecabra, cuando nos vean

llegar con los racimos!

VENDIMIADORA 1: ¿Qué remedio nos queda, que trabajar donde nos pagan?

VENDIMIADOR 4: He dicho que dejemos ya el asunto. Vamos a cantar un

poco.

VENDIMIADOR 2: Prepara la voz y los pies, vendimiadora.

VENDIMIADORA 2: Cierra tú las tijeras ya.

VENDIMIADOR 3: Pon a tu cintura esa cadena de pámpanos.

(Cantan y bailan cogidos de las manos alrededor del fruto.)

VENDIMIADORES El sarmiento cornigacho

y el zarcillo serpentino,

amor, vino que fermenta,

cuando la vendimia piso.

Vino que fermenta,

el amor habita

dentro de mis venas.

VENDIMIADORAS Amor, pisando las uvas

entre cadenas de pámpanos,

me rogaste que pisara

tu corazón sazonado.

No escuché tu ruego,

pero la alegría

me rizaba el pecho.

ESCENA II

Dichos y cinco MINEROS

MINERO 1: ¿Qué hay, vendimiadores? ¿Se ha terminado la faena?

VENDIMIADOR 1: Hola, mineros. Sí, hace un momento acabamos.

MINERO 1: Entonces ya podemos cargar, compañeros.

(Se reparten entre los cinco las canastas de uva,

echándoselas al hombro y a la espalda.)

VENDIMIADOR 2: Tenemos fuerzas bastantes para llevar a Montecabra el fruto...

nosotros. ¿Por qué las tomáis?

MINERO 1: Entéralo tú, que yo no tengo gana de explicaciones.

MINERO 2: Porque tenemos hambre.

MINERO 3 (Señalándose la carga): Que la vaya a buscar el señor a mi casa.

MINERO 4: Hasta más ver.

LOS CINCO MINEROS (Casi a un tiempo): Ya lo sabéis: tenemos hambre.

(Se van. Los otros miran su marcha y después, volviéndose unos a otros, se encogen de hombros como diciendo: «¡Qué vamos a hacer!».)

(...)

[1935]

LOS BANDIDOS ESPAÑOLES

En las montañas andaluzas encontraban la ruda protección que necesitaban contra los fusiles rencorosos de la bárbara Guardia Civil.

¿Qué fatalidad los empujaba en caballos relampagueantes a separarse de la vida en común y en el pan general? Hombres populares, de pan y aldea, hijos del labrador más desgraciado y menos cosechero y el cerrajero más mohoso; el hambre por una parte, la esposa, la hermana o la madre ultrajadas del terrateniente y señor por la principal, y por otra el padre muerto a palos y a tiros por mandato de aquel, exasperaban el corazón varonil que usaban a hacerles cometer la muerte que los arrebataba desesperados a la serranía. Un hombre afanoso de justicia pura los colocaba orgullosamente fuera de la ley y desde allí imponían la suya. Despoblaban la bolsa, incendiaban la hacienda y se llevaban la vida de los dorados verdugos del pueblo para aliviar la miseria de los jornaleros.

Ya murió Diego Corriente,

nata de la serranía,

el que a los ricos robaba

y a los pobres socorría.

La sencilla elegía al generoso Diego Corriente, como otras coplas a los demás bandidos generosos, la cantaba la gente humilde, que sentía por ellos amor y admiración y los protegía ocultándolos y defendiéndolos en sus viviendas.

La Guardia Civil se volvía loca olivares arriba y barrancos abajo en persecución de unos hombres con los que habían jugado juntos: eran todos de la minería. La rabia de sus corazones tronaba en la soledad de las quebradas por boca de los fusiles sedientemente empuñados. Cuando se enfrentaban bandidos y guardias, la sangre llegaba hasta el nido del lagarto y el alacrán. Al fin perdía el más noble y justo: el bandido, cayendo contra un olivo con el corazón lleno de plomo. La tierra, al desaparecer su heroico habitante estruendoso, abrevaba su silencio y se hacía más alta y lejana. Murieron por hombres de mucha dignidad y hombría aquellos rudos y verdaderos administradores de justicia, y solo queda en la casa de sus biznietos el trabuco, la canana y la historia que nadie se

ocupa de desempolvar y revivir.

[Puertollano, marzo de 1936]

II. LOS AÑOS DE LA GUERRA

(1936-1939)

1936

CARTA A JOSÉ MARÍA DE COSSÍO[4]

Querido Cossío:

Dígame si he de marchar, si puedo marchar a Madrid este viernes próximo. Supongo [que] sigue usted ahí. Mi familia desea que me quede en Orihuela por ahora. No sé qué hacer. Espero carta suya. ¿Cómo van las cosas suyas y la Enciclopedia? Escríbame lo antes posible para saber a qué atenerme. ¿Es cierto, cierto lo de Federico García Lorca? No deje de escribirme y dé abrazos míos a Eduardo [Llosent[5]].

Para usted también de

MIGUEL

[Orihuela, 12 de septiembre de 1936]

CARTA A JOSEFINA MANRESA[6]

Mi muy querida nena Josefina:

Esta es la hora en que no sé si me has escrito o no me has escrito. Salí anteayer tarde de Madrid precipitadamente y apenas tuve tiempo de decirle a mi hermana Elvira que no me esperara a

comer en varios días. Me encuentro en un pueblo que se llama Cubas con cerca de doscientos hombres más. Hemos venido aquí a hacer fortificaciones para no dejar pasar a los fascistas que hay en Talavera de la Reina y te reirías mucho si me vieras dormir en una fábrica de tapices, metido en un estante de los que hay para colocar la lana. No hay camas para tantos hombres como hemos venido y todos nos acostamos encima de la lana que se ha de utilizar en la confección de los tapices que te digo. ¿Cómo te va por ahí, Josefina mía? A mí no me va mal del todo por aquí, a pesar de todas las incomodidades y molestias que se ha de pasar forzosamente en un pueblo pequeño y viviendo con doscientas personas más, cada una de una leche diferente. Estoy aquí como si no existiera el mundo para mí, como si me hubiera muerto y me encontrara con muchas caras extrañas y fuera del tiempo. Por pura casualidad me he acordado al levantarme, que ha sido hacia las cinco, que hoy es el día veintisiete de septiembre y que hace dos años que tengo compromiso de amor contigo, guapa de mi corazón. Me ha dado una gran tristeza y una pequeña alegría acordarme de esta fecha: tristeza porque me veo lejos de ti cuando debiera estar junto a tu corazón con todo mi cuerpo, y alegría de poder decirte: «¿Te acuerdas, Josefina querida, de la noche que me acerqué a ti y

hablamos y fuimos juntos por vez primera?». Yo sé que sí que te acuerdas siempre como yo no me olvido nunca y sé que te pasará lo mismo que me pasa a mí en estos momentos y me pasará todo el día. Ya hace diez que no nos vemos y se me antoja que hace tanto tiempo. Pero, mira, queridísima nena, me parece que dentro de un mes o mes y medio podré ir a verte y esto me alegra infinitamente. Será mucho antes de la Navidad, ya lo creo. Antes de dos meses iré a verte otra vez con mi querer y mi bicicleta y con mi obra a punto de estrenar y con mi novia a punto de casarse. Ten por seguro que nos casaremos el día primero del año mil novecientos treinta y siete.

He suspendido la escritura de esta carta para comerme un ramo de uva con pan, el desayuno que nos han dado esta mañana. Así tenemos que pasar estos días y ya vendrán otros mejores y otros peores tal vez. A todo tenemos que acostumbrarnos. Los mejores vendrán para mí cuando vengan para ti también, que serán pronto. Yo dejaré de ser el muerto que me parece que soy ahora y tú dejarás de ser la mujer triste que me imagino que eres en estos días. Ánimo, ánimo, nena de mi alma. Come con toda la boca y come mucho. No seas la misma comiendo que cuando yo estaba en agosto. Escríbeme a Vallehermoso, pues no quiero que se pierdan

tus cartas si me las mandas aquí, donde no sé el tiempo que voy a estar. Supongo que saldremos pronto de este pueblo para otro. No te extrañe mucho si tardo un poco a escribirte. Como vamos de un lado para otro, estoy expuesto a no poder escribirte como ya estoy condenado hasta que vuelva a Madrid a no saber nada de ti, mi Josefina buena. Cuídate bien. Dime si trabajas algo y si has recibido las veinticinco pesetas que te envié el otro día. Te quiero, te quiero y te quiero más de lo que te quiero de tanto que te quiero. No olvido lo de tu hermano Manolo. ¿Cuándo viene tu tía Gertrudis? Muchos besos para tus hermanas y la hermana de tus hermanas, y para tu madre, abuelas, tías, prima, recuerdos.

MIGUEL

Besos para ella, para ella sola, la mujer que me ha condenado a quererla siempre y no poder olvidarla nunca. Miguel. Adiós, Josefina, adiós.

[Cubas de la Sagra, Madrid,

27 de septiembre de 1936]

ELEGÍA PRIMERA

A Federico García Lorca, poeta

Atraviesa la muerte con herrumbrosas lanzas,

y en traje de cañón, las parameras

donde cultiva el hombre raíces y esperanzas,

y llueve sal, y esparce calaveras.

Verdura de las eras,

¿qué tiempo prevalece la alegría?

El sol pudre la sangre, la cubre de asechanzas

y hace brotar la sombra más sombría.

El dolor y su manto

vienen una vez más a nuestro encuentro.

Y una vez más al callejón del llanto

lluviosamente entro.

Siempre me veo dentro

de esta sombra de acíbar revocada,

amasada con ojos y bordones,

que un candil de agonía tiene puesto a la entrada

y un rabioso collar de corazones.

Llorar dentro de un pozo,

en la misma raíz desconsolada

del agua, del sollozo,

del corazón quisiera:

donde nadie me viera la voz ni la mirada,

ni restos de mis lágrimas me viera.

Entro despacio, se me cae la frente
despacio, el corazón se me desgarra
despacio, y despaciosa y negramente
vuelvo a llorar al pie de una guitarra.
Entre todos los muertos de elegía,
sin olvidar el eco de ninguno,
por haber resonado más en el alma mía,
la mano de mi llanto escoge uno.
Federico García
hasta ayer se llamó: polvo se llama.
Ayer tuvo un espacio bajo el día
que hoy el hoyo le da bajo la grama.
¡Tanto fue! ¡Tanto fuiste y ya no eres!
Tu agitada alegría,
que agitaba columnas y alfileres,
de tus dientes arrancas y sacudes,
y ya te pones triste, y solo quieres
ya el paraíso de los ataúdes.
Vestido de esqueleto,
durmiéndote de plomo,
de indiferencia armado y de respeto,
te veo entre tus cejas si me asomo.

Se ha llevado tu vida de palomo,
que ceñía de espuma
y de arrullos el cielo y las ventanas,
como un raudal de pluma
el viento que se lleva las semanas.
Primo de las manzanas,
no podrá con tu savia la carcoma,
no podrá con tu muerte la lengua del gusano,
y para dar salud fiera a su poma
elegirá tus huesos el manzano.
Cegado el manantial de tu saliva,
hijo de la paloma,
nieto del ruiseñor y de la oliva:
serás, mientras la tierra vaya y vuelva,
esposo siempre de la siempreviva,
estiércol padre de la madreselva.
¡Qué sencilla es la muerte: qué sencilla,
pero qué injustamente arrebatada!
No sabe andar despacio, y acuchilla
cuando menos se espera su turbia cuchillada.
Tú, el más firme edificio, destruido,
tú, el gavilán más alto, desplomado,

tú, el más grande rugido,

callado, y más callado, y más callado.

Caiga tu alegre sangre de granado,

como un derrumbamiento de martillos feroces,

sobre quien te detuvo mortalmente.

Salivazos y hoces

caigan sobre la mancha de su frente.

Muere un poeta y la creación se siente

herida y moribunda en las entrañas.

Un cósmico temblor de escalofríos

mueve temiblemente las montañas,

un resplandor de muerte la matriz de los ríos.

Oigo pueblos de ayes y valles de lamentos,

veo un bosque de ojos nunca enjutos,

avenidas de lágrimas y mantos:

y en torbellinos de hojas y de vientos,

lutos tras otros lutos y otros lutos,

llantos tras otros llantos y otros llantos.

No aventarán, no arrastrarán tus huesos,

volcán de arrope, trueno de panales,

poeta entretejido, dulce, amargo,

que el calor de los besos

sentiste, entre dos largas hileras de puñales,

largo amor, muerte larga, fuego largo.

Por hacer a tu muerte compañía,

vienen poblando todos los rincones

del cielo y de la tierra bandadas de armonía,

relámpagos de azules vibraciones.

Crótalos granizados a montones,

batallones de flautas, panderos y gitanos,

ráfagas de abejorros y violines,

tormentas de guitarras y pianos,

irrupciones de trompas y clarines.

Pero el silencio puede más que tanto instrumento.

Silencioso, desierto, polvoriento

en la muerte desierta,

parece que tu lengua, que tu aliento,

los ha cerrado el golpe de una puerta.

Como si paseara con tu sombra,

paseo con la mía

por una tierra que el silencio alfombra,

que el ciprés apetece más sombría.

Rodea mi garganta tu agonía

como un hierro de horca

y pruebo una bebida funeraria.

Tú sabes, Federico García Lorca,

que soy de los que gozan una muerte diaria.

[1936, recogido en

Viento del pueblo (1937)]

VIENTOS DEL PUEBLO

Vientos del pueblo me llevan,

vientos del pueblo me arrastran,

me esparcen el corazón

y me avientan la garganta.

Los bueyes doblan la frente,

impotentemente mansa,

delante de los castigos:

los leones la levantan

y al mismo tiempo castigan

con su clamorosa zarpa.

No soy de un pueblo de bueyes,

que soy de un pueblo que embargan

yacimientos de leones,

desfiladeros de águilas

y cordilleras de toros

con el orgullo en el asta.

Nunca medraron los bueyes
en los páramos de España.
¿Quién habló de echar un yugo
sobre el cuello de esta raza?
¿Quién ha puesto al huracán
jamás ni yugos ni trabas,
ni quién al rayo detuvo
prisionero en una jaula?
Asturianos de braveza,
vascos de piedra blindada,
valencianos de alegría
y castellanos de alma,
labrados como la tierra
y airosos como las alas;
andaluces de relámpagos,
nacidos entre guitarras
y forjados en los yunques
torrenciales de las lágrimas;
extremeños de centeno,
gallegos de lluvia y calma,
catalanes de firmeza,
aragoneses de casta,

murcianos de dinamita
frutalmente propagada,
leoneses, navarros, dueños
del hambre, el sudor y el hacha,
reyes de la minería,
señores de la labranza,
hombres que entre las raíces,
como raíces gallardas,
vais de la vida a la muerte,
vais de la nada a la nada:
yugos os quieren poner
gentes de la hierba mala,
yugos que habéis de dejar
rotos sobre sus espaldas.
Crepúsculo de los bueyes
está despuntando el alba.
Los bueyes mueren vestidos
de humildad y olor de cuadra:
las águilas, los leones
y los toros de arrogancia,
y detrás de ellos, el cielo
ni se enturbia ni se acaba.

La agonía de los bueyes
tiene pequeña la cara,
la del animal varón
toda la creación agranda.
Si me muero, que me muera
con la cabeza muy alta.
Muerto y veinte veces muerto,
la boca contra la grama,
tendré apretados los dientes
y decidida la barba.
Cantando espero a la muerte,
que hay ruiseñores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas.
[en El Mono Azul, Madrid, 22 de octubre de 1936,
recogido luego en Viento del pueblo (1937)]

1937

DEL PRÓLOGO A TEATRO EN LA GUERRA[7]

El 18 de julio de 1936, frente al movimiento de los militares traidores, entro yo, poeta, y conmigo mi poesía, en el trance más doloroso y trabajoso, pero más glorioso, al mismo tiempo, de mi vida. No había sido hasta ese día un poeta revolucionario en toda

la

extensión de la palabra y su alma. Había escrito versos y dramas de

exaltación del trabajo y de condenación del burgués, pero el

empujón definitivo que me arrastró a esgrimir mi poesía en forma de

arma combativa me lo dieron los traidores, con su traición, aquel

iluminado 18 de julio. Intuí, sentí venir contra mi vida, como un gran

aire, la gran tragedia, la tremenda experiencia poética que se

avecinaba en España, y me metí, pueblo adentro, más hondo de lo

que estoy metido desde que me parieran, dispuesto a defenderlo

firmemente de los provocadores de la invasión. Desde entonces acá,

vengo luchando de muchas maneras, y solo me canso y no estoy

contento cuando no hago nada.

Una de las maneras mías de luchar es haber comenzado a

cultivar un teatro hiriente y breve: un teatro de guerra. La cola, El

hombrecito, El refugiado, Los sentados[,] son una manifestación del

teatro a que he dado comienzo.

Creo que el teatro es un arma magnífica de guerra contra el

enemigo de enfrente y contra el enemigo de casa. Entiendo que

todo teatro, toda poesía, todo arte, han de ser, hoy más que nunca,

un arma de guerra. De guerra a todos los enemigos del cuerpo y del

espíritu que nos acosan, y ahora, en estos momentos de revolución

y renovación de tantos valores, más al desnudo y al peligro que

nunca.

Con mi poesía y con mi teatro, las dos armas que más me

corresponden y que más uso, trato de aclarar la cabeza y el corazón

de mi pueblo, sacarlos con bien de los días revueltos, turbios,

desordenados, a la luz más serena y humana. Es la de hoy la hora

más apropiada para mí: y no quiero dejarme dormir ni distraer,

porque quiero ver cuajados los sentimientos y los pensamientos de

mi gente en una vida de dignidad, de grandeza, y para eso pongo

mis cinco sentidos en este trabajo de engrandecimiento, como

puedo y como sé, junto a los mejores hombres de España. Con mi

poesía y con mi teatro, las dos armas que más relucen en mis manos

con más filo cada día, trato [de] hacer de la vida materia heroica

frente a la muerte. Y no he de parar hasta hacerla.

El corazón mío procura dignificarse a fuerza de ser generoso,

desprendido de su sangre frente al corazón de los demás hombres.

En mi poesía, en mi teatro, expongo las luchas de mis pasiones, que

reflejan las de los demás, y siempre procuro que venza el

entendimiento puro de las mismas. Dentro del pecho de cada uno de

nosotros, de los que luchamos por la revolución, está trabajándose,

perfeccionándose la revolución, que empieza a brotar ayudada por la

fuerza interior, más que por la exterior de nuestro pecho.

Yo me digo: si el mundo es teatro, si la revolución es carne de

teatro, procuremos que el teatro, y, por consiguiente, la revolución[,]

sean ejemplares, y tal vez —y sin tal vez— conseguiremos entre

todos que el mundo también lo sea.

Yo me digo: hay que sepultar las ruinas del obsceno y mentiroso

teatro de la burguesía, de todas las burguesías y comodidades del

alma; que todavía andan moviendo polvo y ruido en nuestro pueblo.

¡Fuera de aquí, de los ojos y las orejas de aquí, aquellos

espectáculos que no sirven para otra cosa que para mover la lujuria,

dormir el entendimiento y captar el corazón reluciente de los

españoles! La gran tragedia que se desarrolla en España necesita

poetas que la contengan, la expresen, la orienten y la lleven a un

término de victoria y de verdad.

Cuando descansemos de la guerra, y la paz aparte los cañones

de las plazas y los corrales de las aldeas españolas, me veréis por

ellos celebrar representaciones de un teatro que será la vida misma de España, sacada limpiamente de sus trincheras, sus calles, sus campos y sus paredes.

[en Teatro en la guerra (1937)]

LOS COBARDES

Hombres veo que de hombres
solo tienen, solo gastan
el parecer y el cigarro,
el pantalón y la barba.
En el corazón son liebres,
gallinas en las entrañas,
galgos de rápido vientre,
que en épocas de paz ladran
y en épocas de cañones
desaparecen del mapa.
Estos hombres, estas liebres,
comisarios de la alarma,
cuando escuchan a cien leguas
el estruendo de las balas,
con singular heroísmo
a la carrera se lanzan,
se les alborota el ano,

el pelo se les espanta.
Valientemente se esconden,
gallardamente se escapan
del campo de los peligros
estas fugitivas cacas,
que me duelen hace tiempo
en los cojones del alma.
¿Dónde iréis que no vayáis
a la muerte, liebres pálidas,
podencos de poca fe
y de demasiadas patas?
¿No os avergüenza mirar
en tanto lugar de España
a tanta mujer serena
bajo tantas amenazas?
Un tiro por cada diente
vuestra existencia reclama,
cobardes de piel cobarde
y de corazón de caña.
Tembláis como poseídos
de todo un siglo de escarcha
y vais del sol a la sombra

llenos de desconfianza.
Halláis los sótanos poco
defendidos por las casas.
Vuestro miedo exige al mundo
batallones de murallas,
barreras de plomo a orillas
de precipicios y zanjas
para vuestra pobre vida,
mezquina de sangre y ansias.
No os basta estar defendidos
por lluvias de sangre hidalga,
que no cesa de caer,
generosamente cálida,
un día tras otro día
a la gleba castellana.
No sentís el llamamiento
de las vidas derramadas.
Para salvar vuestra piel
las madrigueras no os bastan,
no os bastan los agujeros,
ni los retretes, ni nada.
Huis y huis, dando al pueblo,

mientras bebéis la distancia,
motivos para mataros
por las corridas espaldas.
Solos se quedan los hombres
al calor de las batallas,
y vosotros, lejos de ellas,
queréis ocultar la infamia,
pero el color de cobardes
no se os irá de la cara.
Ocupad los tristes puestos
de la triste telaraña.
Sustituid a la escoba,
y barred con vuestras nalgas
la mierda que vais dejando
donde colocáis la planta.
[Viento del pueblo (1937)]

LAS ABARCAS DESIERTAS

Por el cinco de enero,
cada enero ponía
mi calzado cabrero
a la ventana fría.
Y encontraban los días,

que derriban las puertas,

mis abarcas vacías,

mis abarcas desiertas.

Nunca tuve zapatos,

ni trajes, ni palabras:

siempre tuve regatos,

siempre penas y cabras.

Me vistió la pobreza,

me lamió el cuerpo el río,

y del pie a la cabeza

pasto fui del rocío.

Por el cinco de enero,

para el seis, yo quería

que fuera el mundo entero

una juguetería.

Y al andar la alborada

removiendo las huertas,

mis abarcas sin nada,

mis abarcas desiertas.

Ningún rey coronado

tuvo pie, tuvo gana

para ver el calzado

de mi pobre ventana.

Toda gente de trono,

toda gente de botas

se rio con encono

de mis abarcas rotas.

Rabié de llanto, hasta

cubrir de sal mi piel,

por un mundo de pasta

y unos hombres de miel.

Por el cinco de enero,

de la majada mía

mi calzado cabrero

a la escarcha salía.

Y hacia el seis, mis miradas

hallaban en sus puertas

mis abarcas heladas,

mis abarcas desiertas.

[en Ayuda, número 36,

Madrid, 2 de enero de 1937]

LA COLA8

[CUADRO ÚNICO]

CALLE DE MADRID

(Entran precipitadamente las DESLENGUADAS 1 y 2, y se

tiran del mantón y se debaten por ocupar el primer lugar

ante una carbonería.)

DESLENGUADA 1: Aunque me tiraras de las tripas más que del mantón, no entrarías

en la carbonería antes que mi alma.

DESLENGUADA 2: ¡He llegado antes que tú! ¡Te gané la vez!

DESLENGUADA 1: Mañana puede que sí: hoy ya es tarde. ¡Aparta, lagarta!

(Se desprende de un empujón de las uñas de la otra. Entra

la Deslenguada 3 y se apresura a ocupar el segundo lugar.)

DESLENGUADA 3: ¡Te gané a vez!

DESLENGUADA 1: Le está muy bien empleado, por ansiosa.

DESLENGUADA 2: Aquí no hay más ansiosa que tú: ¿entiendes? (A la 3) ¡Aparta de

ahí, que es mío ese puesto!

DESLENGUADA 3: ¿Con qué dinero lo compraste? No me hagas reír, que tengo el labio

dividido.

DESLENGUADA 2: ¡Pues como no te apartes, te voy a dividir la cabeza!

DESLENGUADA 3: ¡Calma, calma! Nos la dividiremos, y va a ser esta calle la de la

Sociedad de Divisiones Mutuas.

DESLENGUADA 1: ¡Ja, ja, ja! ¡Qué bien empleado le está!

(Entra la Deslenguada 4 y se apresura a introducirse entre

la 2 y la 3.)

DESLENGUADA 4: ¡Te gané la vez! ¡De aquí no me quita ni Dios!

DESLENGUADA 2: Pero ¿qué desvergüenza es esta? ¡Aparta!

DESLENGUADA 4: ¡Ni aunque venga una granada en la creencia de que soy la

Telefónica!

DESLENGUADA 1: ¡Ja, ja, ja! ¡Qué bien empleado le está!

DESLENGUADA 2 (A la 3): ¡Dame mi puesto!

DESLENGUADA 3: Tu puesto es el último. ¡A la cola!

DESLENGUADA 2 (A la 4): ¡Quita de ahí!

DESLENGUADA 4: ¡Ni a una bomba le dejo el sitio que piso! ¡A la cola!

DESLENGUADA 2: ¡Nos veremos las caras!

DESLENGUADA 4: ¿No nos las vemos ya, guasona? ¡Tienes los ojos tan nublados de

legañas que hablas como una ciega!

DESLENGUADA 1: ¡Ja, ja, ja! ¡Cómo me río de tontas de este tamaño!

DESLENGUADA 2: ¡Basta de risas, que se te ven los alrededores del fondo del ombligo

por esa boca de pozo que tienes!

DESLENGUADA 3: ¡Presume tú de boca, hija: que la tuya es tan bonita como un

tomate pisado!

DESLENGUADA 2: ¡No me insultes!

DESLENGUADA 4: ¡Qué cara de guardia pones!

DESLENGUADA 2: ¡No me ofendas, barbuda!

DESLENGUADA 1: ¡Ja, ja, ja! ¡Qué risa me da!

DESLENGUADA 2: ¡No te burles, arrabalera!

(Se enseñan unas a otras los dientes y las uñas con fiereza.

Entra la MADRE.)

MADRE: ¿Qué hacéis, mujeres? ¿Malgastar el alma en pelear bajamente?

¡Vergüenza da pensar en la sangre derramada en las trincheras y ver esta

suciedad por las calles de Madrid! Por un puñado de carbón sois capaces de

arrancaros el pelo, la piel y es posible que hasta la vida. ¡Bonito cuadro de

mujeres!

DESLENGUADA 1: ¡Vaya a ver los del Museo del Prado, si este no le agrada,

compañera!

DESLENGUADA 2: ¿Quién mete vieja donde importa que no la haya?

DESLENGUADA 3: ¿Qué tendrá que hacer aquí un escobón semejante?

DESLENGUADA 4: ¡Nos estorban los consejos y su ministra! Peleamos porque nos da

la gana, y aquí nadie la ha llamado:

MADRE: ¿Por qué no os da la gana de ir a desahogar esa rabia en los frentes de

lucha?

DESLENGUADA 1: ¡Demasiados hombres hay en ellos!

MADRE: Si los hombres están de guerra no es precisamente para que vosotras

estéis de tumulto. ¡Un puñado de carbón no es para tanto, mujeres! Si por

tan pobre motivo os arañáis, de morir en la guerra vuestros hijos o vuestros

maridos, ¿qué haréis? ¿De dónde sacaréis fuerzas para llorar sus muertes si

las agotáis en palabras y en obras mezquinas?

DESLENGUADA 2: Tranquila estoy por mi hijo, que lo tengo metido donde no llegan

balas.

DESLENGUADA 3: Me tiene sin cuidado mi marido, porque trabaja en un Comité de la

retaguardia.

DESLENGUADA 4: Lo mismo digo yo, referente al mío.

DESLENGUADA 1: Poco me desvela mi Saturnino, que sé que anda muy bien

resguardado y enchufado. MADRE: Por lo que oigo, entiendo que sois tan

amigas de cobardes como ellos hombres, si lo son, de mujeres poco de más o

menos.

DESLENGUADA 1: ¡Oiga, oiga!

DESLENGUADA 2: ¡Oiga, mucho ojo con lo que se dice!

DESLENGUADA 3: ¡Cuidado con la lengua, que se le desboca!

DESLENGUADA 4: Es mejor no hacerla [sic] caso. La vejez quita juicio y pone

calabazas en la sesera.

MADRE: La dignidad, y no la vejez, es lo que me hace despreciaros. Mientras

millares y millares de madres damos nuestros hijos a la guerra que nos han

traído, con dolores de parto y con orgullo de haber amamantado cuerpos de

valentía; mientras a millares y millares de mujeres se nos desangra el corazón

viendo caer la flor de nuestros hombres; mientras yo pierdo dos hijos de mis

entrañas, que siento vacías sin ellos, asesinados por el fascismo de Italia y

Alemania, vosotras, mujeres que merecéis otro nombre, satisfechas de

vuestro egoísmo, negáis la sangre de vuestros varones a España, al pueblo,

las ansias del pueblo, le traicionáis y lo despreciáis, no empujando esos

brazos a la pelea, sino reteniéndolos viciosamente contra vuestros cuerpos de

sal insatisfecha siempre, y al mismo tiempo lo hacéis carne de

escándalo,

golpeándoos por las calles con la lengua podrida del egoísmo y el ocio.

(Entra la ALARMANTE, llena de aspavientos.)

ALARMANTE: ¿No escucháis? ¡A los sótanos, a los sótanos! ¡Ha venido la aviación!

¡Yo me muero del susto! ¡Que me matan! ¡Han arrojado ya más de cien

bombas! ¡Que me bombardean! ¡Doscientos muertos, mil heridos, medio

Madrid en ruinas!

MADRE: Serénate, mujer. No se oye ningún ruido: son figuraciones tuyas. No

alarmes más.

ALARMANTE: ¡Moriremos todos! ¡Mis hijos! ¡Voy junto a ellos! ¡Me los han matado!

(Sale corriendo, y las cuatro DESLENGUADAS detrás.)

MADRE: ¿Dónde vais? No sois dignas de vivir estos momentos gloriosos de España.

No servís para madres de los españoles gigantes que van naciendo de esta

guerra. No merecéis pisar la tierra en que ha caído la sangre de los hijos de

tantas madres: la sangre de mis dos hijos.

(A poco vuelven las cuatro DESLENGUADAS.)

DESLENGUADA 1: No hay tal aviación. No gana una para sustos. Ya me revientan a mí

estas sembradoras de alarmas.

DESLENGUADA 2: A mí también. Y pienso que sería bueno cortarles la lengua.

DESLENGUADA 3: ¡Ay! Se me ha subido el corazón a la boca, del susto y de la carrera.

No me daría pena apalear a esa mujer: desahogaría mi pecho.

DESLENGUADA 4: Y yo el mío. La muy zorrona ha alarmado todo Madrid.

MADRE: Ella, y las que son como ella, alarman la ciudad: y vosotras, y las que son

como vosotras, la alborotáis y la desordenáis. Madrid no puede ofrecer al

mundo, que nos contempla emocionado, espectáculos de esta calidad. Madrid

ha de presentarse a todos los ojos envuelto en el aire digno de los

sufrimientos callados, de la sangre derramada que convierte sus piedras en

corazones; en el aire heroico que mueve su juventud camino de las

trincheras. Madrid ha de presentarse ante sí mismo como lo que es: la capital

del mundo honrado, como un gigante mudo y sereno, seguro de la victoria,

sonriendo por encima de los montes a los cuerpos del trabajo que nos

atienden, anhelantes, desde las cinco partes de la tierra. Dignificad Madrid,

mujeres de sus barrios, hombres de su defensa. No lo enturbiéis ni

lo

degradéis con acciones y actitudes bajas. Andad, gallarda y diáfanamente,

entre sus calles y sus cañones, entre sus muertos y los bombardeos

enemigos. Que se le vea, gallardo y diáfano, desde donde se le mire. Así

venceremos. Seguirán su ejemplo los demás pueblos de España. Así

salvaremos la sangre que se nos ha caído en su barrio de las pisadas de la

invasión. Así recuperaremos la España que nos quieren quitar. ¡Que todos

participemos en la salvación de España! ¡Que a todos nos duela y nos sangre

en el pecho el corazón de Madrid, compañeras!

[5 de enero de 1937,

en Teatro en la guerra (1937)]

EL CAMPESINO9,10

Aquí, castigando el campo

con el pie, por las besanas,

entrañable como un surco,

crespo como un Guadarrama,

un hombre abundante de hombre

de un empujón se levanta.

Valentín tiene por nombre,
por boca un golpe de hacha,
por apellido González
y por horizonte España.
Aquí, entre muertos y heridos
y alrededor de las balas,
fieramente se pasea,
castellanamente habla.
Con el aire de sus hombros
la atmósfera se huracana.
Sus labores son de guerra
y de muerte sus campañas.
Ha matado muchas bestias
y quiere acabar la casta.
En actitud de león,
negro el pelo, roja el alma,
recorre al sol de la pólvora
las anchuras castellanas,
y el corazón, de tan ancho,
se le sale por las mangas.
Lleva, como la madera
del roble y de la carrasca,

revuelta la sien oscura

y masculina la savia,

que por los tempestuosos

ojos le bulle y le salta.

Lleva el pecho como un monte,

lleva la boca con rabia,

y una ráfaga de sombra

dando vueltas a su barba.

Miradlo cómo reluce

cuando dice una palabra.

Ante este varón del pueblo,

hasta las piedras más bravas
débiles y sin defensa
se sienten y se desgranan.
La cobardía lo esquiva
y el valor duerme en su casa.
Hombres que seguís a este hombre
por laberintos que marchan
a páramos de derrota
y a viñas de triunfo y palma:
que sus cejas de coraje,
y su frente de arrogancia
y su piel de valentía
hallen eco en vuestra cara.
Con él ganaréis Castilla,
con él ganaréis España
a los de la morería
y a los de la canallada:
con él podremos ganar
toda la tierra del mapa.
Yo he de cantar sus proezas,
yo he de romper mi garganta
en alabanzas al pueblo

y al hombre de sus entrañas,

hasta que queden de mí

los restos de una guitarra.

[en Al Ataque, número 1,

Madrid, 9 de enero de 1937]

DEFENSA DE MADRID:

MADRID Y LAS CIUDADES DE RETAGUARDIA

Cuando la ciudad de Madrid se conmueve y se desangra por

todas sus ventanas y todos sus campos: desnuda, muda y serena,

bajo los bombardeos y los cañonazos italianos y alemanes, ansiosos

de absorber los hijos y las riquezas de España: cuando los hombres

del pueblo de Madrid, los campesinos y los obreros que sienten en lo

más hondo la gran tragedia de la capital de España,

desesperadamente deseada y firmemente defendida; cuando estos

hombres, digo, están viviendo en las trincheras unos días

inacabables de hambre, de fuego y muerte, sin dormir; con los ojos

dilatados para vigilar los movimientos del enemigo, con las ropas

mojadas de barro, de sangre, de lluvia: cuando lo más digno de vivir

y perpetuarse de nuestra juventud, de los que solo anhelan el

exterminio de sus verdugos para volver al trabajo de sus talleres y

sus arados y no al carguito tal y al sueldecito cual de otros, faltos de alma y excesivos de estómago; cuando lo más digno, digo, desaparece insustituiblemente de sus puestos gloriosos de lucha: cuando la guerra está salpicando de luto el corazón de tantas madres y tantos compañeros: cuando depende de España entera que las vidas derramadas, que se están derramando y que se van a derramar no sean siembra en páramo baldío, veo, siento con pesadumbre y cólera ciudades de retaguardia ajenas, ajenas por completo, a pesar de sus aparatos de carteles y carteleros de propaganda, a la terrible verdad que nos circunda. Dentro de ellas apenas hay otras cosas que no sean carne de carnaval, fingimiento de problemas importantes, burocracia, problemillas, torpezas y mezquindades que hacen apretar los dientes y el alma.

No puede ser. Hemos de acabar con ese disfrazado fascismo de orgías, de cobardes resentidos, de señoritos que no podían serlo y lo son en cuanto pueden. La austeridad y la hombría que impone la guerra a que nos han llevado los traidores extranjerizantes, los enemigos de España y su raza, exigen a gritos depuración y desinfección de las ciudades de retaguardia. El que cree que la victoria es cosa de los demás y no suya debe recibir el duro castigo que se da a los fascistas. No es hora de histriones. El que comercia

con el pueblo lo traiciona, lo deshonra y lo vende. Acabemos con los

traficantes que hacen mercancía y escarnio del pueblo. Ennobleced

vuestro aspecto, ciudades de retaguardia, dignificad vuestro

corazón. No deseamos que os metáis en lágrimas, no: pedimos que

ordenéis vuestro cuerpo y vuestra alegría; que observéis y

arranquéis de raíz de vuestro suelo a los revolucionarios de

relumbrón y a los héroes de opereta, y que sintáis la tremenda

convulsión que recorre los cimientos de Madrid en vuestros

cimientos. Ved al pueblo madrileño sacudido y despedazado,

generoso y sangrante, con los colmillos y las mandíbulas asesinas de

Hitler y Mussolini alargados hasta sus puertas, y aprended: aprended

a defenderos de vuestros enemigos de la misma manera; digna y

mudamente enardecidas.

[en Al Ataque, número 2,

Madrid, 16 de enero de 1937]

LOS SEIS MESES DE GUERRA CIVIL

VISTOS POR UN MILICIANO11

Medio año de lucha contra el fascismo nos ha dado una honda

experiencia a los hombres de las trincheras. La sangre de millares de

compañeros, la diaria muerte de los mejores hombres del 5.º

Regimiento, regimiento de Madrid, de España entera, no ha corrido en balde a nuestro lado, sobre nuestros pies, por los surcos barbechos. Esa sangre ha ido acumulando fortaleza y serenidad de veteranos de la guerra en nuestros puños y nuestros fusiles; odios implacables contra los verdugos de Italia y Alemania, y los generalazos españoles, pagados a ellos en nuestros sentimientos; austeridad, generosidad, alegría de vivir y morir por una causa noble en nuestro corazón.

Aquí estamos, cada día más hechos al plomo, a la metralla, a los accidentes buenos y malos de la guerra; cada día más curtidos en la pólvora, con más cicatrices en la carne y más hierro y firmeza en la decisión, en nuestra decisión de combatientes populares.

Salimos al aire de la guerra en los últimos tiempos del mes de julio. Aquellos primeros días de lucha van adquiriendo en nosotros un sabor denso y sangriento cada vez mayor. Sonreímos al recuerdo de los sucesos primeros, de su pintoresquismo dramático... Estalló la sublevación y el pueblo improvisó un ejército que se lanzó por patrullas de catorce y de veinte hombres. Daba risa, emoción y llanto marchar a la Sierra y a los demás frentes entre compañeros que, a falta de un arma más ofensiva, llevaban al hombro un trabuco

tatarabuelo o un estoque carcomido de vejez. El entusiasmo sustituyó al arma en numerosos casos, y los cuerpos caían bajo la astuta bala del legionario y el moro por puro entusiasmo. No se sabía qué cosa era la muerte en realidad, y el enemigo hallaba abundante pasto para su ira en los cuerpos de los milicianos, ingenuos y generosos. Llegaba la aviación facciosa sobre nosotros y

la contemplábamos sin resguardarnos de ella, insultándola, escupiéndola, disparándole nuestros fusiles... Su munición dejaba nuestros campos llenos de muertos y heridos. La sangre vertida cotidianamente, inútilmente muchas veces, nos fue aleccionando, moldeando, endureciendo las tareas combativas. Las patrullas se fueron convirtiendo en compañías, las compañías en batallones.

El 5.º Regimiento inició una labor de preparación y dirección de los milicianos que comenzó a dar gloriosos frutos en los campos de combate. Se dedicó, además de a la labor de adiestrar a los trabajadores en el manejo del fusil, al descubrimiento de hombres de mando, que fueron surgiendo y cuajando en el calor de la lucha; a la creación de batallones de fortificación, a la propagación de folletos guerreros, a la exaltación de los héroes del pueblo.

Aparecieron los cazadores de tanques, con su maravillosa moral guerrera. Nuestros muertos, los que hemos enterrado en la línea de

fuego, nos han ido indicando con su silencio, nos han ido trazando, el camino a seguir. Hemos visto muchas energías malgastadas, mucho valor desperdiciado, mucho fracasado ardor. Y hemos comprendido en nuestra marcha por las trincheras y los cuarteles la necesidad del mando único, de la obediencia a una sola voz principal en estos momentos decisivos; a una sola voluntad que evite derramamientos estériles, heroísmo estéril. El Ejército popular está levantado potentemente ya, y sus pasos son cada día más firmes, más victoriosos.

[en Milicia Popular,
Madrid, 19 de enero de 1937]

EL PUEBLO EN ARMAS

Recorremos unos días en que es imposible ocultar la humanidad que cada uno lleva encima del corazón. La guerra, el gran acontecimiento, desnuda a los pueblos y pone de manifiesto, a su violento resplandor, la extensión, en color, la naturaleza de cada alma. España yergue hoy su glorioso cuerpo terrestre más desnudo que nunca, y el universo y sus numerosos ojos la ven anegarse en la sangre de su juventud vehemente al pie de una diaria tempestad de aeroplanos y bombardeos: mensaje diario de Hitler y Mussolini, los

más ilustres y famosos verdugos de este siglo. Ellos anhelan sembrar

su bárbaro poder de herradura, su inhumanidad carcelaria, en los

barbechos españoles. El pueblo, mi pueblo, se ha sentido injuriado

en sus más remotas raíces, y con todas ellas, esgrimidas y

representadas en forma de fusiles, uñas, dientes y puños, se ha

precipitado a la defensa, no poniéndose en pie, que en pie siempre

estuvo sobre su gallardía, su orgullo y sus trabajos, sino

creciéndose, agrandándose de cólera y de dignidad ante los que

pretenden reducirlo a la esclavitud, humillarlo al estiércol, pisotearlo,

arrastrarlo, vencerlo: hacerle mercancía, máquina, buey.

No, un pueblo como el mío no permitirá nunca signos de

esclavitud sobre su nuca, huellas de caballo con botas sobre su piel,

botas con animales intrusos sobre su tierra.

Medio año hace que está metida en las trincheras España;

medio año hace que está defendiéndose de Italia y Alemania, y no

es posible defenderse con más grandeza, sencillez y heroísmo.

Italianos y alemanes, asesinos y asesinos del fascismo, han tenido

tiempo de comprobar que aquí se lucha y se muere con la cabeza en

alto y que nunca nos harán vivir con el cuello inclinado, porque no

sabemos ser los corderos que necesitan para sus armas y sus

intenciones de carniceros terribles. A sus bombardeos, que dejan las

ciudades derruidas y vacilantes y las mujeres y los niños en los

cementerios y en los hospitales, destrozados, clamorosos, mudos; a

todos sus crímenes y sentencias infamantes nos crecemos, nos

fortalecemos más, y vamos con nuestra invencible juventud, nuestro

fusil y nuestros dientes rechinantes de trinchera en trinchera y de

muerte en muerte, cuajando en hierro cada vez más firme, cada vez

más serenos y seguros de la victoria. Las minas, las fábricas, los

surcos manan a borbotones, sin cesar, hombres de la pobreza y el

trabajo que sustituirán los que vosotros, asesinos universales, hacéis

caer hacia atrás en los puntos de trigo. Sabedlo otra vez; nos

importa más la muerte en la trinchera que la vida en vuestro

régimen de cárcel. Es una alegría para nosotros morir matando

vuestra semilla, que no dará fruto en España jamás. A través de los

huesos de nuestros muertos sopla un viento que nos empuja

decidida, fatalmente contra vosotros, asesinos y siempre asesinos. Y

encima de esos huesos queridos nos levantamos a cada instante

para no dejar de escupiros ni de provocar vuestra perdición.

A mi lado ha caído la obra de varias madres, y muchas de ellas

quisieran parir una montaña de hijos ya con veinte años y mandarlos

tras el fusil contra vosotros. Cuando yo caiga, que empuñe otro mi

arma y mi coraje y que no se olvide de vengarme también.

[en La Voz del Combatiente, número 23,

Madrid, 23 de enero de 1937]

EL DEBER DEL CAMPESINADO

Los hombres que han trabajado las tierras de España; las tierras

generalmente duras y poco productivas del agro español. Los

hombres que se han dejado sus fuerzas y su salud, en el cultivo de

esas tierras, por un jornal reducido o un arriendo que no han podido

pagar más que quitando el pan de su boca y la sangre de sus venas:

esos hombres y los hijos de esos hombres, vosotros campesinos,

que hoy empuñáis el fusil, sabéis poco o sabéis nada de la victoria

que representa para vosotros derrotar a las clases adineradas que

están frente a vuestras trincheras, bajo el nombre de fascismo. No

quiero creer que la mayoría de vosotros peleáis por las diez pesetas;

no quiero creer que os habéis hecho milicianos por dar de lado al

arado y a la yunta o porque no habéis tenido más remedio... Sería

indigno de los campesinos honrados que fuera así. Creo que habéis

dejado a la aldea, la mujer, el hijo y el barbecho, porque habéis

visto

que Juan, que Alonso, que Saturio, vuestros vecinos labradores más

honrados y más perseguidos por los que han sido explotadores y

dueños de vuestras haciendas, las han dejado; y los habéis seguido

con el presentimiento de que junto a ellos lucháis por un porvenir de

abundante pan, y justicia abundante. Pero en las trincheras veis que

corre la sangre, que mueren compañeros, que se pasan malos días.

Juan, Alonso, Saturio, han muerto con los dientes apretados y unas

palabras de aliento para vosotros y un insulto para sus asesinos, han

sido el último rumor de sus vidas. Y vosotros no sabéis si llorar, si

insultar también a los asesinos, si dejar el fusil y marchar a donde

no se oiga la guerra o si dejaros matar cobardemente. ¿Por qué este

decaimiento de ánimo? Sencillamente porque no tenéis plena

conciencia, pleno sentimiento de la muerte de Juan, Alonso y

Saturio; de la vida de vuestros hermanos y vuestros hijos y de la

maldad de los que han explotado vuestros cuerpos esclavos. En una

palabra: «porque no queréis la tierra».

Por hambres que pasemos, por muertes que veamos, por

sangre que se nos derrame en estos días tormentosos, no podemos

reaccionar como borregos, a los que todo se les va en lamentos en balidos tristes. Hemos de reaccionar como hombres que somos: hemos de salir de cada momento difícil con más empuje, con más serenidad, con más alegría. La muerte de cada compañero nuestro debe ser un puñado más de rabia acumulado en el fusil, que siempre ha de estar atento y vigilante contra las cabezas enemigas.

A vosotros, campesinos, corresponde alertar y disciplinar a vuestros compañeros de trinchera. No los dejéis decaer, agachar la cabeza, encoger las piernas, decir palabras de desaliento. Vosotros, campesinos, por la experiencia lo sé, sois los que más sabéis de sufrimientos y necesidades: sed los que sepáis dar mejores lecciones de hombría. Que ni [un] solo fusil se acobarde a vuestro lado. Que a nadie le importe morir por la defensa de su barbecho libre, de sus manos libres para recoger el trigo y la viña.

A vosotros, campesinos, corresponde ocupar el lugar primero en los puestos de combate. A vosotros pertenece la salvación de España. Cada baja que ocasionéis al enemigo es un palmo de tierra que se libra de tiranos y de imposiciones. Cada muerto fascista es un montón de estiércol que tenéis para las cosechas venideras. ¿Qué abono más fino podéis desear para vuestros cultivos? Que caiga

principalmente sobre vosotros[,] campesinos, la gloria de ahogar en

las trincheras al fascismo, como ha caído siempre la de ahogar en

los surcos a la cizaña. La tierra, vuestra, España, vuestra y no de

italianos y alemanes. Deseadlo con todo corazón y lo será. Y no

penséis en la muerte cuando la tengáis cerca más que para deciros:

«¿Cómo la he de temer, si es un solo trago?».

[en Al Ataque, número 3,

Madrid, 23 de enero de 1937]

PRIMEROS DÍAS DE UN COMBATIENTE

Salimos precipitadamente de Madrid, de uno de sus cuarteles, al

que yo había llegado unas noches antes desde mi pueblo. Me dieron

un fusil. Lo cogí como una cosa extraña y me lo eché al hombro. Me

avergonzaba confesar que no sabía manejarlo, porque había tenido

tiempo de sobra para ello. Vi que unos compañeros se burlaban de

otro que estaba en la misma ignorancia que yo, y me volví a

avergonzar y me maldije. Era la madrugada cuando salimos de

Madrid. ¿Dónde íbamos? Los coches se deslizaban por una carretera

que nunca pisara mi abarca de campesino. Mis compañeros

cantaban y yo no podía con mi voz de tristeza. Me empujaban y me

gritaban para que cantara con ellos. Uno me dio con una guitarra en

el hombro. El alba comenzaba a extender luz sobre los campos. Mis ojos se clavaban en los terrones quietos, y mi mirada descubría debajo de la escarcha blanca y azul bultos de muertos blancos y azules. Llegamos a un pueblo desierto: en las piedras de las calles había sangre y pólvora seca. Lo primero que hicimos fue mear, y después nos lanzamos a curiosear por las casas despobladas. Entré en un corral, atraído por el olor a establo y tropecé con una vaca que mugió como si fuera su dueño. Cuando volví a la calle, no pude menos que reírme al ver a un compañero vestido de mujer capitalista, con un gramófono que daba vueltas en sus manos y a la

espalda el fusil con un lirio en el cañón. Aquello mudó mis humos y mis pensamientos se hicieron más anchos. Comprendí la necesidad de la pelea contra los fascistas con toda claridad y me olvidé de mi madre y de la paz caliente de mi casa. Se oía un estruendo de tiros que me alegraba el corazón y me lo precipitaba. El sol inundó la mañana fría de noviembre y me encontró con la risa en la boca. Entre risas y música de guitarra y ruido de botas comenzamos a desfilar por un sendero y cuando el comandante del batallón dijo ¡alto! ya conocía yo los secretos del fusil, que me había enseñado, con mucho orgullo y mucha sensualidad de su saber, un compañero

cordobés, cazador furtivo y enemigo de la Guardia Civil en otros tiempos. A la voz del comandante nos detuvimos todos. Venía la aviación enemiga y hubimos de dispersarnos por los barbechos. Las bombas llovieron sobre nosotros. Yo las veía caer tendido boca arriba y el cuerpo me rebotaba en las explosiones. No sé por qué me reía de no ser dueño de mi persona, y mis carcajadas indignaron al cordobés. Se levantó escupiendo tierra y me gritó que el caso no era para risa, sino para seriedad. Los trimotores negros se alejaron estruendosamente y nuestros ojos y nuestros insultos los siguieron por el aire hasta que desaparecieron. Al mismo tiempo nos quitamos a manotazos la escarcha y la tierra que recogieran nuestras ropas.

[en Al Ataque, número 3,
Madrid, 23 de enero de 1937]

HOMBRES DE LA PRIMERA BRIGADA MÓVIL DE CHOQUE

El Campesino

El Campesino, cabeza principal de la Brigada, lleva en su vida una larga historia de hombre de combate. Varón de Extremadura, se levanta contra el cielo ensangrentado de la guerra como un bloque viril y puro. Lo veo como un herrero forjador de temples heroicos,

victorias, verdades y justicia. Su presencia da fortaleza y su aliento austero derriba como un huracán las debilidades y los robles que se le ponen por delante. A cada nueva ocasión da nuevas pruebas de sus inmensas capacidades de mando y de organización. Es uno de los dirigentes y defensores más apasionados del pueblo. Lleva muchas heridas por dentro, y no repara en las que las balas le cuelgan sobre su piel blindada. En los momentos difíciles, cuando el ánimo de los combatientes desfallece, surge el Campesino con una voz emocionada y rotunda, una bomba y una pistola y una cara de comerse el mundo sobre las trincheras, y los fusiles marchitos recobran su gallardía fiera, y los movimientos contra el enemigo tienen efectos mortales y victoriosos. Apenas duerme; come con una mano y dispara con la otra; truena y relampaguea contra los cobardes, los retrasados y los bribones. Tiene una palabra que quema, unos ojos que petrifican y una barba revuelta y negra que mete para convencer en todas las bocas y que es el terror de moros y alemanes. A su alrededor, contagiados de su fortaleza, su valor y su fe en la victoria del pueblo se mueven cerca de dos millares de hombres, y van y avanzan donde él ordena y les llena de orgullo caer a su lado heridos o muertos. Uno de ellos ha llegado a gritar

con la boca destrozada por una bala explosiva, a punto de callarse para siempre: «¡Viva el Campesino!».

José Aliaga

Es de Cartagena este capitán de la Brigada. Su oficio se lo dio el agua: era marino. Acaba de sufrir una herida en los alrededores de Madrid. Se hallaba en su Compañía como reserva en la retaguardia de un frente. El combate era reñidísimo y el enemigo presionaba furiosamente. Aliaga guardaba impacientemente la orden de situarse en primera línea. Pero la orden no llegaba: los facciosos conseguían abrir brecha en un lado de nuestras trincheras y cuatro tanques suyos avanzaban hacia ellas. Aliaga vio en peligro la vida de más de cien hombres nuestros. Se lanzó en plena tempestad de fuego; salta de las zanjas cantando «La Internacional» y con una bomba en la mano. Un grupo de hombres canta con él, y un sargento de la Compañía, Cándido Pérez, le acompaña y cae con la carne llena de agujeros. Aliaga lo sostiene en su caída; sigue enardecido y emocionado hacia los tanques, cuyas ametralladoras le buscan con fiereza. Se siente herido en un muslo; contiene la sangre, que invade su pantalón verde de soldado; no cesa de cantar; se arrastra junto a uno de los tanques y arroja la bomba contra sus ruedas de

engranaje, que se detiene. Los otros tres retroceden ante su vista,

que nubla la alegría. Recoge un trozo de hierro del tanque inutilizado

y lo agita victoriosamente. Cuando pasa ante el Campesino traído en

una camilla se incorpora y le grita orgulloso y alegre:

—¡No soy un marino de agua dulce, como tú me has llamado siempre! ¡Soy un marino de Cronstadt!12 ¡Soy hijo tuyo, Valentín! Ha hecho que el médico le dé de alta antes de tiempo. No ha estado ni cuatro días en el hospital. Nos abrazamos fuertemente. Recordamos la tierra en que hemos nacido los dos. Recuerda la muerte de Cándido Pérez.

—¡Ha muerto como se debe morir! —exclama.

Y al recordar [a] nuestras respectivas familias, dice:

—Cuando salí de Cartagena, me metí a mi madre en este bolsillo, a mi padre en este, y a mis hermanos en estos.

Y se lleva las manos a los bolsillos del pantalón y la guerrera.

Otra vez está en las trincheras, con la herida fresca todavía pero con sus veintidós años secos y decididos. Ahora ya manda un Batallón.

Chocolate

Conduce el coche del Campesino, y le irrita la lentitud. No le gusta que le llamen Chocolate, y por eso lo llamamos por ese

nombre. Lleva escrita en la frente la palabra audacia, y siempre anda

con los labios revueltos de malhumor. Insulta a todos los

conductores que encuentra por las carreteras. Los facciosos le han

tenido varias veces cerca de sus uñas. Pero Chocolate se da tal

maña en esquivar el bulto del coche, con el del Campesino y el suyo

propio, que los rebeldes quedan siempre corridos y asombrados de

su intrepidez.

El otro día se perdieron Valentín y Chocolate en los campos de

acción. Los ojos de este descubrieron un grupo de soldados y hacia

él dirigió el coche. Cuál no sería la sorpresa de ambos al acercarse y

ver que los del grupo eran fascistas que les aguardaban con los

fusiles echados a la cara. Chocolate, sin destemplarse ni mucho

menos, dio la vuelta al volante, saltó por una loma, subió a otra, y

cuando el enemigo hizo fuego, las balas ya no pudieron alcanzar

otra cosa que aire y tierra.

(Otro intrépido conductor es Manolo, sin apodo conocido hasta

la fecha. Ha llegado a cruzar un trozo de carretera custodiada por

moritos en acecho y ha salido indemne y sonriendo del trance, por lo

que muchos nos vamos afirmando en la creencia de que él y su

coche son invulnerables.)

Rosario y Felisa

Entre la docena de mujeres (alguna más hay) que lleva la Brigada en sus filas, sobresalen Rosario13 y Felisa. Las dos son muchachas de dieciocho años; aquella morena de ojos negros y esta morena de ojos transparentes. Rosario tiene un temperamento fogoso que ha desahogado en el Guadarrama haciendo bombas y arrojándolas al enemigo. La avergüenza que muchas mujeres vayan a presumir y a mujerear a las trincheras. La dinamita le ha comido la mano derecha, y ella dice que aún tiene la izquierda para seguir haciendo bombas, tarea que aprendió de un minero asturiano, ya muerto por el pueblo en los barrancos de la sierra. No puede estar quieta, inactiva. Es más útil con la sola mano que le queda que muchos hombres con dos y con fusil. Se pelea con el Campesino porque no la deja acercarse a las trincheras, donde ella quisiera estar metida a todas horas.

—¡Me da una rabia no ser hombre! —me ha dicho con la sinceridad de campesina pura. Y la he visto más mujer que nunca.

Felisa habla poco. Trabaja mucho y siempre parece andar envuelta en el resplandor del agua mediterránea de sus largos ojos.

Va a todas partes con su máquina de escribir en la mano y no

interrumpe su escritura, ni las bombas que la rodean de continuo ni los obuses que entran de cuando en cuando hasta la habitación en que imprime las palabras del Campesino, que le dicta entredormido, después de duros y prolongados combates. Cuando Felisa acaba su trabajo, son las dos y las tres de la madrugada. Entonces se duerme sobre su silla de trabajo y se la oye menos que despierta. Lo único ruidoso en ella es su máquina. Pero, a pesar de todo, parece andar descalza y hablar con una lengua de lana dulce.

Candón

Vino de Cuba, donde nació, como el malogrado Pablo de la Torriente.14 Su voz es más recia que su cuerpo, y su cuerpo no es delgado, sino bastante nutrido. Es el comandante de uno de los batallones de la Brigada, y trata con una seriedad y una atención tan ejemplares a su gente, que su gente pelea a sus órdenes llena de confianza. Esta confianza se ha traducido en victoria en diferentes ocasiones. Se ve en él al hombre curtido en la lucha y avezado a ella. Saca grandes lecciones de cada combate. Hace malograr muchos estudiados ataques del enemigo, pues siempre está a la observación de los menores movimientos de este. Lo que más echa de menos es el clima de Cuba, y el invierno cortante y penetrante de

Castilla encoge un tanto su figura y le lleva a buscar lumbre por todos los rincones de las comandancias transitorias que ocupa. Alteran poco su fisonomía tropical los más graves o los más felices acontecimientos. Es, de los hombres serenos, uno. Por eso sus explosiones son terribles de violentas.

Manuel Moral

Otro conductor como Chocolate. Tiene una lengua lírica de pájaro. Ha recibido en otros tiempos rudas palizas de la Guardia Civil de su pueblo de Jaén. Uno de los guardias le malquería grandemente y a todas horas hallaba motivos para apalearlo y hacerle la vida imposible.

—¡Las malas noches que me hacía pasar el cabrón! —me ha comentado.

En cuanto pudo, que fue al iniciarse el movimiento fascista, acabó con la mala hierba del tal. Y rodando, rodando, dio con el Campesino. Lleva su coche como un potro andaluz, y lo limpia y lo cuida como si fuera de pelo. Va a todas partes cantando, con un chorro de pelo sobre la frente. Antonio Aparicio y yo nos reímos oyendo su palabra llena de gráfica gracia. Suenan y estallan las bombas enemigas a nuestro alrededor alguna vez, y ni él interrumpe sus coplas y su ingenio ni nosotros nuestra risa. El otro día nos

encontramos sin caminos que llevaran adonde íbamos y Manuel, sin

detener el coche, siguió rodando a campo perdido y dijo:

—¡Las carreteras parten el alma! —Y volvió a sus coplas de

costumbre.

[en Ayuda, número 39,

Madrid, 23 de enero de 1937]

ROSARIO, DINAMITERA

Rosario, dinamitera,

sobre tu mano bonita

celaba la dinamita

sus atributos de fiera.

Nadie al mirarla creyera

que había en su corazón

una desesperación,

de cristales, de metralla

ansiosa de una batalla,

sedienta de una explosión.

Era tu mano derecha,

capaz de fundir leones,

la flor de las municiones

y el anhelo de la mecha.

Rosario, buena cosecha,
alta como un campanario,
sembrabas al adversario
de dinamita furiosa
y era tu mano una rosa
enfurecida, Rosario.
Buitrago ha sido testigo
de la condición de rayo
de las hazañas que callo
y de la mano que digo.
¡Bien conoció el enemigo
la mano de esta doncella,
que hoy no es mano porque de ella,
que ni un solo dedo agita,
se prendó la dinamita
y la convirtió en estrella!
Rosario, dinamitera,
puedes ser varón y eres
la nata de las mujeres,
la espuma de la trinchera.
Digna como una bandera
de triunfos y resplandores,

dinamiteros pastores,

vedla agitando su aliento

y dad las bombas al viento

del alma de los traidores.

[en A l'Assaut, número 4,

Madrid, 5 de febrero de 1937,

recogido luego en Viento del pueblo (1937)]

INAUGURACIÓN DE LA BIBLIOTECA15

Desde este mismo momento quedan abiertas las puertas de la biblioteca de nuestra Brigada. No debe pasar de sapercibido esto para ninguno de nuestros soldados. Tenemos que advertir la profunda significación que las bibliotecas han de tener en nuestra República de trabajadores, que ha de ser una república de laboriosidad y cultura. Las bibliotecas, con las universidades y las escuelas, vendrán a ocupar los puestos que hoy tienen tabernas, casas de prostitución y bancos hipotecarios. En ellas se han de ennoblecer las inteligencias y ha de subir hasta su mayor punto de claridad el pensamiento. Un pueblo sin libros... llegaría a ser fatalmente un pueblo sin hombres, no sería un pueblo, sino una selva. Un pueblo sin poetas que guíen su alma y su cuerpo por la vida, que canten sus proezas y sus virtudes y destruyan sus vicios y expresen sus ansias y sus dolores; un pueblo sin poetas... es un

pueblo amordazado, inconsciente, brutal: es un cementerio poblado.

Los poetas hacen los libros para su pueblo, y ¡ay! de los pueblos que

desprecian a sus poetas.

Vuestros ojos, compañeros, han de desembocar en la lectura, y han de entretenerse una hora diaria en los libros. Para eso os abrimos la biblioteca. Esta no puede quedar en un lujo, en una decoración de nuestro cuartel, en un rincón solitario lleno de papeles. Los libros, los que se han escrito y se escriben con el corazón, con el conocimiento de todas las cosas de la vida, piden a gritos ojos que los descifren, los comprendan y los respeten. El hombre aprende a serlo en su grado superior, a través de las experiencias de la vida, y los mejores libros no son más que profundas experiencias de esta. La lectura no debe servir de distracción, sino de conocimiento.

Entramos en un periodo de la guerra en que, a la creación del Ejército popular, sucede necesariamente la transformación de sus soldados, que han de ser hombres profundamente conscientes de su

desempeño. Nadie mejor que los libros dará a estos hombres esa profunda conciencia para actuar en el nuevo régimen de vida que propugnamos. Hemos de tener en cuenta, muy en cuenta, todos

nosotros, compañeros, que después de esta guerra van a quedar en

nuestras manos, además de las armas militares, de las del trabajo,

las más de la ciencias y las artes, y ¡ay! de nuestro pueblo, de

nuestra España, si no sabemos hacer el más perfecto uso de ellas.

De las escuelas, de las universidades, de las bibliotecas, donde el

pueblo tendrá todos los derechos que siempre le han correspondido,

han de salir los hombres que curen, aplaquen y eviten los males

nacionales, espirituales y físicos que se produzcan en nuestro

territorio. El campesino capacitado para los estudios se dedicará a

ellos. El obrero que sienta una elevada vocación encontrará un

campo sin obstáculos para desarrollarla.

Empecemos a frecuentar los libros, compañeros. Que no

tengamos que recurrir a gentes extrañas cuando necesitemos un

médico excelente, un músico particular, un famoso marino, un militar

perfecto. Todos estamos en ocasión de serlo. Todos estamos en la

ocasión de colocar al pueblo en el lugar más elevado de su palabra.

En una de las consignas que he escrito sobre los muros de nuestra

biblioteca, digo: «No se sabe el idioma que se habla, hasta que no

se le descifra y escribe». Dentro de poco tiempo, habrá que

avergonzar al que no sepa leer y escribir el idioma castellano que

habla y que no trata de dignificar.

[en Al Ataque, número 5,

Madrid, 6 de febrero de 1937]

LAS MANOS

Dos especies de manos se enfrentan en la vida,

brotan del corazón, irrumpen por los brazos,

saltan, y desembocan sobre la luz herida

a golpes, a zarpazos.

La mano es la herramienta del alma, su mensaje,

y el cuerpo tiene en ella su rama combatiente.

Alzad, moved las manos en un gran oleaje,

hombres de mi simiente.

Ante la aurora veo surgir las manos puras

de los trabajadores terrestres y marinos,

como una primavera de alegres dentaduras,

de dedos matutinos.

Endurecidamente pobladas de sudores,

retumbantes las venas desde las uñas rotas,

constelan los espacios de andamios y clamores,

relámpagos y gotas.

Conducen herrerías, azadas y telares,

muerden metales, montes, raptan hachas, encinas,

y construyen, si quieren, hasta en los mismos mares
fábricas, pueblos, minas.
Estas sonoras manos oscuras y lucientes
las reviste una piel de invencible corteza,
y son inagotables y generosas fuentes
de vida y de riqueza.
Como si con los astros el polvo peleara,
como si los planetas lucharan con gusanos,
la especie de las manos trabajadora y clara
lucha con otras manos.
Feroces y reunidas en un bando sangriento,
avanzan al hundirse los cielos vespertinos
unas manos de hueso lívido y avariento,
paisaje de asesinos.
No han sonado: no cantan. Sus dedos vagan roncos,
mudamente aletean, se ciernen, se propagan.
Ni tejieron la pana, ni mecieron los troncos,
y blandas de ocio vagan.
Empuñan crucifijos y acaparan tesoros
que a nadie corresponden sino a quien los labora,
y sus mudos crepúsculos absorben los sonoros
caudales de la aurora.

Orgullo de puñales, arma de bombardeos
con un cáliz, un crimen y un muerto en cada uña:
ejecutoras pálidas de los negros deseos
que la avaricia empuña.
¿Quién lavará estas manos fangosas que se extienden
al agua y la deshonran, enrojecen y estragan?
Nadie lavará manos que en el puñal se encienden
y en el amor se apagan.
Las laboriosas manos de los trabajadores
caerán sobre vosotras con dientes y cuchillas.
Y las verán cortadas tantos explotadores
en sus mismas rodillas.
[en Ayuda, número 47,
Madrid, 20 de febrero de 1937,
recogido luego en Viento del pueblo (1937)]

JORNALEROS

Jornaleros que habéis cobrado en plomo
sufrimientos, trabajos y dineros.
Cuerpos de sometido y alto lomo:
jornaleros.
Españoles que España habéis ganado
labrándola entre lluvias y entre soles.

Rabadanes del hambre y el arado:

españoles.

Esta España que, nunca satisfecha

de malograr la flor de la cizaña,

de una cosecha pasa a otra cosecha:

esta España.

Poderoso homenaje a las encinas,

homenaje del toro y el coloso,

homenaje de páramos y minas

poderoso.

Esta España que habéis amamantado

con sudores y empujes de montaña,

codician los que nunca han cultivado

esta España.

¿Dejaremos llevar cobardemente

riquezas que han forjado nuestros remos?

¿Campos que ha humedecido nuestra frente

dejaremos?

Adelanta, español, una tormenta

de martillos y hoces: ruge y canta.

Tu porvenir, tu orgullo, tu herramienta

adelanta.

Los verdugos, ejemplo de tiranos,
Hitler y Mussolini labran yugos.
Sumid en un retrete de gusanos
los verdugos.
Ellos, ellos nos traen una cadena
de cárceles, miserias y atropellos.
¿Quién España destruye y desordena?
¡Ellos! ¡Ellos!
Fuera, fuera, ladrones de naciones,
guardianes de la cúpula banquera,
cluecas del capital y sus doblones:
¡fuera, fuera!
Arrojados seréis como basura
de todas partes y de todos lados.
No habrá para vosotros sepultura,
arrojados.
La saliva será vuestra mortaja,
vuestro final la bota vengativa,
y solo os dará sombra, paz y caja
la saliva.
Jornaleros: España, loma a loma,
es de gañanes, pobres y braceros.

¡No permitáis que el rico se la coma,

jornaleros!

[en La Voz del Combatiente, número 56,

Madrid, 25 de febrero de 1937,

recogido luego en Viento del pueblo (1937)]

EL NIÑO YUNTERO

Carne de yugo, ha nacido

más humillado que bello,

con el cuello perseguido

por el yugo para el cuello.

Nace, como la herramienta,

a los golpes destinado,

de una tierra descontenta

y un insatisfecho arado.

Entre estiércol puro y vivo

de vacas, trae a la vida

un alma color de olivo

vieja ya y encallecida.

Empieza a vivir, y empieza

a morir de punta a punta

levantando la corteza

de su madre con la yunta.

Empieza a sentir, y siente
la vida como una guerra,
y a dar fatigosamente
en los huesos de la tierra.
Contar sus años no sabe,
y ya sabe que el sudor
es una corona grave
de sal para el labrador.
Trabaja, y mientras trabaja
masculinamente serio,
se unge de lluvia y se alhaja
de carne de cementerio.
A fuerza de golpes, fuerte,
y a fuerza de sol, bruñido,
con una ambición de muerte
despedaza un pan reñido.
Cada nuevo día es
más raíz, menos criatura,
que escucha bajo sus pies
la voz de la sepultura.
Y como raíz se hunde
en la tierra lentamente

para que la tierra inunde
de paz y panes su frente.
Me duele este niño hambriento
como una grandiosa espina,
y su vivir ceniciento
revuelve mi alma de encina.
Lo veo arar los rastrojos,
y devorar un mendrugo,
y declarar con los ojos
que por qué es carne de yugo.
Me da su arado en el pecho,
y su vida en la garganta,
y sufro viendo el barbecho
tan grande bajo su planta.
¿Quién salvará este chiquillo
menor que un grano de avena?
¿De dónde saldrá el martillo
verdugo de esta cadena?
Que salga del corazón
de los hombres jornaleros,
que antes de ser hombres son
y han sido niños yunteros.

[en Ayuda, número 44,

Madrid, 27 de febrero de 1937,

recogido luego en Viento del pueblo (1937)]

COMPAÑERA DE NUESTROS DÍAS16

Imagen de tierra

La compañera de los días del hombre ha llevado en España una vida humillada, animal, apaleada, moribunda. Me refiero a la mujer nacida encima del jergón pobre del pueblo, en el rincón ceniciento de la aldea, sobre la misma extensión del campo. Áspera y triste de carne desde su nacimiento, como si fuera la obra cansada de un arado secular y una besana rendida, la campesina española aparece ante mí con su imagen de tierra y de encina escuálida, con su silencio expresivo, con sus ojos de abatimiento, por los que su alma avanza llena de llanto íntimo, de dolor encarcelado. No es una mujer: es una corteza que se apoya en unos pies duros, que suben por un vientre donde los partos dejan huellas de torrente, que se derriba en unos pechos sin lozanía, cabizbajos desde la adolescencia, marchitos y requemados desde que comenzaran a ser pechos. El sol, el hambre, la pena, el trabajo, han mordido las facciones y proporciones de esta mujer que pudo ser bella y que resulta terriblemente hermosa bajo el arco de su pañuelo. Tengo

muchos motivos para pegar martillazos contra los culpables de la tristeza de las campesinas de España: mi madre ha sido, es, una de las víctimas del régimen esclavizador de la criatura femenina. Enferma, agotada, empequeñecida por los grandes trabajos, las grandes privaciones y las injusticias grandes, ella me hace exigir y procurar con todas mis fuerzas una justicia, una alegría, una nueva vida para la mujer.

Con el sudor de su frente

Creció sobre la tierra con dificultad de rama pobre de savia, y la abundancia de hijos de su madre y la escasez de pan pesaron pronto sobre sus brazos de chiquilla hambrienta. Desgastó las losas de su casa fregándolas arrodillada en sus ocho, diez, doce años; perdió pelo en las palizas que recibía de su madre si no fregaba con el esmero que le exigía, y lloró dentro de muchos inviernos de frío lavando la ropa de sus hermanos al agua de nieve que hay en todos los arroyos a las cuatro de la mañana. Recuerdo a mis hermanas cuando escribo estas palabras, y recuerdo a todas las hermanas de los pobres. Yo he visto sangrar manos queridas sobre las piedras donde las sábanas habían de recobrar la blandura perdida en el transcurso de los sueños del hombre que trabaja, suda y lleva a la cama restos de barbecho, polvo de camino, trozos de madera

combatida por los hachazos, resina, semilla. A los catorce años, la chiquilla ganaba un jornal humillante recogiendo aceituna, espigando rastrojos, trillando centeno, cogiendo la fruta de los huertos de los señores amos.

Luego, ya de mayor, vinieron labores más rudas y deshonrosas para su cuerpo: empuñó la hoz y la esteva como el hombre y si sus huesos y su carne, a pesar de las agotadoras faenas se resistían a la deformación, no se masculinizaban, se alzaban prodigiosamente bellos, femeninos, eran presa forzosa del rico que poseía la tierra de su padre.

Indignante situación

A fuerza de respirar una atmósfera brutal, la campesina se hizo a vivir con ella con resignación, y el palo, el salivazo, todo cuanto la humillaba y envilecía, llegó a parecerle cosa de irremediable origen.

Así llega hasta nosotros, con una mentalidad rendida, sin horizontes, y con sus manos varoniles, encallecidas, que se ve que son de mujer cuando cogen al hijo entre sus dedos y lo acarician: entonces, debajo de las arrugas, la obscuridad que les dio el sol y los callos, se transparentan delicadezas, rasgos, gestos que solo a unas manos

maternas corresponde[n]. Llega hasta nosotros, y parece fatigada, sin ganas de hacer otra cosa que tomar compañero, parir y resistir sobre sus espaldas las indignas cargas que se le han ido echando durante varios siglos.

Luchamos por que sea otra

Es preciso conmoverla en lo más hondo con el ademán más noble. Es preciso encauzar esa fe religiosa que la domina, y que es el afán de su corazón terrestre vuelto al cielo por habérsele negado en la tierra su expansión amorosa. Al hombre de este tiempo corresponde sacar el generoso cuerpo, acostumbrado a la esclavitud, a la libertad sana y a la claridad de la alegría. Los hijos brotados de las entrañas de esta mujer luchan, sueñan, mueren y viven para ello y para las demás pasiones populares en los páramos de Castilla, en las piedras de Extremadura, en los olivos de Andalucía y en las montañas mineras de Asturias. Obra de esta mujer son nuestros soldados reivindicativos, y ella es la que siente la inmensidad y el peso doloroso y glorioso de sus muertes y de sus vidas. Ella es la que reviste de luto hasta el último rincón de su corazón y su casa, y nosotros somos los que plantaremos en ellos un resplandor alegre de victorias. Nuestras madres, nuestras novias, nuestras mujeres

han de venir pronto hacia nosotros detrás de la risa, por una avenida

de trigales, ante un firmamento despejado de pólvora, con rastrillos

relucientes al hombro.

[en Frente Sur, número 1,

Jaén, 21 de marzo de 1937]

ACEITUNEROS

Andaluces de Jaén,

aceituneros altivos,

decidme en el alma: ¿quién,

quién levantó los olivos?

No los levantó la nada,

ni el dinero, ni el señor,

sino la tierra callada,

el trabajo y el sudor.

Unidos al agua pura

y a los planetas unidos,

los tres dieron la hermosura

de los troncos retorcidos.

«Levántate, olivo cano»,

dijeron al pie del viento.

Y el olivo alzó una mano

poderosa de cimiento.
Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
decidme en el alma: ¿quién
amamantó los olivos?
Vuestra sangre, vuestra vida,
no la del explotador
que se enriqueció en la herida
generosa del sudor.
No la del terrateniente
que os sepultó en la pobreza,
que os pisoteó la frente,
que os redujo la cabeza.
Árboles que vuestro afán
consagró al centro del día
eran principio de un pan
que solo el otro comía.
¡Cuántos siglos de aceituna,
los pies y las manos presos,
sol a sol y luna a luna,
pesan sobre vuestros huesos!

Andaluces de Jaén,

aceituneros altivos,

pregunta mi alma: ¿de quién,

de quién son estos olivos?

Jaén, levántate brava

sobre tus piedras lunares,

no vayas a ser esclava

con todos tus olivares.

Dentro de la claridad

del aceite y sus aromas,

indican tu libertad

la libertad de tus lomas.

[en Frente Sur, número 1,

Jaén, 21 de marzo de 1937,

recogido luego en Viento del pueblo (1937)]

LOS EVADIDOS DEL INFIERNO FASCISTA

El 4.º batallón de la Brigada opera en uno de los frentes andaluces. Lo componen hombres de Extremadura en su mayoría. Andamos bajo una lluvia apenas perceptible. A la boca de un nido cubierto de ametralladoras veo extrañado un cencerro que pende de una cuerda y tiene el badajo atado a otra. No puedo menos de reír. Dicen que los centinelas lo hacen sonar para

despertar, en el momento preciso, a los hombres que se ocupan del funcionamiento de la máquina cantora, casi cacareante. Oselito17 advierte que en cuanto Queipo de Llano oiga este cencerro vendrá a la querencia boyunamente.

Del lado de las trincheras viene una canción:

Este bravo batallón
el pecho tiene de acero,
porque todo se compone
de andaluces y extremeños.

La primera compañía de este batallón de extremeños da constantes pruebas de audacia. No hace mucho tiempo ocupó unas importantes posiciones del enemigo en un expuesto avance, volando sus hombres una ametralladora con bombas de mano.

Los evadidos

La presencia de un evadido siempre produce en nuestras filas y en nuestro sentimiento una emoción y una admiración grandes. Nadie se harta de elogiar su audacia y su consciencia. Por conscientes, son los soldados más disciplinados y seguros. Por lo que han sufrido bajo la botaza de los generales facciosos, por los crímenes que han presenciado, son los más incansables en la pelea,

son los primeros en los ataques, son los que no sienten ni temen las

heridas que puedan llevar sobre su carne, porque llevan varias

heridas dentro de los huesos apaleados.

Me acerco a cuatro evadidos con paso emocionado. Uno de ellos

es de Écija, dos de Coria del Río y el otro de Badajoz.

Al de Écija le sorprendió en su pueblo el movimiento y se salió

al campo, donde permaneció oculto cinco meses. Comía trigo crudo,

lo que alcanzaba al árbol y a la tierra, cuando no podía acercarse a

los cortijos a pedir por la sangrienta vigilancia de los de Falange.

Llegó el invierno y, forzado a ello, por hambre, hubo de presentarse

a los fascistas, que lo obligaron a coger un fusil. Estuvo en Sevilla

diez días y solo vio italianos y alemanes. «Y en los barrios populosos

—dice— vi mujeres solas de luto y hambrientas, que se prostituían

por desesperación.» Hablan de los mil doscientos mineros y las

treinta mujeres de Riotinto, fusilados en Llerena, después de ser

engañados por los fascistas, que les hicieron creer [que] iban a

tomar Sevilla. Cuenta indignado cómo, de entre las treinta mujeres,

escogieron a las más jóvenes y las violentaron antes de asesinarlas.

Luego explica el mal trato que reciben los soldados del Ejército

faccioso y del ansia de pasarse a nuestras filas de infinidad de

ellos;

cree que muchos no se evaden por temor al fracaso. Además, los esbirros de Queipo propagan que los rojos los fusilaríamos y que la paga que recibimos es un papel blanco sellado.

El alcalde que cobraba las vidas

Los dos de Coria del Río dicen que han matado a más de mil obreros en este pueblo y que el alcalde, después de cobrar grandes cantidades de dinero con la promesa de no matar al que se las entregara, sometió a la última pena a muchos ciudadanos que no habían actuado en política jamás y que le entregaban sus ahorros ingenuamente.

Al evadido de Badajoz lo persigue la caballería de Franco. Noventa mil asesinados

El evadido de Badajoz es un muchacho de veinte años. Escapó perseguido por la caballería de los fascistas, que le obligaron a internarse en las sierras extremeñas, donde, según su relato, hay todavía numerosos campesinos resistiéndose a entregarse al enemigo y alimentándose con hierbas, raíces y alimañas. Se le ve obsesionado por salvar a la juventud que reprime sus gritos de libertad bajo la tiranía burguesa, impedidos de todo movimiento y acción. Advierte cómo aquellos jóvenes aguardan el día de su liberación y cómo ocultan enormes listas con los nombres de los

asesinos de sus compañeros. Por su boca conocemos la angustiosa situación, la gran tragedia de tantos hombres obligados a enfrentarse con sus mismos hermanos, que aguardan que se acerque nuestro ejército a los pueblos llenos de ansiedad. Pasan de noventa mil los trabajadores asesinados en la provincia de Badajoz: solo en la capital han sido fusilados más de veinte mil. Casi todos cayeron con el puño levantado y en la boca un ¡viva! al pueblo libre.

Estoy frente a los cuatro evadidos, entre una multitud de soldados extremeños, y Velasco se vuelve a ellos con los ojos disparados y grita: «¡Quizá muchos de los asesinados son padres, hermanos vuestros! Los que quedan vivos me recomendaron que os trajera un saludo si conseguía llegar vivo hasta vosotros, y que no los olvidéis. ¡Pronto! Venzamos al enemigo en Andalucía y marchemos sobre la región que nos ha criado, a matar a los asesinos de nuestras familias». En la voz de Velasco se reflejaba la ira, su corazón emocionado y la ansiedad mortal de los trabajadores que, en los pueblos ocupados por el fascismo, siguen, encarcelados o escondidos, los movimientos de esta guerra.

[en Frente Sur, número 3,
Jaén, 28 de marzo de 1937]

EN EL FRENTE DE EXTREMADURA

En la sierra de Yelves, frente a Santa Amalia, se halla repartido un grupo de unos treinta hombres. Amanece el día 31 de marzo con esperanzas de combate. La tarde anterior se ha visto desfilar por la carretera un gran número de camiones del enemigo procedentes de Mérida.

Los campesinos extremeños que defienden Medellín aguardan el ataque bien resueltos.

—Hoy tenemos tiros.

—Eso creo yo. Por allá parece que avanzan caballos.

—Preparad los fusiles.

—Somos treinta de Yelves, y ellos son más de quinientos. ¿No los ves?

—Como cante bien mi fusil ametrallador, van a quedar muy pocos de esos quinientos.

Y Víctor esgrime su arma contra la luz de la mañana que comienza a clarear. Relumbran sus ojos más que ella. Se tiende detrás de una piedra y observa al enemigo ansiosamente. Los demás hacen lo mismo. Ninguno piensa esquivar el golpe que se avecina a pesar de haber reconocido la superioridad numérica de los fascistas.

Uno de estos grita como debajo de la tierra:

—¡Apretaos mucho las cintas de las alpargatas, rojos, para correr!

Víctor ve venir por La Alameda una gran masa de caballería. Por la parte izquierda de Santa Amalia otra, y detrás un batallón de Infantería. La gana de destrozarlos a todos se le nota en la dureza de la boca.

—¡Ya están ahí! ¡Fuego con ellos!

Los treinta campesinos, como uno solo, descargan sus fusiles.

Los doscientos caballos que galopaban a coronar la pequeña sierra de Yelves, retroceden con sus doscientos jinetes. La Infantería que le sigue también retrocede. Durante cinco horas, con las municiones contadas, los veintinueve fusiles y el ametrallador, manejados por unos hombres dispuestos a todo, contienen las insistentes arremetidas del enemigo. Víctor es el primero en advertir que la munición se agota. Multiplica su arma yendo de una piedra en otra, disparando desde varios puntos casi al mismo tiempo para que el enemigo crea que son varios los fusiles ametralladoras que le acosan. La retirada es obligada, y Víctor es quien cubre las espaldas de sus compañeros. Cerca de cuatro mil cartuchos salen disparados de su mano. Cuando ya no dispone de ninguno, se deja rodar

sierra

abajo perseguido muy de cerca por los fascistas de a caballo. En la orilla del Guadiana se muerde rabioso los puños mirando la sierra que ha tenido que abandonar.

Por mi lado no pasan

En uno de los puentes de Medellín sobre el Guadiana hay un grupo de dinamiteros. Entre ellos sobresale uno por su edad y su gesto. Manda una sección de mineros y barreneros lanzabombas. Medellín no se verá en peligro por la parte que a él le corresponde defender. Es un hombre curtido, endurecido a través de su vida de minero y a través de nueve meses de guerra y de muerte. Dos hijos suyos han sido asesinados y una hija de veinte años. A su lado tiene otro hijo, dos veces herido y mil veces decidido a morir vengando los crímenes cometidos con sus hermanos.

—Por mi lado no pasan. Aquí los espero. Si no me queda otro remedio, mataré a este hijo que me queda, me mataré yo y nuestros dos cuerpos podrán servir de parapetos a los compañeros.

Atención a Extremadura

En los frentes de Extremadura, en su corazón, hay un material humano, combativo, insuperable. Es preciso aprovecharlo en toda

su

heroica extensión para que dé plenamente su fruto.

[en Frente Sur, número 6,

Jaén, 8 de abril de 1937]

EL HIJO DEL POBRE18

Al hijo del rico se le daba a escoger títulos y carreras; al hijo del pobre siempre se le ha obligado a ser el mulo de carga de todos los oficios. No le han dejado ni tiempo ni voluntad para elegir un camino

en el trabajo. Se le ha empujado contra el barbecho, contra el yunque, contra el andamio; se le ha obligado a empuñar una herramienta que, a la vez, no le correspondía. Las universidades nunca han tenido puertas ni libros para los hijos de los pobres, que no han conocido en la niñez más alegría que la que da el mendrugo a los hambrientos, ni más descanso que un sueño de cinco horas.

—¡A trabajar a la mina, gandul! —dijo al hijo pobre su padre, que, porque lo fue y no deja de ser desgraciado, vive amargo de expresión y de alma. Y el hijo, temeroso del palo, con la espalda encogida, llevó su carne a sangrar, a desgarrarse o a endurecerse, junto a los viejos mineros, viejos desde su juventud.

Han pasado mis ojos por los pueblos de España, ¿qué han visto? Junto a los hombres tristes y gastados de trabajar y mal

comer, los niños yunteros, mineros, herreros, albañiles, ferozmente contagiados por el gesto de sus padres: los niños con cara de ancianos y ojos de desgracia.

Ha sonado la hora de salvación para los niños que se hundían y nadie los salvaba; que se perdían en los surcos y nadie quería encontrarlos; que se desplomaban en los pozos minerales y nadie les tendía una mano. Mientras ellos, mientras nosotros éramos desterrados de la alegría, de los juegos y de las fiestas, de la hermosura de vivir limpios y satisfechos, mientras nos comían el calor y el frío, los hijos de los ricos, por muy dignos de cuidar cerdos que fueran, gozaban de todo y solo para ellos se abrían las aulas.

La España infantil y pobre, oscura siempre, maltratada y oscura, comienza a clarear.

[en Frente Sur, número 6,

Jaén, 8 de abril de 1937]

EL HOGAR DESTRUIDO

Entre tu esposo y tú, compañera, amasasteis con sudor y sangre el yeso de las paredes de tu hogar. Entre tu esposo y tú, en las mejores horas robadas al sueño después de las largas jornadas de trabajo, fortalecisteis con piedras cimientos y umbrales. Vuestros

cuerpos pulieron con su planta el portal y por las habitaciones

respirasteis el aire íntimo y querido de vuestra historia de casados.

Era un hogar abrazado a vuestra piel como una piel mayor, conyugal,

adornada de techos y lámparas, con los balcones ahogados en

flores. Vuestro hijo redoblaba la alegría de la vida sencilla,

iluminando las penumbras y las sombras de los días con su niñez.

¿Qué pasó? El fascismo. El hogar quedó arrasado bajo el

bombardeo, mi compañera contempla la ruina, desde lo que ha sido

el umbral, de lo que fue su casa, el estupor le hace llevar un puño a

la boca, y sus ojos se golpean desiertos contra las piedras, y se

pasean por el hogar desolado como por una gran ciudad hermosa y

derrumbada. Todo ha sido víctima de la metralla. Dan ganas de

decir: ¿qué han hecho las inocentes sillas, las mesas inocentes para

que se las atropelle de ese modo? No existen habitaciones donde se

amó mi compañera con su esposo, y sobre un trozo de pared que

queda se ven grabadas las entrañas de su hijo. El esposo duerme a

pedazos bajo el armario caído, que ha vomitado en su caída

fotografías, encajes, ropas olvidadas. El verderón que alejaba el

silencio de las conversaciones y las siestas, ametrallado en su jaula,

clava a quien le mira unos ojos horrorizados, inmóvilmente

ingenuos,

y la violencia muerta ha vuelto pálido su plumaje. Un colchón se

desangra generoso bajo los cascos ruinosos del yeso seco... Mi

compañera lo ve todo como si lo hubieran destrozado contra su

cabeza: siente arder, quemar, agonizar cada mueble roto en su alma.

Y los restos de su hogar reciben un llanto desesperado.

[en Frente Sur, número 8,

Jaén, 15 de abril de 1937]

SOBRE EL DECRETO DEL 8 DE ABRIL.19

EL FASCISMO Y ESPAÑA

El fascismo hace la guerra por rencor, por impotencia de vivir en

paz. Sus creadores son una casta de impotentes, de débiles bueyes,

que se han pasado la vida revistiendo de corazas y máscaras de

valentía su debilidad mujeril. Hitler es un ejemplo de hombre

afeminado, débil. Envidioso de la fuerza y el valor que le faltan, hace

teatro de ella, gesticula valientemente, da manotazos de forzudo de

feria y los débiles afeminados le rodean, ahuecan el pecho y el

trasero ante las bacterias teatrales y se lanzan rencorosa y

teatralmente contra los pueblos descuidados en su fuerza noble, con

nobleza empleada en la agricultura. Mussolini, el espejo del narciso Hitler, es el bufón mayor de Italia: mucha mandíbula, mucho labio inferior retorcido (sobre todo cuando le ven); mucha debilidad disimulada debajo de una mano de albañilería bruta, y un abuso chulesco de su apariencia viril. Ninguno de los dos pueden negar que han salido de una atmósfera de teatro lírico exagerado. Mussolini es un barítono desmesurado y el bigotudito Adolfo un mal tenor. A los dos se les ve la ópera y la opereta.

El mono representante de ambos en España, Franco, resentido y rencoroso; impotente, se lanza asesinamente contra el pueblo español. Este pueblo, antimilitar, antiguerrero, que nunca se ha preparado para la guerra, pero que la ha hecho y la ha ganado siempre por inspiración, por un entendimiento místico de la guerra, se siente herido, ofendido, atropellado en sus más hondas raíces, y a través de nueve meses de lucha, dolorosa, inspirada, místicamente lleva de fracaso en fracaso y de ridículo en ridículo a Mussolini, [a] Hitler y, un poquito más abajo, a Franco el soberanito.

Nueve meses de lucha contra el fascismo. Como un parto glorioso de España, de la mística España invencible, la victoria se aproxima a nosotros. El Gobierno, en representación de la honrada voz española, da ocasión a los españoles que, por error o fatalidad,

se hallan en las filas facciosas, para que se salven. Ninguno de ellos

puede dejar de reconocer y sentir el grito humano de la justicia y

fraternidad que late en el decreto del 8 de abril. Repetimos los dos

artículos.

Art. 1º. Los combatientes facciosos, nacionales o extranjeros, que sean

hechos prisioneros, serán respetados en sus vidas, y sin pérdida de tiempo se

entregarán a las autoridades competentes, no pudiéndose incoar sumario

alguno sin previo acuerdo del Consejo de Ministros.

Art. 2º. A los combatientes del campo rebelde que, voluntariamente, se

presenten en nuestras filas, además de respetarles la vida, se abrirá una

información, y, si de ella resultase probada su adhesión a la República, se les

reconocerá[n] por el Gobierno los cargos, situaciones y preeminencias que se

acrediten disfrutar o haber disfrutado tanto en la vida civil como en la militar.

Al copiar esto pienso, como en una sola sombra emocionante,

en todos los trabajadores, en todas las mujeres y en todos los niños

asesinados por el fascismo en España.

[en Frente Sur, número 9,

Jaén, 18 de abril de 1937]

LA FIESTA DEL TRABAJO

Para el hombre saludable y sin vicios, el trabajo es una fiesta. Los huesos gozan girando sobre sus goznes y la carne con fuerza y la piel se dilata hermosa en los movimientos de la faena. Aquel que no trabaja no sabe lo que es el descanso puro. Aquel que rehúye el contacto de la herramienta no ve lucir sus manos en la luz. Los dedos flacos y amarillentos del ocio me repugnan y procuro eclipsarlo con una manifestación de dedos hecho al trato de las barbecheras.

Cuerpos armoniosos como árboles son los cuerpos de los trabajadores. No existe más hermosa fiesta de sangre y armonía que la del trabajo.

En mayo ocupa el trabajo su mediodía. Por eso los jornaleros aprovechan su fiesta primera para festejarle. El azadón pone más hiriente su quijada y canta con más pasión el yunque. Los aposentos donde el hombre y la mujer acostumbran amarse son casi fragorosos. El amor es también trabajo. Mayo es un taller de mujeres y hombres, raíces y animales que resuenan de un modo musical amando y trabajando. La mujer anhela durante este mes, como nunca, ser madre y la tierra es doblemente materna. A las

puertas de mayo hay una escritura luminosa que dice: FECUNDIDAD.

Todo, unido al estruendo de la guerra, hace de este mayo una sonora esfera, espumosa de venas, balas, flores. España aparece bajo el brillo ansioso de laboriosidad. Se presiente la voz de la cigarra. Da la viña su primer perfume y enlaza frenéticamente sus brotes con unas y otras. Este mayo hispano es como una explosión de huertos, fusiles y vientres floridos.

Dicen que la mala hierba no muere jamás: lo creo. Pero se la puede aplastar, que no retoñe, que no crezca. Los malos jaramagos que se apoderan de los trigos, los tizones mezquinos, son extirpados por los escardadores, y las espigas llegan hasta donde merecen llegar.

Siempre han abundado en mayo las pendencias y las violentas muertes. Este mayo, mientras la pólvora exige fuego con más ansia que en los demás meses, va[,] tal vez, a decidir la victoria del pueblo, que lucha como las espigas paneras contra el fascismo de los malos jaramagos y tizones.

[en Frente Sur, número 12,
Jaén, 1 de mayo de 1937]

LA RENDICIÓN DE LA CABEZA

El día definitivo

Es el día Primero de Mayo. Hombres de la 16.ª Brigada Mixta y del Batallón Jaén despliega[n] una actividad silenciosa, precursora de un violento ataque al enemigo en las trincheras que ocupan frente al Santuario y Cerro Chico. El edificio de la Cabeza amanece ante el alba sangriento y oscuro. En él veía yo la representación de un monstruoso tricornio enarbolado, con desgarrones abiertos por nuestra munición. Dentro del pétreo tricornio sentía latir angustioso el corazón de las mujeres y los niños encarcelados por Cortés. Hasta el último momento se le gritó por el altavoz que diera libertad a aquellos seres: hasta el último momento se apoyó en ellos para hacer más larga, ensangrentada y cruel la resistencia.

Al cruzar con el comandante Carlos [García Vallejo]20 y [el fotógrafo Otto] Pless21 hacia el puesto de mando vi tres evadidos de aquella misma noche. Fumaban con los soldados y señalaban la situación de los parapetos enemigos. Llegamos al puesto de mando.

Allí encontramos a Pedro Martínez Cartón, que daba órdenes urgentes. El teléfono sonaba sin interrupción. La voz de Pedro Martínez se repartía por él con insistencia. Un viento frío nos reducía la piel a todos. La artillería inició su fuego hacia las seis, cuando la claridad de la mañana definía por completo el perfil victorioso de

las

sierras.

Parece un hombre hecho de manojos de fibras: ágil, enjuto.

Observa al enemigo, ordena el avance, se impacienta, atiende a los

que le rodean finalmente, va al teléfono, vuelve a la observación, y

su voz metálica se desborda en insultos, amenazas y, a veces,

interjecciones expresivas. Cuando no resulta el movimiento que ha

ordenado como él deseaba, se le ve sufrir, arder por dentro, lleno de

mucho amor propio y mucho hueso vibrante. Ha llevado a feliz

término la operación de conquista del Santuario, pero no a la hora

que anhelaba.

Pless con su arma de combate: la máquina

fotográfica

Bajo las granadas de la artillería los moros del Santuario se

desplomaban entre humo blanco y negro, y los ecos de las

montañas redoblaban los retumbos de las explosiones. El estampido

se oía doble, aullante, con un interminable fragor de lobo.

A las ocho avanzaron seis tanques hacia Cerro Chico. Pless se

desliza tras uno de ellos con un grueso de infantería, dispuesto a dar

su vida para lograr una fotografía buena. Pless es un germano

maduro que peleó en la guerra europea y que, por tanto, tiene sabrosas experiencias. Sus cincuenta años no le estorban para correr y reír como un chiquillo y en las trincheras parece un patriarca fotógrafo y guerrero.

Por los perfiles de Cerro Chico se arrastraban guardias civiles, y el cañón del fusil les brillaba con un brillo feroz en la luz. Detrás y junto a los tanques iban pecho arriba nuestros soldados. El comisario del 4.º Batallón de la Brigada empuñaba una bandera con el propósito de plantarla en la cumbre del cerro en cuanto se tomase. Era el principal objetivo ambicionado. Dueños de Cerro Chico, el Santuario quedaba indefenso, expuesto a las balas desde todas partes. Los muchachos avanzaban animosos y uno se puso a cantar por lo hondo, como si no le acechara la muerte.

Pless disparaba su arma fotográfica y avanzaba con ellos.

El combate

El enemigo, que dominaba a la perfección nuestras posiciones desde la altura de los dos cerros, se hallaba preparado contra el movimiento ofensivo de nuestras armas en sus puntos más estratégicos, y los dos fuegos se cruzaron carniceros.

Una de las ametralladoras emplazadas en el santuario extendía su plomo a lo largo del campo, y las balas se ahogaban en la tierra

moviendo aire junto a las orejas de los soldados, salpicándolos de barro, haciéndoles escupir tierra. Pero el ejército del pueblo sabe decidirse desde el primer momento a vencer y a morir, y los hombres de este ejército que ocuparon el santuario subían palmo a palmo hacia Cerro Chico desprendiéndose de las zarzas, tendiéndose, levantándose, cayendo de claro en claro alguno con la pechera como una bandera tinta y mojada. Los camilleros se llevaron al capitán Haro del combate con un balazo y un camillero mismo dobló el cuerpo sobre la camilla que conducía.

La artillería desvió el fuego hacia Cerro Chico, y las siluetas de los guardias civiles manchaba el cielo, buscando protección contra las granadas. Un soldado arrebató la bandera al comisario del 4.º Batallón y gritó:

—¡Adelante el ejército del pueblo!

Entre una ráfaga de balas llegó hasta lo más alto del cerro deseado y allí se mantuvo en el espacio de varios minutos dando vivas a la independencia de España y arrojando contra los del tricornio bombas de mano. Hubo de retirarse, porque el fuego enemigo le perseguía y acorralaba.

En medio del encarnizado combate se abrían ligeras treguas para tomar aliento, y el silencio, despojado de disparos y explosiones, recobraba su intensidad serrana. Una lluvia helada

golpeaba manos y rostros, pero existen fuegos que no logra apagarlos ni el agua, ni la nieve, ni el granizo, y el de la guerra y el del entusiasmo son dos.

Los tanques cumplían su misión destructora magníficamente, trepando por las piedras hasta donde permitían los fosos abiertos por el enemigo. Cuando uno enmudecía, agotado de munición, iba a reemplazarlo otro, y los tanquistas del que volvía por nueva carga se asomaban, deseosos de respirar con libertad.

Andando por unas trincheras llenas de agua llegué hasta unos parapetos cercanos al Santuario. La metralla de una granada que explotaba en aquel momento me rozó el brazo derecho y se clavó en la tierra. Avanzando con el cuerpo inclinado fui a detenerme en un punto de la carretera que batía desde la Cabeza una pistola ametralladora. Siete hombres cayeron allí, y unos cuantos compañeros que se habían cobijado en un repecho no se atrevían a seguir adelante. Seguimos amparados por uno de los tanques que regresaban a la pelea. Y nos colocamos con los demás al pie de Cerro Chico, con los fusiles encendidos. A mi lado desfilaban las camillas con heridos y muertos que parecían jaras pálidas en los jarales. Y la jara me parecía desde entonces el rostro de un cadáver

oloroso.

La toma del cerro

Las tres y media de la tarde me pareció la hora que sería. El sol que andaba el día jugando con nubes desapareció bajo una masa grandiosa, voluminosa, que prometía una pasajera tempestad. Sobre nuestras espaldas empezó a descargar un granizo duro, deshecho a poco de caer por el calor de nuestros poros. Los truenos se unieron a las baterías y a los fusiles, y Sierra Morena retumbaba y se estremecía como próxima a desplomarse en no sé qué abismo de agua. La guerra era entonces terrestre y celeste, con infantería y artillería doble, con relámpagos que se ahogaban en los horizontes fieros.

Seguíamos avanzando cerro arriba. Veíamos aplastarse contra las piedras la guerrera verde de los guardias civiles que caían y la chaquetilla de pana de muchos compañeros. Hubo un momento en que la cumbre del cerro fue nuestra y del enemigo a un tiempo. En medio de truenos y explosiones gritábamos con todo el pecho, y una voz más poderosa que la de los cielos y la tierra se clavaba en nuestras orejas.

—¡Adelante el ejército del pueblo! ¡Adelanteeeeee!

La nube tempestuosa se retiraba reculando. Un soldado que

tenía a mi derecha se levantó con una bandeja roja iluminado por una luz especial, saltó sobre la piedra más alta de Cerro Chico y allí permaneció varios minutos; los precisos para que el sol irrumpiera sobre él y lo rodeara de resplandores y hermosuras nunca vistos entre un cerco de balas. Inmediatamente subimos en avalancha, con un grito indescriptible entre la dentadura. Los guardias civiles retrocedían hasta el Santuario, Cerro Chico quedaba en nuestro poder.

La rendición

La artillería intensificó su fuego contra el reducto de la Cabeza; los tanques también. Sobre uno de los muchos rotos del Santuario aparecieron dos figuras con una bandera blanca y otra roja. Suspendimos el fuego. La rendición se consumaba. Los soldados no podían contenerse en las trincheras. Saltaron de ellas muchos y los guardias que quedaban rebeldes hicieron varias bajas. Del Santuario comenzaron a bajar mujeres y niños. Unos ciento cincuenta guardias civiles vinieron hacia nosotros con los brazos en alto. Un soldado se encontró con un hermano suyo, guardia civil, y se abrazaron llorando. Pude comprobar en aquellos momentos la grandeza del corazón popular; ni un insulto, ni una ofensa salió de la boca de los

soldados, que ayudaban a curar a los heridos y sentaban [a] los niños sobre sus hombros. Muchos se conocían y se estrechaban la mano con emoción.

—¿Para qué habéis dado tiempo a esto, compañeros? —decían, mientras curaban las heridas, nuestros hombres.

A mí me creyó un teniente paisano mío de los prisioneros y me reí de su equivocación un poco tristemente.

El cura suicida. Habla Martínez Cartón22

—Aquel que llevan en la camilla es Cortés, que ha sido herido en el vientre, al intentar impedir la salida del sótano a las mujeres, por el último morterazo. —Esto me dijo un compañero señalándome la carretera por donde cuatro camilleros se alejaban. Sentía yo más avidez de enfrentarme con las mujeres y los niños que de ver al siniestro cabecilla.

A la entrada del Santuario se removía una muchedumbre de cuerpos desfallecidos, de cabezas polvorientas y despeinadas. Llanto y desolación. Esta era la obra de un ambicioso y vanidoso capitán, que había impuesto el sacrificio a un puñado de criaturas inocentes.

Entré en el Santuario: acababa de suicidarse un cura, que yacía entre los escombros. Un olor a respiraciones concentradas, a basura

humana, a cadáver, llenaba la atmósfera de aquel recinto, que más bien parecía un antro que un lugar de oración. Dos hombres agonizaban sobre unas piedras. Salí oprimido a respirar el aire de fuera. Martínez Cartón dirigía en aquel instante la voz a las mujeres, ofreciéndoles en nombre del ejército del pueblo un hogar y un pan compartido. Luego se volvió a los prisioneros y les prometió dejarlos en las manos de la honrada justicia de la República. Casi todos alzaron el puño y dieron vivas emocionados.

El niño ingeniero y el soldado enamoradizo

Mientras habla Martínez Cartón se me acerca uno de los niños liberados.

—¿Me dejas los anteojos para mirar aquel tanque que se va?

Le doy los anteojos, y su mirada recorre tras ellos el campo.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta luego.

—Miguel. ¿Y tú?

—Pedro. Quiero ser ingeniero. Aquí había uno italiano. ¿De qué calibre es el cañón del tanque? ¿Cuántas ametralladoras tenéis vosotros? Nosotros teníamos cinco. Si te hubiera conocido antes, te hubiera regalado una pistola que he dado a un compañero tuyo.

—¿Y tu madre?

—Mírala allí con mis hermanos. Todas las noches, antes de que

pusierais el cañón ahí enfrente, jugábamos a la guerra y yo hacía bombas de mano con barro. Después del cañón nos metieron en la madriguera. Mira, los de Porcuna nos hacen señal con el espejo, creyendo que todavía es nuestro el Santuario. ¡Ja, ja, ja! ¡Cuando sepan que lo habéis tomado vosotros, se van a poner más rabiosos!

Tú, ¿de dónde eres?

—De muy lejos, ¿te vienes conmigo?

—No quiere madre. Pero yo tengo ganas de pelear con un fusil como tú. Todas las noches me acuesto queriendo tener al otro día veinte años, y nunca paso de los siete.

Me tira de la ropa, me acaricia la mano y me indica un soldado que hay junto a una muchacha, hablándole con mucha pasión.

—Esa es prima mía. ¿Se casará con tu compañero?

(Pless me dice luego que ha fotografiado a la pareja y que el soldado ha pedido la dirección de ella para escribirle cuando se separen.) Ni la niñez ni el amor conocen enemigos, y yo me siento pequeño junto a este niño salvado, como mi compañero ha debido [de] sentirse herido con una herida que no podrán dibujar nunca las municiones.

La muerte de Cortés

A las doce del día 2 de mayo ha muerto, a consecuencia de la

metralla que le perforó el vientre, el cabecilla Cortés. Queipo ha perdido [a] uno de los numerosos admiradores fascistas de su lenguaje cabaretero y uno de los más fieles cumplidores de sus dictados de sangre. Se le atendió hasta que perdió el aliento con solicitud. Refrescos de naranja y limón pedía y se le sirvieron hasta su último instante.

En mis manos he tenido una fotografía que le han hecho momentos antes de su muerte. Su cráneo aglobado y sus rasgos curvos hacia dentro lo delatan como un hombre feroz, rapaz, mezquino.

Él ha sido el culpable de que una preciosa cantidad de nuestra juventud haya caído inútilmente. Por él gimen en el hospital de Andújar muchos hombres de los que mandaba, y en varias poblaciones muchas mujeres viudas y enfermas.

[en Frente Sur, número 13,

Jaén, 6 de mayo de 193723]

LOS TRAIDORES DEL SANTUARIO DE LA CABEZA24

La traición

A mediados de agosto pasado, cuando en las provincias ocupadas por el fascismo se cumplía un mes de asesinatos y traiciones, cuando la Guardia Civil que había entre nosotros nos engañaba, mataba y escapaba, una autoridad con rasgos de

traidora

envió la más considerable parte de la Benemérita de la provincia de Jaén a los edificios descritos. ¿Qué sucedió? Lo que el pueblo presentía. Más de quinientos guardias había repartidos entre el Santuario y Lugar Nuevo con el comandante Nofuentes. Doscientos que se pasaron a las filas facciosas. Requerido Nofuentes para que acusara su adhesión a la República y la de los que con él y las familias de todos ellos se trasladaran a la Sierra, el comandante ofreció lealmente sus servicios y los de sus subordinados a las autoridades gubernativas. Pero cuando regresó al, desde poco tiempo antes, cuartel de Sierra Morena, cuando expuso su lealtad de seguir adicto al régimen republicano, el capitán Cortés, que ya había concertado la traición con veinticinco guardias, encerró a Nofuentes, se impuso al resto de las fuerzas armadas de la Sierra y se declaró en rebelión.

Ese resto de fuerzas a que se imponía Cortés era un número de cerca de trescientos hombres. Viejos unos, excesivamente prudentes o cobardes otros, cazurros los más, no se atrevieron a condenar la traición de Cortés y si hubo alguno que se atrevió, pagó el atrevimiento con la vida. Los curas que convivían con los traidores,

haciéndolos confesar y comulgar entre matanza y matanza, salvaban su responsabilidad de religiosos cumplidores del quinto mandamiento de la ley de Dios con un «¡Él te haya perdonado!».

La ira del pueblo

La Guardia Civil ha dejado un rastro negro y rojo por donde ha pasado, que ha sido por los campos y las aldeas de España. No hay hueso de trabajador que aún no esté condolido de los apaleos constantes a que le sometía el burgués por medio de los beneméritos verdugos. Hombres honrados ha habido entre ellos, es indudable. Por consciencia, ignorancia o necesidad ingresaron en el cuerpo y mantuvieron su honradez a costa de sordas luchas con sus compañeros de profesión y de duros castigos y persecuciones de sus jefes. Pero estos hombres eran guías de agua pequeña en medio de inmensos tangares y el pueblo siempre ha tenido su espalda señalada por las botas, las culatas y la ferocidad de casi todos ellos.

Darse cuenta los hombres populares de la provincia de Córdoba y Jaén de la traición de la Guardia Civil de Sierra Morena, lanzar un grito de indignación, de nobleza engañada y salir de sus hogares contra ellos todo fue una. La guerra andaba prendida por toda

España. Faltaban fusiles en nuestras manos y en Andalucía particularmente. Las escopetas, los trabucos de un siglo, las hondas y la dinamita jugaban por los campos andaluces los papeles más importantes. Un grupo de escopeteros, que había manejado poco o que no había manejado jamás las armas de fuego, mineros, gañanes y pastores en su mayoría, se internó en la Sierra tratando de reducir al cabecilla Cortés y sus secuaces, certeros tiradores entrenados en la caza del jabalí y el jornalero. La serranía comenzó a cubrir sus hondos silencios de denotaciones que rebotaban y aullaban contra las resonantes dentaduras de la piedra. Zarzales y jaras recibían a diario el peso del cuerpo que cae para siempre, y eran nuestros hombres, no los guardias civiles, los que caían, con un balazo, que por casualidad, no les atravesaba la cabeza. Los magníficos tiradores se escondían entre las malezas y cuando el torpe escopetero ingenuo se les acercaba a pecho descubierto, disparaban y aparecían riendo como solo pueden reír los verdugos.

¿Quiénes son los héroes?

Nuestros frentes de Andalucía se han mantenido casi indefensos hasta hace dos meses. Ni un tanque, ni un aeroplano, pocos hombres y menos fusiles durante ocho meses de guerra cruda. La

aviación fascista ha operado a placer contra los andaluces, se han cebado en ellos por mandato del general de las bodegas. Andújar ha sido acometida por las bombas italianas y alemanas infinidad de veces. Los escasos hombres que teníamos frente a los rebeldes del Lugar Nuevo y el Santuario eran víctimas constantes de la metralla. Sin guaridas, a campo descubierto, han visto transcurrir el invierno en las trincheras y han recibido en su cuerpo las lluvias y los vientos inclementes de Sierra Morena. Sin ninguna preparación militar, luchaban contra hombres curtidos en el tiro y en la disciplina férrea con desventaja de terreno y de armas, dominados por las ametralladoras y las miradas de la banda de Cortés, emplazadas en las alturas del Cerro Chico y el Santuario.

¿Quiénes son los héroes? Entiendo por heroísmo un movimiento del corazón que arrastra el mayor peligro por defender y salvar desinteresadamente algo que ocupa lugar en la pureza de sus sentimientos. A los guardias civiles de Sierra Morena se les puede considerar valientes, pero para ser héroes andan demasiado manchados de sucios intereses. Se rebelaron recelosos y temerosos de la justicia popular que, más temprano o más tarde, juzgaría y liquidaría su organización de villanos, y se han defendido por desesperación. Los héroes son los hombres que les han atacado

por

espacio de varios meses con escopetas y con el solo deseo de acabar con la lucha para regresar al digno arado, a la vida sencilla. El héroe actúa por el impulso generoso, no por una mala pasión, aunque sea sin armas. Estos que han luchado contra los de Cortés representan al héroe.

Se prepara la rendición de los rebeldes

El cerco verdadero se lleva a cabo a mediados de abril.

Soldados de la 16.ª Brigada Mixta, con su comandante Pedro Martínez Cartón, operan frente al Lugar Nuevo, que cae en nuestro poder con suma facilidad. Los guardias resistentes en dicho monasterio huyen con sus familias al Santuario, abandonando fusiles y pistolas en abundancia. Se acaba el veraneo. Ahora sí que puede designarlos Queipo con el nombre de sitiados. Porque lo son, efectivamente insiste con sus bombardeos sobre la población civil de Andújar y se apunta trescientas víctimas en la de Jaén.

Pedro Martínez Cartón extiende con sus hombres las trincheras hasta Cerro Chico y el Santuario. No pasa noche que no venga la aviación fascista a bombardearnos en las trincheras, ni pasa día que no tengamos alguna baja con herida en la frente por lo general. Los

soldados se doblan muda, serenamente bajo los disparos de los enemigos, que meten las balas por las troneras.

Del lado de Cortés se produce una desbandada lenta. Desde los mediados de abril hasta el primero de mayo que se toma el Santuario abundan las deserciones de guardias civiles con hijos y mujer. Por medio de un altavoz se les incita a rendirse a todas horas.

Una tarde aparece una mujer, con los brazos extendidos junto al recinto del Santuario.

—¡No tiréis, compañeros! ¡Voy con vosotros!

Un civil le hace un disparo, dejándola con la palabra en la boca y el cráneo destrozado.

Por los evadidos sabemos que otra mujer que quedaba viuda allí mismo pidió harina para alimentar a su hijo de un mes, y se la negaban diciéndole que la harina se reservaba para los enfermos y heridos. Escaseaban los víveres. Son más de mil estómagos los que piden pan; el cabecilla no quiere quedarse sin provisiones y se las niega a las más débiles criaturas. Los curas tratan de levantar el ánimo del elemento femenino con relatos de milagros, con sermones, pero ellas desean en el fondo de su alma abandonar el Santuario, y se pasan los días y las noches apiñadas, con los hijos hambrientos, en el sótano del reducto.

Por el altavoz se les ha leído el decreto del 8 de abril, que asegura la vida, la libertad de cuantos se incorporen a nuestras filas desde que apareciera. El Comité Internacional de Cruz Roja manda dos delegados para proponer a Cortés la evacuación de mujeres y niños, negándose él mismo a ella bajo una serie de condiciones inaceptables. Varios representantes de la religión católica que se encuentran entre nosotros les hablan con el mismo fin y obtienen idénticos resultados. Cortés quiere continuar parapetado en la debilidad de la masa de mujeres y niños que tiene consigo como en un bloque de piedra más con la esperanza de que Queipo decida un día la prometida liberación. Pero quienes habían permanecido hasta entonces con él no se mostraban tan optimistas y el que conseguía escapar a su estrecha vigilancia pasaba a nuestro campo y el que no, caía de bruces malherido en el intento.

[en Frente Sur, número 15,
Jaén, 13 de mayo de 1937]

LOS PROBLEMAS DEL PAN25

Hace unos días me sorprendió un griterío de mujeres que habitan en los alrededores de Jaén. Venían por las carreteras largas y sucias de lengua, descompuestas, con gestos desairosos, los brazos groseramente expresivos. Les faltaban el pan de aquel día y

se dirigían a voz en grito hacia el gobernador. Es justo que si tú no pruebas hoy el pan por motivos de la guerra no lo pruebe yo, y que los dos dejemos de comerlo porque lo coman los soldados en el frente. No es justo que en la ciudad, por privilegios o deficientes administradores de la harina, tengan pan unos y otros dejen de tenerlo. Las mujeres que digo se quejaban, tal vez con razón, de que, cuando a otros vecinos no, a ellas les faltaba. Pero perdían toda razón con la locura que traían para explicarla. Siempre han sobrado los gritos en las razones; mucho más en estos días de tantos problemas, además de los del pan: que la razón siempre vence, pero antes, y sobre todo, cuando se explica con palabra templada y disposición serena, sin aspavientos.

Estamos en guerra. Todos hemos de ser condescendientes de la situación. El pueblo de España, que todavía cuenta con abundantes provisiones, debe disponerse a soportar cuando adverso venga a lo largo de la ensangrentada lucha contra el fascismo. El sufrido pueblo de ayer no puede ser hoy una impaciente ganadería que se alborota apenas no recibe los pastos a su hora. Pido al pueblo mío abnegación. El sufrimiento no es abnegado si se hace alarde de él, y

la privación resulta ridícula cuando se entera de ella a todo el mundo. En las ciudades de la España leal todavía se come y se bebe mejor, mucho mejor de lo que el trance de cerca de un año de pelea prometía en sus comienzos. Aún conseguimos artículos que no son de primera necesidad, como la cerveza. La serenidad y la cordura han de mover la vida de la España que procura su destino venturoso. Con ellas y con el sentimiento y el conocimiento plenos del significado de esta guerra, debemos reforzarnos para recibir inmutables las adversidades que nos lleguen. Si falta pan, comeremos lo que haya sin pan y sin protestas mientras lo haya.

La desordenada dirección de las provincias, la descuidada administración de sus provisiones, provocan a cada instante conflictos y problemas. Un gobernador que quiera perdurar en su gobierno andará atento a la solución inmediata y justa de aquellos.

Hoy cuenta la República española con el trigo suficiente para abastecer su territorio durante varios meses. Bien administrado, no es posible que falte el pan a nuestros españoles. Pero piensen estos el día que les falte, en los hombres de las naciones que declaran la huelga del hambre para enviarnos víveres, como ese millón de estudiantes americanos han hecho recientemente, y vayan a

remediar la falta de la más sencilla manera.

[en Frente Sur, número 15,

Jaén, 13 de mayo de 1937]

FAMILIA DE SOLDADOS

En todos nuestros frentes se encuentra una familia de soldados.

Cada día doy en nuestras trincheras con hombres brotados de un

mismo tronco paternal, y hasta el tronco mismo. No es caso raro ver

juntos en la pelea varios hermanos y el padre de ellos, a veces

enfrentándose unos contra otros. La guerra, esta guerra, pone de

manifiesto, deja en carne viva las aspiraciones nobles y villanas de

cada corazón, y no soy yo solo quien sabe que de este lado y del

lado fascista han llegado a dispararse sañudamente, reconociéndose

enemigos, hombres que han mamado una misma leche.

En el frente de Madrid tuve ocasión de conocer y tratar un

campesino de sesenta años que luchaba como un muchacho junto a

dos hijos suyos. El anciano vibraba en la línea de fuego, pleno de

una juventud que le comunicaba un entusiasmo, una alegría y una

pureza dignas de adolescente. El pelo blanco se le veía negro y la

agilidad y la fortaleza de su pierna producía envidia en muchos

jóvenes combatientes. Siempre andaba con los dos hijos de un lado

para otro, y los tres unidos aguardaban a pie firme las arremetidas feroces del fascismo por aquellos días famosos de noviembre.

Disparaban juntos, comían juntos, hacían la guardia nocturna juntos, juntos leían las cartas de la esposa y madre... Reñían como chiquillos y cada uno de los tres velaba por la vida del otro celoso y emocionado. Los peligros y adversidades de la guerra estrechaban con más fuerza aquellos lazos de sangre que los tenía vinculados.

Juan el padre, Antonio y Francisco los hijos, se llamaban.

Cayó Francisco para no volver a levantarse de la humedad de la tierra. Juan y Antonio sostuvieron el peso de su clara caída en la defensa del arado libre. Los dos campesinos lloraron corazón adentro, como solo pueden llorar los hombres varoniles. El hoyo en que lo echaron con la maternidad insaciable de la tierra, cavado con sus uñas, fue sembrado de besos silenciosos. Sonaron sus fusiles a continuación ante un crucifijo de dientes desesperados. Al otro día de la muerte de Francisco recibieron y leyeron con las cabezas unidas esta carta de la esposa y madre, campesina lejana:

Queridos hijos y esposo míos: hace siete días que no sé nada de vosotros y no puedo hacer más porque la congoja no me dejará vivir. Quiero que me digáis cuándo se acaba la guerra, que sea pronto cuando no haya

fascismo

cizañero, que me encuentro deseosa de vuestra paz y la mía, que temo no va

a venir nunca. Por el periódico sé los héroes que habéis salido de mi casa,

pero yo estaría más contenta con teneros en ella, aunque no dejo de estar

orgullosa. Me aburro tan sola y tan vieja y tengo ganas de remendar vuestra

ropa, que no sé en qué emplear mi vida, mis manos y mis agujas sin

vosotros, corazones míos. Para no apenarme tanto me empleo en coseros

ropa nueva y para Francisco ya tengo hecho un camisón con tirilla y para

Antonio unos calzoncillos de lienzo fino. Para ti, Juan, llevo a medio hacer una

blusa de mucho revuelo y mientras la coso pienso que no te la voy a ver

puesta nunca. El azadón y el majuelo os esperan llenos de orín y grama. El

olivar no hay quien lo cave y a mí no hay quien me consuele de vuestra falta.

La vecina Felisa ya va de luto. Todos los días salimos juntas con otras madres

a esperar carta y antiayer [sic] recibió la última y le decían que su hijo había

muerto. Yo estoy en el continuo sobresalto del temor de que algún

día llegue

a mis ojos la misma noticia de uno de vosotros. Recuerdos de Quintín y

demás vecinos. Sin más por hoy, muchos besos y abrazos de esta que os

quiere,

ISABEL.

Juan y Antonio siguen en la lucha juntos, silenciosos,

enardecidos y la mujer y el campo aguardan con los brazos

enlutados y abiertos.

[en Frente Sur, número 17,

Jaén, 20 de mayo de 1937]

CANCIÓN DEL ANTIAVIONISTA

Que vienen, vienen, vienen

los lentos, lentos, lentos,

los ávidos, los fúnebres,

los aéreos carniceros.

Que nunca, nunca, nunca

su tenebroso vuelo

podrá ser confundido

con el de los jilgueros.

Que asaltan las palomas

sin hiel. Que van sedientos

de sangre, sangre, sangre,

de cuerpos, cuerpos, cuerpos.

Que el mundo no es el mundo.

Que el cielo no es el cielo,

sino el rincón del crimen

más negro, negro, negro.

Que han deshonrado al pájaro.

Que van de pueblo en pueblo, desolación y ruina

sembrando, removiendo.

Que vienen, vienen, vienen

con sed de cementerio

dejando atrás un rastro

de muertos, muertos, muertos.

Que ven los hospitales

lo mismo que los cuervos.

Que nadie duerme, nadie.

Que nadie está despierto.

Que toda madre vive

pendiente del silencio,

del ay de la sirena,

con la ansiedad al cuello,

sin voz, sin paz, sin casa,

sin sueño.

Que nadie, nadie, nadie

lo olvide ni un momento.

Que no es posible el crimen.

Que no es posible esto.

Que tierra nuestra quieren.

Que tierra les daremos

en un hoyo, a puñados:

que queden satisfechos.

Que caigan, caigan: caigan.

Que fuego, fuego: fuego.

[en Lucha,

Valencia, 22 de mayo de 1937]

CANCIÓN DEL ESPOSO SOLDADO

He poblado tu vientre de amor y sementera,

he prolongado el eco de sangre a que respondo

y espero sobre el surco como el arado espera:

he llegado hasta el fondo.

Morena de altas torres, alta luz y ojos altos,

esposa de mi piel, gran trago de mi vida,

tus pechos locos crecen hacia mí dando saltos

de cierva concebida.

Ya me parece que eres un cristal delicado,

temo que te me rompas al más leve tropiezo,

y a reforzar tus venas con mi piel de soldado
fuera como el cerezo.
Espejo de mi carne, sustento de mis alas,
te doy vida en la muerte que me dan y no tomo.
Mujer, mujer, te quiero cercado por las balas,
ansiado por el plomo.
Sobre los ataúdes feroces en acecho,
sobre los mismos muertos sin remedio y sin fosa
te quiero, y te quisiera besar con todo el pecho
hasta en el polvo, esposa.
Cuando junto a los campos de combate te piensa
mi frente que no enfría ni aplaca tu figura,
te acercas hacia mí como una boca inmensa
de hambrienta dentadura.
Escríbeme a la lucha, siénteme en la trinchera:
aquí con el fusil tu nombre evoco y fijo,
y defiendo tu vientre de pobre que me espera,
y defiendo tu hijo.
Nacerá nuestro hijo con el puño cerrado,
envuelto en un clamor de victoria y guitarras,
y dejaré a tu puerta mi vida de soldado
sin colmillos ni garras.

Es preciso matar para seguir viviendo.

Un día iré a la sombra de tu pelo lejano,

y dormiré en la sábana de almidón y de estruendo

cosida por tu mano.

Tus piernas implacables al parto van derechas,

y tu implacable boca de labios indomables,

y ante mi soledad de explosiones y brechas

recorres un camino de besos implacables.

Para el hijo será la paz que estoy forjando.

Y al fin en un océano de irremediables huesos

tu corazón y el mío naufragarán, quedando

una mujer y un hombre gastados por los besos.

[en El Mono Azul, número 19,

Madrid, 10 de junio de 1937,

recogido luego en Viento del pueblo (1937)]

MIGUEL HERNÁNDEZ EN EL ATENEO.

UN GRAN POETA DEL PUEBLO EN LA GUERRA26,27

El poeta en la guerra

Siempre será guerra la vida para todo poeta; para mí siempre

ha sido y me vi iluminado de repente el 18 de julio por el resplandor

de los fusiles en Madrid. Las fuerzas de mi cuerpo y de mi alma se

pusieron más de lo que se ponían a disposición del pueblo, y comencé a luchar, a hacerme eco, clamor y soldado de la España de las pobrezas que nos quieren legar, que nos quieren separar del corazón, donde está atada.

Comienza la tragedia española: la muerte del poeta Federico García Lorca, asesinado por el fascismo en agosto y en Granada, muerte en agosto como el Amargo de su romance:

El veinticinco de julio
abrió los ojos Amargo,
y el veinticinco de agosto
se tendió para cerrarlos.

La desaparición de Federico García Lorca es la pérdida más grande que sufre el pueblo de España. Él solo era una nación de poesía. Desde las ruinas de sus huesos me empuja el crimen con él cometido por los que no han sido ni serán pueblo jamás y es su sangre, bestialmente vertida, el llamamiento más imperioso y emocionante que siento y que me arrastra hacia la guerra. Es su sombra, desaparecida de sus pies, y es su voz, arrancada de su lengua a tiros, la que me empuja irresistiblemente contra sus asesinos en un violento deseo de venganza. Me siento más pobre, más poeta, y un día cogí el fusil que me correspondía, después de

cavar trincheras que han anegado tantas sangres nobles. (...)28

Compañeros en la guerra

Cinco meses estuve con el Campesino. He tenido grandes compañeros en su tropa: el Algabeño, Pablo de la Torriente, José Aliaga. El Algabeño era un madrileño de diecinueve años. Entró con miedo en las trincheras, se lo quitaba cantando por lo hondo y sus canciones daban tristeza y alegría. Cantaba de noche, de día, a todas horas. Aquel chiquillo era un ruiseñor entre fusiles. El miedo de los demás fue haciendo de él un valiente y cayó, de sargento, en el frente de Majadahonda, con la cabeza atravesada. Recuerdo que me dijo una noche, envueltos los dos en la misma manta, calada por la lluvia: «Miguel, si caigo, ya no me importa cumplir los veinte años debajo de la tierra». Y se puso a cantar...

A primeros de febrero marché a la Andalucía con el comandante Carlos. Allí hice vida de poeta por los frentes y poco de soldado. Conocí a Parrita, un banderillero sevillano que era teniente en el batallón de Villafranca, uno de esos españoles que mueren sonriendo, si les da tiempo la bala.

Asistí a la toma del Santuario de la Virgen de la Cabeza.

[Miguel Hernández lee un relato de aquel acontecimiento.] (...)

[Hernández, entre el entusiasmo del público, recitó algunas de

sus poesías de guerra, y terminó con estas palabras:]

El poeta es el soldado más herido en esta guerra de España. Mi

sangre no ha caído todavía en las trincheras, pero cae a diario hacia

dentro, se está derramando desde hace más de un año hacia donde

nadie la ve ni la escucha, si no gritara en medio de ella.

[Miguel Hernández fue muy aplaudido y felicitado.]

[en Nuestra Bandera, número 40,

Alicante, 22 de agosto de 1937]

FUERZA DEL MANZANARES

La voz del bronce no hay quien la estrangule:

mi voz de bronce no hay quien la corrompa.

No puede ser ni que el silencio anule

su soplo ejecutivo de pasión y de trompa.

Con esta voz templada al fuego vivo,

amasada en un bronce de pesares,

salgo a la puerta eterna del olivo,

y dejo dicho entre los olivares...

El río Manzanares,

un traje inexpugnable de soldado

tejido por la bala y la ribera,

sobre su adolescencia de juncos ha colgado.
Hoy es un río y antes no lo era:
era una gota de metal mezquino,
un arenal apenas transitado,
sin gloria y sin destino.
Hoy es una trinchera
de agua que no reduce nadie, nada,
tan relampagueante que parece
en la carne del mismo sol cavada.
El leve Manzanares se merece
ser mar entre los mares.
Al mar, al tiempo, al sol, a este río que crece,
jamás podrás herirlos por más que les dispares.
Tus aguas de pequeña muchedumbre,
ay río de Madrid, yo he defendido,
y la ciudad que al lado es una cumbre
de diamante agresor y esclarecido.
Cansado acaso, pero no vencido,
sale de sus jornadas el soldado.
En la boca le canta una cigarra
y otra heroica cigarra en el costado.
¿Adónde fue el colmillo con la garra?

La hiena no ha pasado

a donde más quería.

Madrid sigue en su puesto ante la hiena,

con su altura de día.

Una torre de arena

ante Madrid y el río se derrumba.

En todas las paredes está escrito:

«Madrid será tu tumba».

Y alguien cavó ya el hoyo de este grito.

Al río Manzanares lo hace crecer la vena

que no se agota nunca y enriquece.

A fuerza de batallas y embestidas,

crece el río que crece

bajo los afluentes que forman las heridas.

Camino de ser mar va el Manzanares:

rojo y cálido avanza

a regar, además del Tajo y de los mares,

donde late un obrero de esperanza.

Madrid, por él regado, se abalanza

detrás de sus balcones y congojas,

grabado en un rubí de lontananza

con las paredes cada vez más rojas.

Chopos que a los soldados
levantan monumentos vegetales,
un resplandor de huesos liberados
lanzan alegremente sobre los hospitales.
El alma de Madrid inunda las naciones,
el Manzanares llega triunfante al infinito,
pasa como la historia sonando sus renglones,
y en el sabor del tiempo queda escrito.
[en Nuestra Bandera, número 40,
Alicante, 22 de agosto de 1937,
recogido luego en Viento del pueblo (1937)]

EL VIAJE A LA URSS

CARTAS A JOSEFINA MANRESA

Mi querida Josefina:

Ayer tarde hemos llegado, los tres compañeros que vienen conmigo y yo a la capital de Suecia. Hemos hecho el viaje de París aquí en aeroplano y ha sido el mejor de todos los que he hecho hasta hoy. Esta nación, Suecia, se encuentra a la parte norte de Europa y está compuesta casi por completo de lagos. Aquí ya hace algún frío, aunque no mucho, y yo pienso en las noches de calor de ahí que hemos pasado juntos. No sé cuándo te llegará esta carta a tus manos, y mis ganas quieren que sea mañana mismo. Parece

mentira todo esto. Pienso en la semana pasada y me veo contigo todavía y de repente lejos de ti y solo. Pero volveré pronto. Ya ves qué poco tiempo he empleado para llegar tan distante de ti. Menos emplearé para volver a tu lado. Quisiera saber cómo marcha tu embarazo y no puedo saberlo. Come mucho, paloma mía, come mucho y bueno. Te tengo que llevar varias cosas, pero tú me tienes que dar la alegría de encontrarte gruesa, alegre, con el vientre ancho y contento, esperando lo que ha de llegar dentro de muy poco tiempo. Acabo de levantarme, son las seis y media de la mañana. Dentro de dos horas saldré para Moscú, donde llegaré esta tarde a las seis. Estoy mejor de la cabeza y creo que este viaje me va a poner bueno del todo. Como mucho, a pesar de que las comidas de esas tierras son más sosas que las de la nuestra. En París se guisa con mantequilla y parece que come uno cirios fritos. Cuando llegue a Moscú, te escribiré y veré si tú puedes escribirme allí. Tengo muchas ganas de volver y aún no he llegado. Espérame, paloma guapa. Si vieras qué diferentes de ti son estas mujeres. Todas rubias, con los ojos azules, las piernas gordas de montar en bicicleta mucho y la mayor parte de ellas, chatas. No son feas, tienen una expresión dulce y buena en los ojos, pero les falta la luz y la sombra de los ojos que hay en España y de tus ojos. Si tuviera

que vivir aquí mucho tiempo me pudriría de pena. El invierno debe [de] ser como si fuera siempre de noche y la nieve siempre estará sobre estos tejados casi negros. ¡Qué diferencia en todo de nuestra tierra! Ahí sobra luz y aquí no alcanza nunca. Aquí se habla casi sin hablar, en silencio, y ahí todo son gritos y alegría. Espérame pronto.

Da muchos besos a Carmen, abrazos a Manolo, a la tía, a la abuela, a María, a Carmelo, a los primos Carmen y Manuel, a todos. Tú recibe siempre mi corazón, que no te olvida ni te traiciona, que cada vez te quiere con más respeto y verdad, al mismo tiempo que fuertes besos y abrazos.

MIGUEL-JOSEFINA

[Estocolmo, 1 de septiembre de 1937]

Mi querida nena Josefina:

Anteayer por la tarde he llegado a Moscú y hasta ese momento me había sido imposible escribirte. Tú no sabes lo que nos hacen trabajar al cabo del día los rusos. Es una gente que no quiere que nos vayamos de aquí sin llevarnos una impresión profunda de todo y continuamente nos llevan de un lado para otro y nos acosan a preguntas y atenciones. Va con nosotros una muchacha intérprete o, si no, nadie entendería lo que decimos y a nadie entenderíamos. Si

me vieras, no me conocías: estoy completamente cambiado a la fuerza aunque solo exteriormente. Me he tenido que poner un traje azul, corbata, zapatos, que me duelen mucho por cierto y echo de menos mis esparteñas, que he tenido que tirar. Es muy bonito Moscú, pero no tanto como Cox. No te rías cuando te leas esto, morenica de mis entrañas, que es la pura verdad. Como mucho, pescado y fruta sobre todo, pero no me gustan nada las comidas porque las hacen con mantequilla a falta de aceite. Quisiera verte desde aquí comer: temo que no comes nada o comes poco y que nuestro hijo protesta en tu vientre. Cuando nazca, es seguro que te da una paliza por haberle hecho pasar tanta hambre. No te mando dirección porque dentro de siete días salimos para Ucrania y en siete días no puedo recibir carta tuya, y hasta es posible que tú no hayas recibido esta. ¡Qué lejos, nena, de ti! Pero dentro de veinte días estaré contigo otra vez: a lo más dentro de veinticinco. Es muy posible que regrese sin esperar a los compañeros que vienen conmigo, porque llevo unos días solo fuera de ahí y ya se me antoja que hace un siglo que no te veo. Fuera de España se siente más la separación de las personas queridas. Parece que me encuentro en otro mundo y solo tengo ganas de volver. ¡Qué desgracia es la mía que no puedo recibir carta tuya, nena guapa y hermosa! Haz

porque

me llegue alguna, así como si fuera un milagro. Anoche me dijeron

en la portería del hotel que tenía carta para mí y lo primero que se

me ocurrió es que era tuya. Fíjate si te tengo presente. Que cuando

vuelva te encuentre buena, gruesa, alegre. Es muy posible, aunque

no te lo aseguro por no alimentar esperanzas, que cuando vuelva

podamos descansar un poco cerca del mar. Tengo ganas de

olvidarme un poco de las cosas que me rodean en la guerra y aquí, y

de pasarme el tiempo solo contigo. Si se acabara la guerra pronto,

sería lo mejor. Pero por lo visto tenemos para sufrirla mucho tiempo,

y yo mucho más. Todos los días doy un repaso a las fotografías que

llevo tuyas, y siento no poder volver a Cox de un salto. Bueno, esto

es desesperarse y estarse quieto. Ya vendrán tiempos mejores,

¿verdad?, y ya estaremos juntos y ya nos hartaremos de estarlo

tanto tiempo, y nos pelearemos de nuevo. ¿Cómo te sientes de tu

embarazo? No sé para qué te lo pregunto, si no me has de contestar.

Eres una estúpida que no me contestas a nada y tengo deseos de

darte en castigo con los dientes en donde tú quieras. Espérame.

Salud y fuerza en el canú. Da muchos besos a las Marianas;29 di a

Carmen que sea obediente en todo, a Manolo que siegue mi barba

en fotografía, a la tía que cosa mis esparteñas, a la abuela que le duela la vejez, a María que cómo estamos de abajo, a los primos que monten en bicicleta y a ti que tengo rejuntados no sé cuántos besos de los que te mando uno y sobra.

MIGUEL

[Moscú, 3 de septiembre de 1937]

Mi querida nena:

Delante de tu fotografía, después de besarla mucho, mirándote con todos los ojos del cuerpo y del alma, te escribo. Ocho días llevo ya en Moscú y todavía no he conseguido olvidarte, mira tú si será fácil para mí hacerlo. No sabes qué vida más aperreada llevo en esos ocho días de trabajo constante con periodistas y otra cantidad de gente de aquí. Aún no me he despertado y ya está sonando el teléfono de mi habitación, y es que me llama la Peribochi, la intérprete que se llama la Peribochi, para que me levante y vaya a cualquier parte donde me espera fulanito de tal para hacerme una interviú, o menganito para tocarme los cojones. Luego tengo que escribir para periódicos, revistas... Anoche me acostaba a las cuatro, aunque aquí el reloj va adelantado dos horas y solo eran las dos en realidad. La suerte mía es que como mucho y bueno. Me acuerdo mucho de ti a todas horas, pero especialmente a la hora de la

comida, porque me gustaría que tú pudieras comer de todo lo que hay por aquí, que no falta de nada. Los rusos comen una barbaridad, y muy despacio. Sirven la mesa con mucha lentitud y yo me exaspero y pataleo, porque después que pido la comida me la sirven, sin exagerarte, media hora más tarde, y luego se pasan cerca de dos horas de plato a plato. Casi siempre empiezo a comer a las tres, que ahí es la una, pero a las cinco, que ahí es las tres, aún no he terminado. Supongo habrás recibido mis cartas y telegramas cuando recibas esta, que pienso será de aquí a quince días. No te digo que me escribas porque temo que, cuando vaya a recibir, digo, a llegar tu carta aquí, no me encuentre aquí, sino que esté ya de camino de España y no quiero que se pierda nada tuyo que me mandes, Josefinica buena. Hasta que no sepa de ti, hasta que no te vea, voy a estar pensando en que puedes caer mala, en que tu embarazo puede malograrse, en no sé cuántas cosas, y, por otra parte, por la mejor, espero encontrarte gruesa, alegre, feliz y esperándome. Supongo que irás a Orihuela: cuando vayas, da abrazos míos a nuestros padres y hermanos y a los padres de Pepito [Ramón Sijé]. Creo que Justino [Gabriel Sijé] estará en Orihuela, Alicante o Murcia, como todos queríamos, te he comprado alguna

cosilla. ¿Coses los pañales de nuestro hijo? Entretén el tiempo en eso y que María te alegre esa cara que yo tanto quiero. En cuanto vuelva, me voy a pasar otra temporada contigo, y, si es posible, junto al mar. Aquí hace mucho frío y, como no sale el sol casi nunca, no me gusta nada vivir aquí. En España tengo dos soles: no te rías por eso. ¿Has tenido carta de Vicente Aleixandre? Dile que no le escribo porque me falta tiempo para todo. Escríbele tú una carta, que él te lo agradecerá mucho. A mis padres y a los de Justino, diles lo mismo, y que te escribo a ti dándoles muchos recuerdos y abrazos. Quisiera saber, y no sabré hasta que vaya, si la paga del padre está próxima a cobrarse o si la cobras ya. El tío Juan me prometió hacer todo lo posible por dar prisas y cobrar el mes de septiembre. También quisiera saber de las Marianas, si están bien, si comen, si se acuerdan de mí mucho. Pobres hijas mías: las tengo más olvidadas que a nadie. Diles que cuando vaya les daré unos juguetes rusos muy bonitos que les he comprado. Si no pesara tanto la maleta, la llenaría de cosas para ellas y para mis sobrinos. Además, tampoco puedo gastar mucho porque todo cuesta aquí el doble de caro y no se puede pasar por las aduanas de las fronteras con muchas cosas porque las revuelven y las estropean todas. Ayer

tarde he estado en una escuela de niños españoles evacuados y no puedes imaginarte de qué manera los tratan. Están como solamente pueden estar los de mucho dinero y no carecen de nada. Hay de Madrid, de Alicante, de Valencia, de Elche, y me he encontrado con dos que han estado en la guardería de Orihuela y me han dado cartas para Pepe. Si vas a la guardería, díselo a él y dale recuerdos míos. ¡Qué ganas, nenica guapa, qué ganas tengo de andar contigo, de volver contigo, de ver si comes y me sigues queriendo como siempre o me quieres un poquito más! Iré pronto. Piensa estas palabras. Da un gran abrazo a mi hijo Manolo, a mi tía Gertrudis, a mi abuela Sangre, a mi tonta Carmen; dales besos y abrazos como si fueran para ti, digo, como si no fueran. Dile a María que si está bien de abajo y de arriba. Saluda a Carmelo, Enrique, Isabel, Amparo y a todo Cristo. A los primos no dejes de saludarlos por mí. Besa a la monja, abraza a Filomena. Saluda a los tíos José, Josefa, Facundo, Cristóbal, Carmen y San Pedro. Tú no tomes más que el corazón de MIGUEL

Josefina la tonta rompe los platos y su esposo le dice: tengo pa rato.

[Moscú, 8 de septiembre de 1937]

Mi querida nena:

Ayer he llegado aquí, a Leningrado, donde estaré hasta el 14. Dentro de quince días volveré a tu lado seguramente. Quiero escribirte largo y no sé si podré de aquí a mañana. El 15 saldremos para el sur de Rusia, donde estaremos hasta el 23 o el 24. De allí iremos a Moscú y hasta fin de mes no nos marcharemos a España.

Salud, nena. Come y calla. Estoy bastante mejor de mi locura.

Grandes abrazos y besos de quien te quiere tanto:

MIGUEL

[Leningrado, 12 de septiembre de 1937]

Mi querida Josefina:

Acabo de levantarme para escribirte unas líneas, ya que el mucho quehacer que me dan en Rusia no me permite escribirte a todas horas, como yo quisiera. Tengo más ganas de que sepas de mí fuera de España que dentro de ella, y se me antoja que no te escribo porque no recibo contestación tuya. Bueno, yo quisiera saber el estado de salud de mi morena, que solo sabe estar muda y no me dice si el asunto de nuestro hijo marcha felizmente. No puedo vivir sin saber de ti, aunque a ti te parezca mentira. Me pongo muy serio,

muy serio pensando en que te puede pasar algo malo y yo estoy lejos de ti. Como tú eres así, tan poquita cosa, que no comes, que no duermes, que no vives más que para sufrir, sufro pensando y sintiendo todas tus cosas, y más ahora que estoy tan lejos. No sé ya cómo repetirte que comas mucho y de lo más bueno que encuentres, aunque hay tan poco y tan caro que tú eres capaz de no comprarlo por este motivo. Nunca como ahora quisiera estar a tu lado. Voy a escribir a Valencia para que te envíen dinero, porque, como yo voy a tardar quince o veinte días en volver y a ti se te acabará el dinero, quiero que no te falte. Di a las Marianas que les voy a llevar algo y, si sé que no se portan bien, especialmente la Carmen, no les daré nada. Mira, es posible que, cuando vuelva a España, no me dedique más que a mi trabajo de teatro, y no vaya más o vaya poco por los frentes. Descansaré una temporada contigo, si es posible junto al mar, que los dos nos hemos quedado con ganas de estar junto a él este verano, y yo quiero que los meses que te faltan para ser madre y hacerme padre a mí, los pasemos lo más tranquilamente posible. Mira, te estoy escribiendo a toda prisa porque ya me han llamado dos veces por teléfono para que empiece mi tarea por Leningrado. Estoy un poco más gordo: me pesé el

otro

día y pesaba sesenta y seis kilos. Quiero encontrarte a ti hecha una

vaca, aunque después corra yo el peligro de ser topado y aplastado.

Muchos abrazos para la familia. Besos para Carmen, muchos si hace

caso de ti cuando le mandas hacer alguna cosa y, si no, uno solo. A

Manolo un gran abrazo de su padre Miguel y a ti lo que ya no puedo

darte porque lo tienes recibido hace mucho tiempo, además de un

millón de besos y abrazos.

MIGUEL

[Leningrado, 14 de septiembre de 1937]

Mi querida Josefina:

Hace unos minutos que he llegado de nuevo a Moscú de

Leningrado, de donde salí anoche. Son las doce de la mañana y esta

tarde a las ocho salgo para el sur de Rusia, donde voy a estar hasta

el día veinticuatro de este mes. Después vendré con mis compañeros

de viaje a Moscú, estaré aquí cinco días o seis y marcharé a

Leningrado otra vez, porque es allí donde embarcaremos, el día

cinco de octubre, para España. Yo quería salir antes, pero la

combinación de aeroplanos y barcos no lo permite y he de esperar

hasta el día cinco. Mira, tengo una alegría muy grande dentro de mí

hoy, porque esta noche he soñado un sueño tan bonito que me parece que es verdad todavía. ¿Sabes qué he soñado? Pues que estábamos juntos en no recuerdo qué pueblo y que con nosotros estaba nuestro hijo. Sé que he soñado que era muy guapo, que se parecía mucho a ti y que yo lo abrazaba mucho, sin decir nada, y que él me miraba con unos ojos más grandes y más hermosos que el mundo entero. He sentido la emoción que voy a sentir de ser padre esta noche y aún me dura la alegría. Que tus sueños se parezcan a este mío, nena guapa, y que no sean tan feos como los que se te ocurren tener de cuando en cuando. Nada de pensar ni soñar cosas malas para que las buenas no se espanten. ¿Te he dicho

alguna vez que te quiero? ¿No? Pues te lo digo hoy por vez primera:

te quiero. Desde lejos sé mejor hasta qué punto soy capaz de quererte, y no te digo hasta qué punto porque no te lo querrás creer. Tengo la esperanza de que no se habrá perdido ninguna de las

cartas que te he mandado y con esa esperanza me tranquilizo, porque a veces pienso si no recibirás todas mis noticias, que te doy casi a diario para que, si se pierde alguna, no lo adviertas. Estoy bastante mejor de mi cabeza y espero que esté completamente

bien

dentro de poco. Da muchos besos a mis hijas y mi hijo. Abrazos a la

tía, la abuela, los primos, los tíos, los nietos, digo, los vecinos,

particularmente a María y a Carmelo. Para ti mando cuatro trenes,

cinco barcos y cuarenta mil aeroplanos de besos de los buenos.

MIGUEL

[Moscú, 16 de septiembre de 1937]

CARTA A SU FAMILIA

Mis queridos padres y hermanos:

Un saludo desde Rusia, que es la nación del trabajo y de los

trabajadores y de la alegría. He recorrido casi todo su territorio de

arriba abajo en unos días, ya que solo estoy aquí desde el primero

de mes. El cinco de octubre salgo para España de Leningrado, en un

barco que me llevará por Londres a París y un tren a Port Bou,

Barcelona-Valencia. A mí y a los compañeros que vienen conmigo

nos han agasajado mucho y hemos visto cómo tratan a los niños

españoles evacuados, que están como nunca han podido soñar de

bien. Me ha servido mucho venir aquí para mi trabajo en España, y

los rusos sienten la guerra nuestra como si fuera de ellos. Los rusitos

y las rusitas menores en cuanto saben que somos españoles nos

señalan con el dedo y nos aplauden y levantan el puño.

Llevaré a mis sobrinos alguna cosa si puedo. Mucha salud para

todos. Recuerdos a todos los amigos, particularmente a los padres

de Pepito. ¿Está Justino en Orihuela?

Grandes besos y abrazos de vuestro hijo y hermano

MIGUEL

[Kiev, 18 de septiembre de 1937]

LOS SENTADOS

CUADRO ÚNICO

SENTADO 1: Ya estamos en la plaza de todos los días. ¡Buen sol da en la piedra del

banco!

(Se sienta.)

SENTADO 2 (Sentándose): Mi mujer me dice que me gusta más la plaza que el catre;

y ella no sabe cómo gozo al sentir en mi cuerpo el agradable calor de la

piedra soleada.

SENTADO 3: En la plaza puede hablar uno de la gente que pasa, y por delante del

catre no pasa nadie.

(Se sienta.)

SENTADO 1 (Frotándose las manos): ¡Sabrosa mañana! Este febrero parece una

primavera.

SENTADO 2: Se acabaron los tiempos malos. Ayer, cuando atardecía, señaló el

tiempo sereno un bando de grullas que vi sobre mi cabeza.

SENTADO 3: Yo también las vi: iban quince.

SENTADO 2: No: iban veinte.

SENTADO 1: Yo las conté muy bien, y volaban, sin equivocación, dieciocho.

SENTADO 3: ¡Que no, hombre!

SENTADO 1: ¡Que sí, digo yo!

SENTADO 2: Tengo muy limpios los ojos, y rara es la vez que me equivoco en

números: ¡eran veinte!

SENTADO 1: ¡Me vas a enseñar tú a mí las que eran!

SENTADO 3: Hablas como un juez que se cree que nunca yerra en sus sentencias.

SENTADO 2: La verdad: en todo quieres tener la razón. Hablamos de mujeres, y eres

tú el único que conoce el arte de ganarlas; hablamos de toros, y no hay en el

mundo persona que más entienda la materia que tú; tratamos de vecinos, y el

que menos ignora los secretos de todas las casas del pueblo está bajo tu piel;

y charlamos de lo que pasa, de la guerra, y tú eres quien escribe las primeras

noticias de los frentes, de los aeroplanos que vuelan, de los pueblos que se

ganan o se pierden por estos o aquellos, de los muertos que quedan en el

campo... Me da rabia verte presumir de saber, cuando el que más y el que

menos te puede enseñar tantas cosas.

SENTADO 1: ¡A mí qué me vas a enseñar, ignorante de ti!

SENTADO 2: ¿Qué sabes tú? Nada. Solo puedes hablar de lo que aprendes en tus

conversaciones con las comadres y en tus ojeadas a los periódicos. Yo, en

cambio, sé a diario de muy buena leche lo que pasa la noche anterior a cada

día en toda España. Ahora, por ejemplo, sé que los fascistas preparan su

ataque más duro a Madrid, que el alcalde de nuestro pueblo tiene continuas

peleas con los concejales pertenecientes al sindicato... Anoche llegaron a las

manos. Sé que hay quien se emborracha y maltrata a los que reciben sus

órdenes, como lo haría un general de los de enfrente. Y sé que anteayer

bombardearon Madrid una vez más y resultaron muertos doce niños.

SOLDADO (Que ha seguido la conversación en silencio, pero lleno de gestos): ¿Qué

haces tú por impedir todo eso? ¿Qué hacéis vosotros: decidme? Dos días llevo

en este pueblo y estoy rabiando por salir de él. No puedo respirar este aire de

paz envenenada. Voy a irme en seguida a las trincheras otra vez. El descanso

que buscaba aquí lo hallaré allá con más abundancia y limpieza. Estáis

completamente ajenos a la sangre que derraman nuestros compañeros. Solo

sabéis ir de banco en banco, con murmuraciones y mentiras. Cuando la

España mejor se enciende, levantada contra los verdugos invasores, veo

pueblos mezquinamente sentados al sol como lagartos mezquinos.

SENTADO 1: ¿Quién eres tú para gritarnos de esa manera?

SOLDADO: Un defensor de mi patria y de vuestros hijos.

SENTADO 2: ¿Quién te mete a juzgar a los que toman el sol pacíficamente?

SOLDADO: La indignación que me dan hombres tan de sesperadamente

pacíficos, en estos días en que todo trabajador debe andar con el fusil para

defenderse de la tiranía y del hambre. Pero, por lo que veo, vosotros solo

sabéis trabajar con las nalgas, donde únicamente tenéis callos.

SENTADO 3: No vengas a presumir de hombre porque has tirado

dos tiros.

SOLDADO: Cada cual presume de lo que puede, y vosotros no podéis presumir más

que de sentados y, tal vez, de cobardes.

SENTADO 1: No consiento estas palabras.

SOLDADO: Dichas están y no me las tragaré.

SENTADO 2: ¿Imaginas que no sufrimos nosotros la guerra también, y andamos

comiendo judías, cuando no lentejas, cada mediodía, con un pan escaso que

nos da el panadero?

SOLDADO: ¿Cómo llamas a eso sufrimiento, habiendo tanta madre llena de lágrimas

y tanto hijo caído? Si tú llamas a eso sufrimiento, ¿qué llamaré yo al

sufrimiento de tener un hermano asesinado y de ver caer a mi lado, sobre mi

piel, la sangre de los compañeros más valientes entre barro y frío? Vosotros

no sabéis del sufrimiento, ni sabéis de la alegría que empapa al pueblo que

lucha, a pesar de la muerte. Vosotros solo conocéis el aburrimiento.

SENTADO 1: Cuando queremos parecer lo que no somos, damos risa: y tú quieres

parecer el héroe que, tal vez, no eres.

SOLDADO: En estos momentos pretendo parecer y ser látigo, para sacudir de vuestra

alma esa pereza de sol en que duerme. Tenéis sentada el alma.

SENTADO 2: La guerra es para locos.

SOLDADO: Y la paz de la guerra, para los aburridos, que son los cuerdos peores.

Mientras los que tenemos el alma en pie defendemos el pan y la España que

codician italianos y alemanes, vosotros seguís haciendo vuestra cómoda vida

de gallinas en el nido. Solo tenéis posaderas, y vuestra mayor alegría la

despiertan los asientos. Habéis nacido con el corazón gastado, rendido.

Vuestro oficio es hacer hoyos en la piedra de los bancos con las nalgas. Nada

os inquieta, todo os aburre, y la agilidad que os falta en las piernas, en las

acciones, en la vida, os sobra en la lengua murmuradora y sucia. Cuando para

mí es un orgullo, una alegría luchar por la libertad de España, para vosotros

es un sacrificio que no queréis llevar a cabo, y ante la tragedia española solo

tenéis cinco sentidos curiosos; y, mientras ponéis vuestro estómago al sol,

para hacer fáciles vuestras digestiones, os olvidáis de cuanto sucede o lo

recordáis como distracción de vuestro aburrimiento. No sois dignos de gozar

la vida independiente y libre que forjamos. Hombres como estos deben ser

empleados, como los sacos terreros, en las trincheras.

(Se va.)

SENTADO 3: ¡Qué vergüenza! ¿Cómo hemos consentido tanto insulto?

SENTADO 2: Tiene razón, en parte.

SENTADO 1: ¡No digas! Por primera vez en mi vida han recibido con paciencia mis

orejas tanta palabra desagradable.

SENTADO 3: Esta gente abusa de su situación militar y de la paciencia de las

personas honradas.

SENTADO 2: Digo que tienen razón. Comprendo todo cuanto nos ha dicho, y nos lo

merecemos. Somos unos aburridos despreciables.

SENTADO 1: Despreciable serás tú.

SENTADO 3: No pongas en otro los defectos tuyos.

SENTADO 2: Pensad un poco y ved si no es una vergüenza que sigamos aquí

sentados, cuando toda España está en pie de guerra. Reflexionad un poco

sobre los asesinos de tantos hijos españoles, de tanta juventud, de tanta

madre. Basta ya de catre y de plaza. Me levanto para siempre. No debemos

seguir de este modo, porque si se pierde España, culpa habrá sobre nosotros

y, si se gana, no mereceremos gozar los días de la victoria. ¡Vamos a ayudar a

nuestros compañeros!

SENTADO 1: Yo no me levanto tan de prisa. Soy casado y tengo dos hijos.

SENTADO 2: Si hubieran dicho eso mismo todos los padres, no habría nadie en los

frentes, y tus hijos, y los míos, y los del pueblo entero regarían con su sangre

las macetas y los árboles del municipio, como nos prometió una vez aquella

mala persona que amargaba nuestros días. Tiene mucha razón el soldado. Me

dan ganas de escupirme a mí mismo. Me voy con él.

SENTADO 3: Te acompaño.

(Se van los dos.)

SENTADO 1: ¿Qué haré yo? ¿Seguir al sol como una lagartija fría? Pero en el frente

puedo morir... Y, si viene el fascismo, aunque me dejará vivo, ¿no llevaría una

vida más triste que la muerte? ¿No volvería a ser el perro del amo, que daba

puntapiés y palos si no le lamían las plantas? No puedo desear a mis hijos la

vida que a mí me han dado los que todo me lo quitaban. Dueño

hoy de la

tierra que trabajaba inútilmente, en vez de defenderla, dejo crecer en ella la

grama y caer en el barro la sangre de mis compañeros. Me voy... Pero me

falta voluntad para irme...

(Se levanta, anda lentamente, se vuelve, duda y, después

de escuchar la voz siguiente, sale precipitado y decidido.)

LA VOZ DEL POETA: Levántate, jornalero,

que es tu día, que es tu hora.

Lleva un ademán guerrero

al ademán de la aurora.

No permitas que un ocaso

que desplomarse no quiere,

se apodere de tu paso,

de tus hijos se apodere.

Tu pan del aire pendía.

¡Que tu alborada destruya el ocaso! ¡Es tuyo el día:

España, la tierra es tuya!

[en Teatro en la guerra (1937)]

HAY QUE ASCENDER LAS ARTES HACIA DONDE

ORDENA LA GUERRA

A los hombres españoles que irremediablemente dedican su

vida a la vida del arte se les ofrece una tremenda, inagotable y dura

cantera de donde extraer el mármol definitivo para su obra: la de esta guerra, la de esta vida que vivimos tan al desnudo en sus pasiones, en sus sentimientos.

La guerra, el gran acontecimiento, ya lo he dicho, desnuda tanto al hombre, que se le ve transparente en sus menores movimientos y

rasgos. Ninguna materia tan perpetua para el hombre que hace arte como la de una Humanidad en plena conmoción, emoción, revolución de todos sus valores morales y materiales.

Los hombres de la pintura, la escultura, la poesía, las artes en general, se ven hoy en España impelidos hacia la realización de una obra profundamente humana que no han comenzado a realizar todavía. Yo veo a los pintores, los escultores, los poetas de España empeñados en una labor de fáciles resoluciones. Sin el reflejo mejor

de los problemas que la situación de este tiempo han planteado.

Advierto a estos hombres llenos de una frivolidad artística heredada de otros hombres, artistas de relumbrón, excéntricos en pintura, escultura, poesía, arte en general. Veo que los pintores temen a la pintura, la rehúyen y se la entregan a juegos ya en desuso del cubismo y sus provocadores. A los escultores, a los poetas[,] les

sucedió lo mismo: les falta consistencia espiritual, formalidad[,] que decimos. Veo que los hombres de España, con ambiciones creadoras, cierran los ojos y el corazón a la latente realidad que les rodea y les acosa, vestidos de egoísmo de barro sucio, impenetrable por una voluntad mezquina de serlo.

En medio de esta realidad han aparecido libros, revistas, obras de arte que demuestran lo ajenos que se encuentran sus autores a ella.

Pero la confianza en el porvenir de España me hace tenerla en quienes han de dar cauce bueno a este porvenir, y espero que las artes empiecen a ascender hacia donde ordena el pueblo español victorioso y conmovido.

[en Nuestra Bandera, número 118,
Alicante, 21 de noviembre de 1937]

FRAGMENTOS DE PASTOR DE LA MUERTE.

DRAMA EN CUATRO ACTOS30

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Rincón de la aldea

ESCENA I

El ETERNO y el GRUPO DE LOS VIEJOS Y LAS VIEJAS

ETERNO: Mis ojos que lo ven todo,

a pesar de no ver nada,

ven cómo se multiplican

los manantiales de España.

En la misma piedra brotan

los manantiales del agua,

y, en la misma piedra, sangre

de otros manantiales salta.

El agua y la sangre unidas

corren, penetran, empapan

las entrañas de mi tierra,

los veneros de mi patria,

y su blancura sangrienta

vuelven más roja y más blanca.

Agosto está entre nosotros

afilándose las garras

con bayonetas calientes

y ametralladoras cálidas.

El die cio cho de jul io

del año que nos traspasa

la guerra erizó su lomo

de bestia desesperada.

Re luc ien te fec ha, ami gos
de mi aldea y de mi alma.
Lo s ric os con tra los pob res
traidoramente se lanzan
tras de cuatro generales,
traidores de pura raza,
temerosos de perder
las rentas y las espadas,
unas ganadas a robos,
otras a traición ganadas.
Lo s pob res con tra los ric os
levantaron sus murallas
el dieciocho de julio
para que no las pasaran,
y hoy, treinta de agosto, aún
ni las rompen ni las pasan.
Pocas armas tiene, amigos,
nuestro pueblo: pocas armas.
Y, con las poc as que tie ne,
maltrechas y desusadas,
sin pólvora se defiende,
sin pólvora y sin metralla,

pero con una pasión

que vale cuatro montañas.

Mi s ojo s tod o lo ven

ciegos, sin luz ni sustancia.

Y ven fre nte s vic tor ios as

bajo la luz de las parvas,

bajo la luz de los días

que se acercan a mi casa.

Creo en la fuerza del pobre,

creo en la tierra que labra

y en la victoria del trigo

que ha de cubrirla mañana,

cuando de la tierra sea

dueño aquel que la trabaja.

(...)

ESCENA III

Dichos [GRUPO DE HERMANAS, GRUPO DE MADRES,

GRUPO DE NOVIAS, GRUPO DE VIEJAS, el ETERNO, los

VIEJOS y las VIEJAS], menos el PREGONERO y los NIÑOS

GRUPO DE Mi hermano no irá a la guerra.

HERMANAS:

GRUPO DE MADRES: No será mi hijo quien vaya.

GRUPO DE NOVIAS: Tendré a mi novio metido

donde no lleguen las balas.

GRUPO DE MADRES: No amamanté para el plomo

los hijos de mis entrañas.

GRUPO DE VIEJAS: La guerra es como una hoguera

donde los locos se abrasan.

ETERNO: Cuando nos hacen la guerra,

hay que hacerla con pujanza, hay que ser locos.

VIEJO 1: Cordura

a tu vejez hace falta.

VIEJO 2: Déjanos en paz, Eterno.

ETERNO: La paz está enrevesada

y zurce por los rincones

mentiras y telarañas.

Cuando la paz es un charco

promotor de tristes plagas

y no es un remanso claro

de vida con agua clara,

la paz de brazos caídos

ni pinta ni vale nada.

GRUPO DE MADRES: Más que la guerra valdrá

por muy poquito que valga.

GRUPO DE VIEJOS: Siempre es sagrada la paz.

ETERNO: La paz no es siempre sagrada.

Y, en estos tiempos que cruzan

al trote por mis espaldas,

es tan sagrada la guerra

como la paz de más gracia.

GRUPO DE No quieras dejar sus plazas solas.

HERMANAS:

GRUPO DE NOVIAS: Solo mi querer.

GRUPO DE MADRES: Solos mi pecho y mi cama.

GRUPO DE Solo el campo y solo el monte.

HERMANAS:

GRUPO DE NOVIAS: Sola como la guitarra

que no encuentra a quien la suena,

que no encuentra a quien la abraza.

VIEJO 1: ¡Silencio!

ETERNO: Para los muertos.

VIEJO 2: ¡Silencio!

ETERNO: Para las cajas.

VIEJO 3: El atardecer se tiende

pacífico a nuestras plantas.

VIEJA 1: Suenan pacíficamente

las esquilas y las vacas

en el corazón del valle.

VIEJA 2: Mira cómo se reclaman

la totovía y su esposo

en medio de la vacada

pacífica.

VIEJA 3: Mira tú

cómo los aires se amansan

hasta dejar sin aliento

aquel olvidar de plata.

VIEJO 1: Por allí vienen los hombres

pausados de la labranza

y de la pastorería

en polvaredas pausadas:

las yuntas de ojos pausados

y los rebaños de pausa.

GRUPO DE MADRES: Por allí viene mi hijo

detrás de la mula blanca,

detrás de la mula negra

y de sus negras pestañas.

GRUPO DE NOVIAS: Por allí viene mi novio.

GRUPO DE Por allí mi hermano avanza,

en la mano un esquilón

HERMANAS:

y en el pecho una tonada.

VIEJA 1: Abrid las puertas, vecinas.

VIEJA 2: Vecinas, abrid las cuadras.

VIEJA 3: Poned la mesa a los hombres

y luego poned la manta.

VIEJO 1: Echad la cortina a un lado

y a los pesebres la paja.

VIEJO 2: Por allí vienen los hombres:

no les habléis de las armas.

VIEJO 3: No les habléis de la guerra.

ETERNO: No les habléis de la llama:

habladles de la ceniza

que ni ilumina ni daña,

mientras España retumba

mordida y pataleada.

VIEJO 1: ¡Silencio!

ETERNO: Para los muertos.

VIEJO 2: ¡Silencio!

ETERNO: Para las cajas.

VIEJO 3: Entre los hombres que vienen

el atardecer se apaga.

ETERNO: El alba se ha de encender

entre los hombres que vayan.

(La escena oscurece hasta quedar bajo una luz de lucero de la tarde. Las figuras quedan inmóviles y oscuras viendo venir a los hombres de la labranza y la pastorería. El Eterno se levanta y marcha, bajo el encorvamiento del siglo que cuenta, como puede. En el silencio arrecia una música de balidos, tonadas, esquilas y silencio.)

(...)

CUADRO TERCERO

ESCENA III

ANA y el ETERNO

(Los dos escuchan la canción de los que se van.)

Canción [GRUPO Déjame que me vaya,

madre, a la guerra.

DE MOZOS y

Déjame, blanca hermana, novia morena.

PEDRO]:

Déjame.

Y, después de dejarme

junto a las balas,

mándame a la trinchera

besos y cartas.

Mándame.

ANA: Abuelo, se va.

ETERNO: Se van,

como un río, desde el puente

donde el agua no se siente...

¡Quién sabe si volverán!

Puente viejo, roto y mudo

en mitad del campo puesto:

pasó un pasado funesto

que a tu noble piedra pudo.

Se ha secado el manantial

del río bajo tus arcos,

y ni lagunas ni charcos

tienes: solo un arenal.

Un arenal que no corre,

que no suena, que no canta,

borró el agua en tu garganta

porque tu piedra se borre.

Esos hombres relucientes

que van a luchar con gana,

mañana por la mañana

construirán los nuevos puentes.

CANCIÓN: Déjame que me vaya,

madre, a la guerra.

Déjame, blanca hermana, novia morena.

Déjame.

ETERNO: Esos hombres defensores

de su pobreza y su pan,

harán de la tierra, harán

de España un huerto de flores.

El huerto del mundo entero

será en España plantado

con roble, encina, granado,

alegría y limonero.

Huerto que he soñado ver,

y que no veré jamás

con estos ojos, detrás

de una luz de amanecer.

¡Ay, qué temprano nací,

ay, que cegué y qué temprano!

¡Nunca seré el hortelano
del huerto que apetecí!
Donde no haya río, habrá
canales de agua y granito,
que están pidiendo en un grito
el Tajo y el Ebro ya.
Acueductos con estruendo
de carros y de animales
a la grupa de los cuales
vendrán los hombres riendo.
CANCIÓN: Y, después de dejarme,
junto a las balas,
mándame a la trinchera
besos y cartas.
Mándame.
(...)

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Trincheras en los alrededores de Madrid

(Noche con lluvia y niebla de noviembre. De cuando en cuando, un reflector alumbra la niebla y la lluvia con su relámpago prolongado.)

ESCENA I

PEDRO, DINAMITERO 1, DINAMITERO 2, GRUPO DE

FUSILEROS, GRUPO DE COBARDES

FUSILERO 1: ¡Qué silencio más oscuro!

Ni el silbido de una bala...

FUSILERO 2: Lluvia y niebla.

FUSILERO 3: Barro y frío,

y silencio bajo el agua.

PEDRO: Por más que caiga la lluvia,

por más que la nieve caiga,

la guerra sigue encendiendo

los hombres y las distancias.

Por más que caiga la lluvia,

este fuego no se apaga,

que, cuanto más agua cae,

más se crece y entusiasma.

DINAMITERO 1: Ya se aplacará este fuego

que solo la sangre aplaca,

y la paz encenderá

sobre las cenizas blancas

de este fuego de la guerra

la blancura de sus llamas.

COBARDE 1: Yo no sé quién me ha traído

a este fuego que me abrasa,

y voy temblando de frío

bajo la lluvia y la escarcha.

Yo no sé por qué he venido

donde nadie me llamaba.

COBARDE 2: Nos han engañado y vamos

a morir como las ratas,

dentro de este fuego triste

que nos cercará mañana.

FUSILERO 3: Yo no quiero que me entierren

tan lejano de mi casa.

DINAMITERO 2: Iremos a fusilarte

a tu pueblo y en tus tapias,

cobarde. Pedro, esta gente

no nos sirve para nada.

Vamos a perder Madrid

con gente de esta calaña.

PEDRO: Los mantendremos a tiros

en sus puestos de batalla.

FUSILERO 1: ¡Qué silencio más oscuro!

FUSILERO 2: Este silencio prepara

una tempestad de guerra

en medio de sus entrañas.

FUSILERO 3: ¿Habrá mañana combate?

DINAMITERO 1: Si el sol sale, tal vez lo haya

más grande que cada día.

DINAMITERO 2: Cifra en Madrid su esperanza

el enemigo, y no creo

que se pare en la jornada.

PEDRO: Si resistimos, venceremos.

Cuando otras cosas nos faltan

y sobra capacidad

de resistencia y de ganas

de vencer, se es vencedor

como si todo sobrara.

COBARDE 1: Hemos perdido diez pueblos

en tres días.

PEDRO: Eso es nada.

Mientras nos quede un pedazo

de tierra, un grano de España,

podemos salvarla toda,

toda podemos ganarla.

Cobardes, no habléis así,

que me revuelve la rabia

de ver esa mezquindad

que vuestra lengua delata.

Mezquina vida es la vuestra,

cosecha mezquina y mala,

pues no se sabe sembrar

de una manera gallarda.

COBARDE 1: Las fuerzas del enemigo

son poderosas y vastas.

Tienen ametralladoras,

cañones, moros, metralla,

aviación, tanques, morteros,

caballería y granada.

COBARDE 2: ¿Y nosotros qué tenemos?

Un cañón que no dispara,

dos morteros que lo mismo

y cuatro bombas que nada.

COBARDE 3: Frente a unas fuerzas tan gruesas,

¿qué harán las nuestras, tan flacas?

PEDRO: El flaco eres tú, que no

tienes ni un hilo de alma.

FUSILERO 1: En parte, tiene razón.

¿Qué han hecho nuestras pisadas

sino fue retroceder

hacia Madrid siempre?

PEDRO: ¡Calla!

FUSILERO 2: En parte, tiene razón.

DINAMITERO 1: En la parte de la caca

donde reconcentra el miedo

que todos los días pasa.

PEDRO: Si cada fusil se hubiera

puesto sobre cada cara

como clavado en la piel

cerca de cada mirada;

si cada pie de los nuestros

hubiera hincado en la planta

hasta brotarle raíces

en la gleba castellana;

si tú, si el otro y el otro,

en vez de ofrecer la espalda

al enemigo, le hubierais

ofrecido pecho y rabia,

nos cantaría otro gallo

mejor que este que nos canta.

COBARDE 1: Ya llevamos cuatro días

sin comer ni unas migajas.

PEDRO: Que te alimente la ira

contra quien vende tu patria.

COBARDE 2: Humo de pólvora solo

he bebido esta semana.

PEDRO: Que no se calme tu sed

mientras viva quien te mata.

COBARDE 3: A tiros me curarán

esta herida que me llaga.

PEDRO: Las heridas son rasguños

cuando el hombre no es un mandria.

FUSILERO 1: Tengo hambre.

PEDRO: Yo no quiero

más pan que cólera amarga.

FUSILERO 2: Tengo frío.

PEDRO: Arróllate

sobre la tuya mi manta,

y luego arrímate a mí

si con mi calor te basta.

DINAMITERO 1: ¿Es el cuento del tener

el que de contarte acaban

estos, Pedro?

DINAMITERO 2: Como puedan,

van a hacer que te repartas

pedazo a pedazo, Pedro,

entre sus tristes quijadas.

(Canta.)

Lo s min ero s ast uri ano s,

¡ay, qué jabatos que son!

Manejan la dinamita

igual que el cura el copón.

DINAMITERO 1: Voy a despejar el miedo

cantando un poco en voz baja.

(Canta.)

¡C ómo rel uce n!

¡Entre los olivares,

cómo relucen

cuando van a los frentes

los andaluces!

¡Qué bien parecen!

¡Sobre Sierra Morena,

qué bien parecen

con el fusil al hombro

los cordobeses!

COBARDE 1: Nos faltarán municiones

mañana por la mañana.

PEDRO: Al hombre sobra de todo

aunque no tenga de nada.

COBARDE 2: Nos coparán.

PEDRO: Siempre estuvo

la cobardía copada.

COBARDE 3: No tenemos armas.

PEDRO: Manos

y uñas tenéis, y bien largas.

FUSILERO 1: Nos faltan armas.

PEDRO: Cojones,

compañero, es lo que os faltan.

Las manos del enemigo

están calientes de armas:

quitádselas y tendréis

armamento en abundancia.

Con ocho bombas que tengo

metidas en esta faja,

un fusil y un correaje

con un puñado de balas,

me comprometo a dejar

dos batallones de África

mordiendo el barro en las lomas

que ante nosotros se alzan.

(...)

ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

Patio de un cuartel

ESCENA II

Los mismos [el CUBANO y los SOLDADOS]. PEDRO

PEDRO: Aquí estoy. ¡Salud!

¿Qué hablabais en este instante?

SOLDADO 2: Que tú eres el Comandante

joven de la juventud.

CUBANO: Hablamos de aquellos días

que han traído estos mejores.

PEDRO: Y estos traerán vencedores

tiempos, largas alegrías.

CUBANO: ¿Recuerdas cómo subías

encima de la trinchera,

la mano dinamitera

como un gesto decisivo?

PEDRO: En mí todo sigue vivo

como si siempre viviera.

SOLDADO 3: Coll, Carrasco, Grau, Cornejo

y tú crecéis con la fama,

y antitanquistas os llama

la boca del Madrid viejo.

CUBANO: A Pedro yo le motejo

de un modo muy superior,

porque define mejor

su actitud serena y fuerte.

Pedro es Pastor de la muerte.

PEDRO: De la vida soy pastor.

Mi corazón no descuida

su más leve movimiento,

siempre a corregir atento

los descuidos de mi vida.

Es ta san gre dec idi da

que desarrollan mis venas

me ha dado fuerzas serenas,

en un inspirado arranque,

para ponerme ante el tanque

y destrozar sus cadenas.

Esta sangre que me ha dado
mi madre, sin más ayuda
que mi padre, mano ruda
sustenta y pulso atinado.
Co n est e puñ o de ara do,
sujeta la bomba fuerte,
dije: «Voy a someterte,
muerte rejuvenecida»,
que soy pastor de la vida
por ser pastor de la muerte.
Y la pob re mue rte vie ja,
en forma de tanque anciano,
se ha sometido a mi mano
con la humildad de la oveja.
Mi vol unt ad no te dej a
meterte, donde meterte
quisieras tú para hacerte.
Muerte, una larga guarida,
que soy pastor de la vida
por ser pastor de la muerte.
A mi man o te suj eta s,
como a mi boca mi aliento,

ante un enardecimiento
de balas y bayonetas.
A ver , mue rte , si res pet as
la vida quedando inerte,
y ante mi pasión por verte
detenida, detenida,
que soy pastor de la vida
por ser pastor de la muerte.
Ya la he mat ado bas tan te,
con esta mano derecha
perseguida por la mecha
silenciosa y anhelante.
Tú me has hecho comandante,
muerte, a fuerza de quererte
educada, y de ponerte
tan juzgada y sometida,
que soy pastor de la vida
por ser pastor de la muerte.
Aq uel la cos a lej ana
que hoy me acerca su figura:
aquella muerte tan dura
ya me parece de lana.

Re cue rdo aqu ell a mañ ana

de Madrid, cuando un portazo

de valor cerró el pedazo

de Madrid que nos quedaba,

y una bala me buscaba

envidiosa de mi brazo.

CUBANO: Fueron aquellas lucientes

mañanas, y aquellas tardes,

la forja de los cobardes,

la ocasión de los valientes.

Peligros más inminentes

no se vuelven a pasar.

PEDRO: El brazo volveré a alzar

en otra ocasión tan mala,

si me da tiempo la bala,

que me lo tiene que dar.

(Los SOLDADOS 1, 2 y 3 llaman la atención de todos sobre

la ametralladora que acaban de limpiar.)

SOLDADO 1: Mirad qué limpia ha quedado

la máquina cantadora.

CUBANO: Es una ametralladora

buena.

PEDRO: Y de mucho cuidado.

SOLDADO 2: Brilla como si tuviera

el sol metido en sus huesos

de metal.

CUBANO: En sus accesos

de cólera es una fiera.

SOLDADO 3: Pájaro de muchos picos,

cuando el enemigo llega,

los descubre y los despliega

como largos abanicos.

SOLDADO 4: Luego decimos nosotros,

a grandes y chicas voces,

que las bestias más feroces

son solamente los otros.

Sabemos que no es verdad.

CUBANO: Pero sabemos también

que aquella que es un sostén

no es nuestra ferocidad.

Co n las bes tia s es pre cis o

ser más feroces que ellas,

o los cascos de sus huellas

darán sobre el indeciso.

Ba sta ya de ind eci sio nes .
Cuando la bestia provoca,
hay que llevarle a la boca
unas riendas de cañones.
Ho sti gar es nec esa rio
con la mano y el fusil,
que por ser menos hostil
no se es más humanitario.
Yo me río ante mí mismo,
de una manera mordaz,
cuando se habla de paz
y del humanitarismo.
Gi neb ra es una lec ció n
de humanitarismo casto,
y el porvenir nuestro es pasto
de una buena digestión
y una mala diplomacia.
Es pañ a se hal la inv adi da,
y a Ginebra se le olvida
en el vientre la desgracia.
¿Dónde están los paladines
de la paz? En sus sillones,

perfumando las naciones

con cañones y jazmines.

Mu cho rui do par a nad a:

una reunión, un banquete,

y España, de ellos juguete,

cada vez más desangrada.

PEDRO: ¿Por qué no vamos ahora

mismo, Cubano, a Ginebra,

y tanto tramar se quiebra

con esta ametralladora?

CUBANO: La sonora realidad

con que esta máquina tira,

sus palabras de mentira

volverían de verdad.

Muchachos, se ha de querer

la máquina que nos trajo,

la guerra como el trabajo,

a cumplir con un deber.

En nue str as man os no son

destructoras, no: que fluyen

sus músculos y construyen

con una noble ambición.

Tr aba jar , luc har por una

vida pura y laboriosa,

donde la vida reposa

igual que el sol en la luna.

La mano de ellos convierte

la máquina en el objeto

de enriquecer a un sujeto

y dar a miles la muerte.

Los cuerpos trabajadores

reposan, reposarán,

en los reposos que dan

las hélices, los motores.

La s man os tra baj ado ras ,

conscientes de su misión,

provocan hoy la canción

de las ametralladoras.

SOLDADO 1: De mis hombros desciende,

codorniz de metal,

y a su nido de arena

va la muerte a incubar.

SOLDADO 2: Acaricio su pico

de humeante crueldad.

SOLDADO 3: Su mirada de cráter,

su pasión de volcán

atraviesa los cielos

cuando se echa a mirar,

con mis ojos de guerra

desplegados detrás.

CUBANO: Entre todas las armas

es la mano y será

siempre el arma más pura

y la más inmortal.

Pero hay tiempos que exigen

malherir, disparar,

y la mano precisa

esgrimir, además

de los puños de hierro,

hierro más eficaz.

PEDRO: Frente a mí varias líneas

de asesinos están,

acechando mi vida

campeadora y audaz,

que acobarda la carne

del cañón más fatal.

SOLDADO 1: Con el alba en el pico

delirante y voraz,

con rocío, mi arma

se dedica a cantar.

Donde empieza su canto

el relámpago va:

donde lleva el disparo

de su trino mortal,

no es posible la vida,

no es posible jamás.

SOLDADO 2: ¡Ay, cigüeña que picas

en el viento del mal

fieramente, anhelando

su exterminio total!

SOLDADOS 1, 2 Y Canta, tórtola en celo

que en mis manos estás,

3:

encendida hasta el ascua,

disparada hasta el mar.

Malas ansias se acercan,

pero no pasarán.

CUBANO: Escuchadla en el centro

del combate: escuchad.

SOLDADO 1: Hambre loca, insaciada

con la carne y el pan:

sed que aumenta la fuente

de mi sed fraternal.

PEDRO: Fuego bien orientado,

que ni el agua es capaz,

ni la nieve más larga,

de rendir, de aplacar.

SOLDADOS 1, 2 Y Sobre cada colina

de la tierra que hay,

3:

sobre todas las cumbres,

en un rapto animal,

abalánzate, ciérnete,

canta y vuelve a cantar,

máquina de mi alma

y de mi libertad.

PEDRO y CUBANO: Sed ametralladoras,

desde aquí y desde allá,

contra aquellos que vienen

a coger sin sembrar.

SOLDADOS 1, 2 Y Vedme a mí desvelado,

sepultando maldad

3:

con semilla de plomo

que jamás verdeará,

sobre España mi sombra,

sobre el sol mi verdad.

VOZ GENERAL: Sed la máquina pura

que hago arder y girar:

la muralla de máquinas

de la frágil ciudad

del sudor, del trabajo

defensor de la paz.

Y, al que intente invadirla

de vejez, enturbiar

sus paredes con sangre,

¡disparad!

(Se verá un numeroso movimiento de ametralladoras,

tanques y fusiles. Suena el cornetín de órdenes. Salen

todos dispersos, menos PEDRO, el CUBANO y el SOLDADO

1.)

(...)

CUADRO TERCERO

El mapa de España, proyectado en rojo y negro. El color rojo avanzará agresivamente sobre el negro hasta desterrarlo, en el curso de la escena. El mapa se apoya sobre cimientos de olivos, encinas y piedra

ESCENA FINAL

La VOZ DEL POETA

(Es una escena de luz y sombra, roja y negra. Grupos de soldados proyectados en rojo atacan a grupos de soldados proyectados fantasmalmente en negro. El clamor de la guerra, su música de tambores, metales, artillerías, ayes, canciones, explosiones, gritos, crea un clima vibrante alrededor de los combatientes. Es una visión de la guerra lunar, cinematográfica en su agilidad y en sus formas. Cuando la VOZ DEL POETA deje de oírse, habrá[n] desaparecido la mancha negra del mapa de España, y los soldados negros de la escena, quedando un grupo de soldados, iluminados por la luz de la sangre y la del mediodía más crecido. El mapa, en medio de estas luces, se cubrirá de surcos, manantiales, fábricas, flores y casas blancas.)

VOZ DEL POETA:

Paso a paso, mi tierra vuelve a mí. Trozo a trozo,
vuelven la claridad del día y el centeno.
Han querido arrojar este mapa en un pozo,
en un pozo guardado por un puño de cieno.
Por una madrugada de gallos iracundos,
un ejército joven como las madrugadas
conquista, paso a paso, los arados profundos,
los pueblos invadidos, los hijos, las azadas.
Soplan los toros y hacen temblar la luz del cielo:
los hombres que yo digo la aumentan y la aclaran,
hasta cuando la sombra viene a invadir el suelo
y a la sombra estos hombres que he dicho le disparan.
Haciendo luz la luz y luz la sombra densa,
van los padres del sol, los padres del granito,
que hacen la espiga grande, y hacen la vida inmensa,
y el vientre de las madres poblado de infinito.
Aprende en estas vidas, aprende como aprendo:
aprende a ser un hombre bien clavado en el barro,
lo mismo que estos hombres que mueren encendiendo
la mecha, la sonrisa, la muerte y el cigarro.
Dejad el pie descalzo para pisar el punto
donde cayó la sangre de las mejores venas:

para besar la tierra donde recojo y junto
los huesos orgullosos de rodar sin cadenas.
Los huesos de los que antes de entregarse al verdugo
prefieren enterrarse bajo su misma mano,
sobre la boca que solo habitó el mendrugo
echándose una tierra que no podrá el gusano.
Vergüenza en tus mejillas mientras que tú no obres
como estas anchas vidas que hasta los astros llegan.
Dulce es la sangre, dulce, la sangre de los pobres,
la sangre de los pueblos con la que tantos juegan.
Los cuervos la devoran a duros picotazos,
ávidos la reclaman los ricos con embudos:
hasta que, amargamente, se encrespa por los brazos
y ataca a quien la absorbe con aletazos rudos.
Hoy, mientras esta sangre recorre España entera
y apenas por sus hombres prueba el pan, prueba el beso,
vosotros, los llagados de un hambre carnicera,
como los perros mismos os disputáis un hueso.
Sois los que nunca abrís la mano, la mirada,
el corazón, la boca, para sembrar verdades:
los que siempre pedís, los que jamás dais nada,
cosecheros que solo sembráis oscuridades.

¡Fuera de aquí, egoístas de retorcidas manos,
dispuestos a cagar encima de la nieve!
Sois también invasores como los italianos,
como la dinamita que sobre España llueve.
La vida que prorrumpe como una llamarada
comunicando al cielo su resplandor de avena,
vuestra existencia seca de cárcel encerrada
que no sabe obtener la libertad, condena.
Blandos de peticiones y blandos de lamentos,
se mueven vuestros labios que tan solo provoca
una voracidad brutal por los sustentos,
sucia y abierta en tanto que otros cierran la boca.
Ellos cierran la boca como una piedra brava
y aprietan las cabezas como un siglo de puños,
cerrados, agresivos, llenos de espuma y lava,
contra aquellos que quieren arar nuestros terruños.
Rayos de carne y hueso, carbonizan a aquellos
que atacan su pobreza, su trabajo, su casa.
Yo voy con este soplo que exige mis cabellos,
yo alimento este fuego creciente que me abrasa.
Escoged bien la piedra para grabar los nombres,
la eternidad, los rasgos, la vida, la figura

de la definitiva materia de estos hombres,
hasta volverla carne de siglos y hermosura.
Escoged bien la mano y el cincel decisivo
donde la historia de estos soldados resplandezca,
porque el avance sigue de la encina al olivo
por más que el perro ladre y el cuervo se oscurezca.
España se levanta limpia como las hojas,
limpias con el sudor del hombre y las mañanas.
Y aún sonarán las voces y las pisadas rojas
cuando el bronce se arrugue y el cañón críe canas.
ASÍ QUEDA ESCRITO
PASTOR DE LA MUERTE
[26 de noviembre de 1937]

LA GUERRA, MADRE

La guerra, madre: la guerra.
Mi casa sola y sin nadie.
Mi almohada sin aliento.
La guerra, madre: la guerra.
Mi almohada sin aliento.
La guerra, madre: la guerra.
La vida, madre: la vida.
La vida para matarse.

Mi corazón sin compaña.

La guerra, madre: la guerra.

Mi corazón sin compaña.

La guerra, madre: la guerra.

¿Quién mueve sus hondos pasos

en mi alma y en mi calle?

Cartas moribundas, muertas.

La guerra, madre: la guerra.

Cartas moribundas, muertas.

La guerra, madre: la guerra.

[c. 1937]

Si no me encuentran aquí,

si no es mi suerte que vuelva,

si la canalla me puede,

si los asesinos reinan,

luchando me encontrarán

en la humedad de la tierra.

[c. finales de 1937]

1938

UN AÑO DE GUERRILLAS EN GALICIA (I)

Domingo Mateo se llama. Es de la provincia de Orense, distrito de Valdeorras. Me lo encuentro junto a su paisano Santiago

Álvarez.

Es un hombre de cuarenta y dos años, enjuto, con esa enjutez de piedra que dan los soles y los montes de España a los cuerpos trabajadores. Moreno, con unos ojos que se encienden alegremente cuando habla, con una alegría varonil, de hombre que sabe mucho del sufrimiento y de las cosas de la vida. Habla con el acento de la dulzura que da a las voces de sus pobladores la naturaleza de Galicia: con una lentitud de lluvia lenta y buena.

Al enterarme de su procedencia, de su milagrosa incorporación al campo leal, quiero saber cuanto pueda contarme de lo sucedido en su región. Hoy, 11 de diciembre, sentados en una era, quitándonos el frío, en una sierra de Aragón, ante el sol de la mañana, Domingo y yo conversamos. Por la carretera vecina circulan fuerzas de nuestro ejército, silbando, cantando, tosiendo, con los capotes y las mantas apretadas sobre el rostro, y el fusil sobresale detrás de sus cabezas con escarcha y con sol.

Domingo Mateo habla con sencillez, queriendo expresar con las manos aquello que no acierta a decir con la boca de momento. Inicia el relato:

Un grupo de unos doscientos campesinos, al estallar la traición del fascismo,

que ocupó Galicia casi al completo desde los primeros días, se reunió en

Valdeorras y decidió pasar a Asturias, ya que se le venía[n] encima numerosas

fuerzas contrarias, a las que hubiera sido inútil ofrecer resistencia. El intento

de paso a la región vecina quedó frustrado porque les cerraban por todas

partes los sublevados. El grupo de los doscientos campesinos hubo de

dividirse en tres, y uno de ellos consiguió filtrarse entre las filas enemigas y

llegar hasta los frentes, donde los mineros asturianos empezaban a dictar una

epopeya que nadie ha escrito todavía.

Domingo Mateo, hecho responsable de un grupo de

campesinos, unos armados con escopetas, otros con cuchillos y

otros con nada, hizo repetidos intentos de filtración por los montes

de Lugo; pero una noche, atravesando las sierras, en uno de los

intentos, tropezó con tan mala suerte en la oscuridad, que rodó por

un terraplén y vino a disparársele la escopeta. La bala agujereó su

mano derecha. Hubo de separarse del grupo que capitaneaba hasta

la curación de la herida, y por este motivo perdió el contacto con sus

compañeros, que pudieron salvar las enormes dificultades que las

fuerzas reaccionarias ofrecían para entrar en la leal Asturias.

Domingo curó su herida en los chozos del campo con los procedimientos y medicinas usados por los lugareños. Luego se dio a

indagar el paradero de los del grupo y no pudo averiguarlo. Pronto encontró otro núcleo de luchadores, internados y esparcidos por los montes de las provincias de León, Orense y Lugo. Les habló de formar una guerrilla entusiasmadamente: algunos dudaban, otros se

negaban, otros dijeron de seguirle y, finalmente, logró decidirlos a todos, armarlos buena y malamente de escopetas y cuchillos, y comenzar una lucha sorda, expuesta, penosa, la lucha de los guerrilleros, de los hombres que ganan tantas batallas y no hay quien lo sepa sino ellos; no hay quien los anime, si no es su propio entusiasmo; no hay quien los alimente y les dé pólvora si no es su heroísmo solitario, rodeado por todas partes de peligros.

La guerrilla y los campesinos

En febrero de 1937, en una de las últimas tentativas de pasar a la tierra asturiana, fueron sorprendidos por las nevadas en el puerto

del Faro. El afán por entrar en terreno amigo les impulsaba a tramontar las cumbres. La nieve crecía, como si fuera a devorarlos: empezó a morderles los pies, ascendía silenciosa por sus piernas.

Ellos continuaban subiendo en busca de las cumbres. Llegó el momento en que la nieve amenazó [con] sepultarlos, enterrarlos sin tierra, en su frialdad devoradora. Y los guerrilleros, ante la tremenda amenaza blanca, para no hundirse, se dejaron caer rodando a lo largo de las pendientes cuajadas hasta los valles de Fonteformosa.

Domingo me pide que haga resaltar el compañerismo de los campesinos gallegos, quienes les auxiliaron y les atendieron en todas las necesidades creadas por su condición de hombres perseguidos. Compañerismo que llegaba a poner en riesgo de muerte la vida de dichos campesinos, porque los traidores mataban a quienes amparaban a los trabajadores que no se sometían servilmente. Me habla, además, del espíritu religioso de aquellas criaturas para quienes Dios es una cosa tan pura que Domingo Mateo no se atrevía a distraer la inocente creencia, sabedor de que es el único apoyo espiritual del pueblo esclavizado y ciego.

—El día que esos campesinos tengan ocasión de comprobar los misterios de la naturaleza, podremos discutir a Dios con ellos — comenta Domingo con su voz de lluvia despaciosa. (Continuará)

[en Pasaremos, número 76,
Madrid, 12 de marzo de 1938]

UN AÑO DE GUERRILLAS EN GALICIA (Y II)

—Esto es muy verdad, ¿eh? Cada vez que me acuerdo me acorta la sangre. Iba yo en busca de más guerrilleros, ya que sabía que podía encontrarlos y aumentar mi cuadrilla, compuesta de quince por aquel entonces. Era de día y no podía coger la escopeta.

En el camino oí llorar, y veo un muchacho, de unos doce años, doblado sobre una piedra, a lágrima viva. Cuando me acerco a él veo aparecer varios fascistas, y me escondo. Llegaron hasta el muchacho, le preguntaron por qué lloraba. «Choro porque acaban de matar a meu pai.» «Cala, neno, cala —replicó el fascista, que le había interrogado—. Pronto vas a parar de llorar.» Le hicieron varios disparos en la cabeza y calló el muchacho sin llanto, mudo, sorprendido en su dolor de niño pobre que va a llevar el remudo de su padre y le encuentra asesinado. Los fascistas pisotearon al niño y la ropa que llevaba, y sobre el cadáver, que enternecía a las piedras, tendieron el brazo como un puñal seco y gritaron, irritados por el dolor y el color de la sangre inocente: «¡Arriba España! ¡Arriba España!». Me sentí herido de rabia. No sé cómo tuve fuerzas para sujetarme en ellas. Cada vez que recuerdo al muchacho. (Domingo muerde una interjección con toda la fuerza de su vida.)

María Quiroga

Pedro Quiroga, Eladio Rodríguez, Gerardo Núñez, Benjamín y

Florindo... estos son los hombres de algunos de los guerrilleros más

combativos que figuraban en la guerrilla de Mateo. Unos han caído,

otros quedan en Galicia, otros se encuentran entre nosotros con una

firme voluntad de vencer al fascismo, a la invasión que intenta

sojuzgarnos.

María Quiroga, hermana de Pedro, es la única mujer que

acompaña a la guerrilla en sus aventuras. No interviene en ellas,

pero es quien vela por la limpieza de la ropa de los guerrilleros, lava,

cocina y zurce. Cuando el tiempo se desarrolla con rigores de lluvia,

fríos o calores excesivos, queda oculta en la casa de algún

campesino conocido y, a veces, sola entre las breñas. Alguna vez

quedaba al cuidado del guerrillero que, en los largos recorridos y las

expuestas labores de la guerrilla, salía herido o lastimado.

—¡Qué mujer más fuerte y más decidida! Ni un caballo como

ella —elogia Domingo—. Cuando pudimos entrar en Asturias, lo

hicimos atravesando muchas asperezas y calamidades, y ella no

desfalleció nunca.

Justicia popular

Los crímenes que veían cometer Mateo y sus compañeros a los fascistas, crímenes cometidos a diario, numerosamente, en los mejores hijos de Galicia, eran vengados por los guerrilleros, que buscaban y hallaban la ocasión de tomar venganza en los jefes provocadores y propagadores de los innumerables asesinatos.

Domingo describe la bajeza humana de uno de los repugnantes cabecillas al cual le consiguieron cazar y eliminar. Era un campesino enriquecido, entregado a la pasión de acumular dinero. Traicionaba su origen pobre erigiéndose en uno de los primeros lacayos del capitalismo en una de las provincias gallegas. Desde el principio del movimiento empleaba sus actividades en perseguir, delatar, provocar

la muerte o el encarcelamiento de los vecinos pobres que no secundaban sus intenciones y artes. Este individuo, en una de sus

muchas correrías con trazos ridículamente detectivescos, halló unas mantas que los guerrilleros tenían ocultas en el monte. Bajó con ellas al cuartel de la Guardia Civil y alrededor de las mantas inventó una historia que le acusaba de valiente. Según él, había conquistado las mantas en las mismas manos de los guerrilleros, a los cuales, según su mentirosa historia, había hecho correr monte arriba a chinazos. Enterados los guerrilleros de la cuestión, fueron una noche a sacarle las mantas de la casa del bajo detective. En la plaza del pueblo advirtieron las pisadas, y murmuraron ¡alto! de modo que solo quien se acercaba pudiera oírlo. Pero el ruido de un gatillo levantado rápidamente les advirtió que aquellos no venían dispuestos a detenerse. Hicieron fuego y abandonaron el lugar. Al día siguiente supieron que el individuo que les hurtara las mantas amaneció muerto en medio de la plaza.

En un ayuntamiento de la provincia de León, dictaba órdenes sangrientas el alcaldillo del mismo. La guerrilla tuvo conocimiento de la maldad y se internó en los montes próximos al lugar donde residía el dañino. Y espera que te espera, hasta que le cogieron. Enterados los guerrilleros de que el alcalde había de hacer un viaje en

determinada dirección, se pusieron al acecho cerca del camino por donde forzosamente había de transitar. Venía el tal entre varios falangistas cumplidores de sus tristes sentencias. Cuando le tuvieron a tiro, hicieron fuego sobre él, los otros huyeron y el alcalde pretendía escapar herido entre unas peñas. Se le remató, se le arrojó a un río próximo al camino y la corriente se lo llevó con...

(Continuará)

[en Pasaremos, número 78,

Madrid, 6 de abril de 1938]

CANCIÓN PRIMERA

Se ha retirado el campo
al ver abalanzarse
crispadamente al hombre.
¡Qué abismo entre el olivo
y el hombre se descubre!
El animal que canta:
el animal que puede
llorar y echar raíces,
rememoró sus garras.
Garras que revestía
de suavidad y flores,

pero que, al fin, desnuda

en toda su crueldad.

Crepitan en mis manos.

Aparta de ellas, hijo.

Estoy dispuesto a hundirlas,

dispuesto a proyectarlas

sobre tu carne leve.

He regresado al tigre.

Aparta, o te destrozo.

Hoy el amor es muerte,

y el hombre acecha al hombre.

[en El hombre acecha (1939)]

RUSIA

En trenes poseídos de una pasión errante

por el carbón y el hierro que los provoca y mueve,

y en tensos aeroplanos de plumaje tajante

recorro la nación del trabajo y la nieve.

De la extensión de Rusia, de sus tiernas ventanas,

sale una voz profunda de máquinas y manos,

que indica entre mujeres: «Aquí están tus hermanas»,

y prorrumpe entre hombres: «Estos son tus hermanos».

Basta mirar: se cubre de verdad la mirada.

Basta escuchar: retumba la sangre en las orejas.
De cada aliento sale la ardiente bocanada
de tantos corazones unidos por parejas.
Ah, compañero Stalin: de un pueblo de mendigos
has hecho un pueblo de hombres que sacuden la frente,
y la cárcel ahuyentan, y prodigan los trigos,
como a un inmenso esfuerzo le cabe: inmensamente.
De unos hombres que apenas a vivir se atrevían
con la boca amarrada y el sueño esclavizado:
de unos cuerpos que andaban, vacilaban, crujían,
una masa de férreo volumen has forjado.
Has forjado una especie de mineral sencillo,
que observa la conducta del metal más valioso,
perfecciona el motor, y señala el martillo,
la hélice, la salud, con un dedo orgulloso.
Polvo para los zares, los reales bandidos:
Rusia nevada de hambre, dolor y cautiverios.
Ayer sus hijos iban a la muerte vencidos,
hoy proclaman la vida y hunden los cementerios.
Ayer iban sus ríos derritiendo los hielos,
quemados por la sangre de los trabajadores.
Hoy descubren industrias, maquinarias, anhelos,

y cantan rodeados de fábricas y flores.
Y los ancianos lentos que llevan una huella
de zar sobre sus hombros, interrumpen el paso,
por desplumar alegres su alta barba de estrella
ante el fulgor que remoza su ocaso.
Las chozas se convierten en casas de granito.
El corazón se queda desnudo entre verdades.
Y como una visión real de lo inaudito,
brotan sobre la nada bandadas de ciudades.
La juventud de Rusia se esgrime y se agiganta
como un arma afilada por los rinocerontes.
La metalurgia suena dichosa de garganta,
y vibran los martillos de pie sobre los montes.
Con las inagotables vacas de oro yacente
que ordeñan los mineros de los montes Urales,
Rusia edifica un mundo feliz y trasparente
para los hombres llenos de impulsos fraternales.
Hoy, que contra mi patria clavan sus bayonetas
legiones malparidas por una torpe entraña,
los girasoles rusos, como ciegos planetas,
hacen girar su rostro de rayos hacia España.
Aquí está Rusia entera vestida de soldado,

protegiendo a los niños que anhela la trilita
de Italia y de Alemania bajo el sueño sagrado,
y que del vientre mismo de la madre los quita.
Dormitorios de niños españoles: zarpazos
de inocencia que arrojan de Madrid, de Valencia,
a Mussolini, a Hitler, los dos mariconazos,
la vida que destruyen manchados de inocencia.
Frágiles dormitorios al sol de la luz clara,
sangrienta de repente y erizada de astillas.
¡Si tanto dormitorio deshecho se arrojara
sobre las dos cabezas y las cuatro mejillas!
«Se arrojará», me advierte desde su tumba viva
Lenin, con pie de mármol y voz de bronce quieto,
mientras contempla inmóvil el agua constructiva
que fluye en forma humana detrás de su esqueleto.
Rusia y España, unidas como fuerzas hermanas,
fuerza serán que cierre las fauces de la guerra.
Y solo se verá tractores y manzanas,
panes y juventud sobre la tierra.
[en El hombre acecha (1939)]

LA FÁBRICA-CIUDAD

(En una ciudad de la URSS, Járkov, he asistido al nacimiento

multiplicado, numeroso, rápido del tractor.)
Son al principio un leve proyecto sobre planos,
propósitos, palabras, papel, la nada apenas,
esos graves tractores que parten de las manos
como ganaderías sólidas con cadenas.
Se congregan metales de zonas diferentes,
prueban su calidad los finos probadores,
la fundición, la forja, los metálicos dientes.
Y empieza el nacimiento veloz de los tractores.
Id conmigo a la fábrica-ciudad: venid, que quiero
contemplar con los pueblos las creaciones violentas,
la gestación del aire y el parto del acero,
el hijo de las manos y de las herramientas.
La fábrica se halla guardada por las flores,
los niños, los cristales, en dirección al día.
Dentro de ella son leves trabajos y sudores,
porque la libertad puso allí la alegría.
Fragor de acero herido, resoplidos brutales,
hierro latente, hierro candente, torturado,
trepidando, piafando, rodando en espirales,
en ruedas, en motores, caballo huracanado.
Una visión de hierro, de fortaleza innata,

un clamor de metales probados, perseguidos,
mientras de nave en nave se encabrita y desata
con dólmenes de espuma, chispazos y rugidos.
Es como una extensión de furias que contienen
su casco apasionado sobre desfiladeros,
contra muros en donde se gastan, van y vienen,
con llamas de sudor y grasa los obreros.
Chimeneas de humo largo, sordo, grasiento,
acosan con penumbras a la creadora masa,
a la generadora masa que obra el portento,
el tractor con los dientes sepultados en grasa.
Hornos de fogonazos: perspectivas de lumbre.
Irradian los carbones como el sol, las calderas,
los lavaderos donde llega la muchedumbre
del metal que retiene sus escorias primeras.
Laten motores como del agua poseídos,
hélices submarinas, martillos, campanarios,
correas, ejes, chapas. Y se oyen estallidos,
choques de terremotos, rumores planetarios.
Leones de azabache, por estas naves grises,
selvas civilizadas, calenturientas moles,
relucen los obreros de todos los países

como si trabajaran en la creación de soles.
En la sección de fraguas y sonidos más puros,
se hacen más consistentes las domadas fierezas.
Y el tornillo penetra como un sexo seguro,
tenaz, uniendo partes, desarrollando piezas.
Veloz de mano en mano, crece el tractor y pasa
a ser un movimiento de titán laborioso,
un colosal anhelo de hacer la espiga rasa,
fértiles los baldíos, dilatado el reposo.
Ya va a llegar el día feliz sobre la frente
de los trabajadores: aquel día profundo
en que sea el minuto jornada suficiente
para hacer un tractor capaz de arar el mundo.
Ya despliega el vigor su piel generadora,
su central de energías, sus titánicos rastros.
Y los hombres se entregan a la función creadora
con la seguridad suprema de los astros.
La fábrica-ciudad estalla en su armonía
mecánica de brazos y aceros impulsores.
Y a un grito de sirenas, arroja sobre el día,
en un grandioso parto, raudales de tractores.
[en El hombre acecha (1939)]

EL VUELO DE LOS HOMBRES

Sobre la piel del cielo, sobre sus precipicios,
se remontan los hombres. ¿Quién ha impulsado el vuelo?
Sonoros, derramados en aéreos ejercicios,
raptan la piel del cielo.
Más que el cálido aceite, sí, más que los motores,
el ímpetu mecánico del aparato alado,
cóleras entusiastas, geológicos rencores,
iras les han llevado.
Les han llevado al aire, como un aire rotundo
que desde el corazón resoplara un plumaje.
Y ascienden y descienden sobre la piel del mundo
alados de coraje.
En un avance cósmico de llamas y zumbidos
que aeródromos de pueblos emocionados lanzan,
los soldados del aire, veloces, esculpidos,
acerados avanzan.
El azul se enardece y adquiere una alegría,
un movimiento, una juventud libre y clara,
lo mismo que si mayo, la claridad del día
corriera, resonara.
Los estremecimientos del valor y la altura,

los enardecimientos del azul y el vacío:
el cielo retrocede sintiendo la hermosura
como un escalofrío.
Impulsado, asombrado, perseguido, regresa
el aire al torbellino nativo y absorbente,
mientras evolucionan los héroes en su empresa
inverosímilmente.
Es el mundo tan breve para un ala atrevida,
para una juventud con la audacia por pluma;
reducido es el cielo, poderosa la vida,
domada y con espuma.
El vuelo significa la alegría más alta,
la agilidad más viva, la juventud más firme.
En la pasión del vuelo truena la luz, y exalta
alas con que batirme.
Hombres que son capaces de volar bajo el suelo,
para quienes no hay ámbitos ni grandes ni imposibles,
con la mirada tensa, prorrumpen en el vuelo
gladiadores, temibles.
Arrebatados, tensos, peligrosos, tajantes,
igual que una colmena de soles extendidos,
de astros motorizados, de cigarras tremantes,

cruzan con sus bramidos.
Ni un paso de planetas, ni un tránsito de toros
batiéndose, volcándose por un desfiladero,
darán al universo ni acentos más sonoros
ni resplandor más fiero.
Todos los aviadores tenéis este trabajo:
echar abajo el pájaro fraguador de cadenas,
las ciudades podridas abajo, y más abajo
las cárceles, las penas.
En vuestra mano está la libertad del ala,
la libertad del mundo, soldados voladores:
y arrancaréis del cielo la codiciosa y mala
hierba de otros motores.
El aire no os ofrece ni escudos ni barreras:
el esfuerzo ha de ser todo de vuestro impulso.
Y al polvo entregaréis el vuelo de las fieras
abatido, convulso.
Si ardéis, si eso es posible, poseedores del fuego,
no dejaréis ceniza por rastro, sino gloria.
Espejos sobrehumanos, iluminaréis luego
la creación, la historia.
[en El hombre acecha (1939)]

EL HAMBRE

I

Tened presente el hambre: recordad su pasado
turbio de capataces que pagaban en plomo.
Aquel jornal al precio de la sangre cobrado,
con yugos en el alma, con golpes en el lomo.
El hambre paseaba sus vacas exprimidas,
sus mujeres resecas, sus devoradas ubres,
sus ávidas quijadas, sus miserables vidas
frente a los comedores y los cuerpos salubres.
Los años de abundancia, la saciedad, la hartura,
eran solo de aquellos que se llamaban amos.
Para que venga el pan justo a la dentadura
del hambre de los pobres aquí estoy, aquí estamos.
Nosotros no podemos ser ellos, los de enfrente,
los que entienden la vida por un botín sangriento:
como los tiburones, voracidad y diente,
panteras deseosas de un mundo siempre hambriento.
Años del hambre han sido para el pobre sus años.
Sumaban para el otro su cantidad los panes.
Y el hambre alobadaba sus rapaces rebaños
de cuervos, de tenazas, de lobos, de alacranes.

Hambrientamente lucho yo, con todas mis brechas,
cicatrices y heridas, señales y recuerdos
del hambre, contra tantas barrigas satisfechas:
cerdos con un origen peor que el de los cerdos.
Por haber engordado tan baja y brutalmente,
más abajo de donde los cerdos se solazan,
seréis atravesados por esta gran corriente
de espigas que llamean, de puños que amenazan.
No habéis querido oír con orejas abiertas
el llanto de millones de niños jornaleros.
Ladrabais cuando el hambre llegaba a vuestras puertas
a pedir con la boca de los mismos luceros.
En cada casa, un odio como una higuera fosca,
como un tremante toro con los cuernos tremantes,
rompe por los tejados, os cerca y os embosca,
y os destruye a cornadas, perros agonizantes.

II

El hambre es el primero de los conocimientos:
tener hambre es la cosa primera que se aprende.
Y la ferocidad de nuestros sentimientos,
allá donde el estómago se origina, se enciende.
Uno no es tan humano que no estrangule un día

pájaros sin sentir herida la conciencia:
que no sea capaz de ahogar en nieve fría
palomas que no saben si no es de la inocencia.
El animal influye sobre mí con extremo,
la fiera late en todas mis fuerzas, mis pasiones.
A veces, he de hacer un esfuerzo supremo
para acallar en mí la voz de los leones.
Me enorgullece el título de animal en mi vida,
pero en el animal humano persevero.
Y busco por mi cuerpo lo más puro que anida,
bajo tanta maleza, con su valor primero.
Por hambre vuelve el hombre sobre los laberintos
donde la vida habita siniestramente sola.
Reaparece la fiera, recobra sus instintos,
sus patas erizadas, sus rencores, su cola.
Arroja sus estudios y la sabiduría,
y se quita la máscara, la piel de la cultura,
los ojos de la ciencia, la corteza tardía
de los conocimientos que descubre y procura.
Entonces solo sabe del mal, del exterminio.
Inventa gases, lanza motivos destructores,
regresa a la pezuña, retrocede al dominio

del colmillo, y avanza sobre los comedores.
Se ejercita en la bestia, y empuña la cuchara
dispuesto a que ninguno se le acerque a la mesa.
Entonces solo veo sobre el mundo una piara
de tigres, y en mis ojos la visión duele y pesa.
Yo no tengo en el alma tanto tigre admitido,
tanto chacal prohijado, que el vino que me toca,
el pan, el día, el hambre no tenga compartido
con otras hambres puestas noblemente en la boca.
Ayudadme a ser hombre: no me dejéis ser fiera
hambrienta, encarnizada, sitiada eternamente.
Yo, animal familiar, con esta sangre obrera
os doy la humanidad que mi canción presiente.
[en El hombre acecha (1939)]

EL HERIDO

Para el muro de un hospital de sangre

I

Por los campos luchados se extienden los heridos.
Y de aquella extensión de cuerpos luchadores
salta un trigal de chorros calientes, extendidos
en roncos surtidores.
La sangre llueve siempre boca arriba, hacia el cielo.

Y las heridas suenan igual que caracolas,
cuando hay en las heridas celeridad de vuelo,
esencia de las olas.
La sangre huele a mar, sabe a mar y a bodega.
La bodega del mar, del vino bravo, estalla
allí donde el herido palpitante se anega,
y florece, y se halla.
Herido estoy, miradme: necesito más vidas.
La que contengo es poca para el gran cometido
de sangre que quisiera perder por las heridas.
Decid quién no fue herido.
Mi vida es una herida de juventud dichosa.
¡Ay de quien no está herido, de quien jamás se siente
herido por la vida, ni en la vida reposa
herido alegremente!
Si hasta [a] los hospitales se va con alegría,
se convierten en huertos de heridas entreabiertas,
de adelfos florecidos ante la cirugía
de ensangrentadas puertas.

II

Para la libertad sangro, lucho, pervivo.
Para la libertad, mis ojos y mis manos,

como un árbol carnal, generoso y cautivo,

doy a los cirujanos.

Para la libertad siento más corazones

que arenas en mi pecho: dan espumas mis venas,

y entro en los hospitales, y entro en los algodones

como en las azucenas.

Para la libertad me desprendo a balazos

de los que han revolcado su estatua por el lodo.

Y me desprendo a golpes de mis pies, de mis brazos,

de mi casa, de todo.

Porque donde unas cuencas vacías amanezcan,

ella pondrá dos piedras de futura mirada,

y hará que nuevos brazos y nuevas piernas crezcan

en la carne talada.

Retoñarán aladas de savia sin otoño

reliquias de mi cuerpo que pierdo en cada herida.

Porque soy como el árbol talado, que retoño:

porque aún tengo la vida.

[en El hombre acecha (1939)]

LAS CÁRCELES

I

Las cárceles se arrastran por la humedad del mundo,

van por la tenebrosa vía de los juzgados:
buscan a un hombre, buscan a un pueblo,
lo persiguen, lo absorben, se lo tragan.
No se ve, que se escucha la pena de metal,
el sollozo del hierro que atropellan y escupen:
el llanto de la espada puesta sobre los jueces
de cemento fangoso.
Allí, bajo la cárcel, la fábrica del llanto,
el telar de la lágrima que no ha de ser estéril,
el casco de los odios y de las esperanzas,
fabrican, tejen, hunden.
Cuando están las perdices más roncas y acopladas,
y el azul amoroso de las fuerzas expansivas,
un hombre hace memoria de la luz, de la tierra,
húmedamente negro.
Se da contra las piedras la libertad, el día,
el paso galopante de un hombre, la cabeza,
la boca con espuma, con decisión de espuma,
la libertad, un hombre.
Un hombre que cosecha y arroja todo el viento
desde su corazón donde crece un plumaje:
un hombre que es el mismo dentro de cada frío,

de cada calabozo.

Un hombre que ha soñado con las aguas del mar,

y destroza sus alas como un rayo amarrado,

y estremece las rejas, y se clava los dientes

en los dientes del trueno.

II

Aquí no se pelea por un buey desmayado,

sino por un caballo que ve pudrir sus crines,

y siente sus galopes debajo de los cascos

pudrirse airadamente.

Limpiad el salivazo que lleva en la mejilla,

y desencadenad el corazón del mundo,

y detened las fauces de las voraces cárceles

donde el sol retrocede.

La libertad se pudre desplumada en la lengua

de quienes son sus siervos más que sus poseedores.

Romped esas cadenas, y las otras que escucho

detrás de esos esclavos.

Esos que solo buscan abandonar su cárcel,

su rincón, su cadena, no la de los demás.

Y en cuanto lo consiguen, descienden pluma a pluma,

enmohecen, se arrastran.

Son los encadenados por siempre desde siempre.
Ser libre es una cosa que solo un hombre sabe:
solo el hombre que advierto dentro de esa mazmorra
como si yo estuviera.
Cierra las puertas, echa la aldaba, carcelero.
Ata duro a ese hombre: no le atarás el alma.
Son muchas llaves, muchos cerrojos, injusticias:
no le atarás el alma.
Cadenas, sí: cadenas de sangre necesita.
Hierros venenosos, cálidos, sanguíneos eslabones, nudos
que no rechacen a los nudos siguientes
humanamente atados.
Un hombre aguarda dentro de un pozo sin remedio,
tenso, conmocionado, con la oreja aplicada.
Porque un pueblo ha gritado, ¡libertad!, vuela el cielo.
Y las cárceles vuelan.
[en El hombre acecha (1939)]

LLAMO A LOS POETAS

Entre todos vosotros, con Vicente Aleixandre
y con Pablo Neruda tomo silla en la tierra:
tal vez porque he sentido su corazón cercano
cerca de mí, casi rozando el mío.

Con ellos me he sentido más arraigado y hondo,
y además menos solo. Ya vosotros sabéis
lo solo que yo voy, por qué voy yo tan solo.
Andando voy, tan solos yo y mi sombra.
Alberti, Altolaguirre, Cernuda, Prados, Garfias,
Machado, Juan Ramón, León Felipe, Aparicio,
Oliver, Plaja, hablemos de aquello a que aspiramos:
por lo que enloquecemos lentamente.
Hablemos del trabajo, del amor sobre todo,
donde la telaraña y el alacrán no habitan.
Hoy quiero abandonarme tratando con vosotros
de la buena semilla de la tierra.
Dejemos el museo, la biblioteca, el aula
sin emoción, sin tierra, glacial, para otro tiempo.
Ya sé que en esos sitios tiritará mañana
mi corazón helado en varios tomos.
Quitémonos el pavo real y suficiente,
la palabra con toga, la pantera de acechos.
Vamos a hablar del día, de la emoción del día.
Abandonemos la solemnidad.
Así: sin esa barba postiza, ni esa cita
que la insolencia pone bajo nuestra nariz,

hablaremos unidos, comprendidos, sentados,
de las cosas del mundo frente al hombre.
Así descenderemos de nuestro pedestal,
de nuestra pobre estatua. Y a cantar entraremos
a una bodega, a un pecho, o al fondo de la tierra,
sin el brillo del lente polvoriento.
Ahí está Federico: sentémonos al pie
de su herida, debajo del chorro asesinado,
que quiero contener como si fuera mío,
y salta, y no se acalla entre las fuentes.
Siempre fuimos nosotros sembradores de sangre.
Por eso nos sentimos semejantes del trigo.
No reposamos nunca, y eso es lo que hace el sol,
y la familia del enamorado.
Siendo de esa familia, somos la sal del aire.
Tan sensibles al clima como la misma sal,
una racha de otoño nos deja moribundos
sobre la huella de los sepultados.
Eso sí: somos algo. Nuestros cinco sentidos
en todo arraigan, piden posesión y locura.
Agredimos al tiempo con la feliz cigarra,
con el terrestre sueño que alentamos.

Hablemos, Federico, Vicente, Pablo, Antonio,

Luis, Juan Ramón, Emilio, Manolo, Rafael,

Arturo, Pedro, Juan, Antonio, León Felipe.31

Hablemos sobre el vino y la cosecha.

Si queréis, nadaremos antes en esa alberca,

en ese mar que anhela transparentar los cuerpos.

Veré si hablamos luego con la verdad del agua,

que aclara el labio de los que han mentido.

[en El hombre acecha (1939)]

18 DE JULIO [DE] 1936 - 18 DE JULIO [DE] 1938

Es sangre, no granizo, lo que azota mis sienes.

Son dos años de sangre: son dos inundaciones.

Sangre de acción solar, devoradora vienes,

hasta dejar sin nadie y ahogados los balcones.

Sangre que es el mejor de los mejores bienes.

Sangre que atesoraba para el amor sus dones.

Vedla enturbiando mares, sobrecogiendo trenes,

desalentando toros donde alentó leones.

El tiempo es sangre. El tiempo circula por mis venas.

Y ante el reloj y el alba me siento más que herido,

y oigo un chocar de sangres de todos los tamaños.

Sangre donde se puede bañar la muerte apenas:

fulgor emocionante que no ha palidecido,

porque lo recogieron mis ojos de mil años.

[en El hombre acecha (1939)]

MADRE ESPAÑA

Abrazado a tu cuerpo como el tronco a su tierra,

con todas las raíces y todos los corajes,

¿quién me separará, me arrancará de ti,

madre?

Abrazado a tu vientre, ¿quién me lo quitará,

si su fondo titánico da principio a mi carne?

Abrazado a tu vientre, que es mi perpetua casa,

¡nadie!

Madre: abismo de siempre, tierra de siempre: entrañas

donde desembocando se unen todas las sangres:

donde todos los huesos caídos se levantan:

madre.

Decir madre es decir «tierra que me ha parido»;

es decir a los muertos: «hermanos, levantarse»;

es sentir en la boca y escuchar bajo el suelo

sangre.

La otra madre es un puente, nada más, de tus ríos.

El otro pecho es una burbuja de tus mares.

Tú eres la madre entera con todo su infinito,

madre.

Tierra: tierra en la boca, y en el alma, y en todo.

Tierra que voy comiendo, que al fin ha de tragarme.

Con más fuerza que antes, volverás a parirme,

madre.

Cuando sobre tu cuerpo sea una leve huella,

volverás a parirme con más fuerza que antes.

Cuando un hijo es un hijo, vive y muere gritando:

¡madre!

Hermanos: defendamos su vientre acometido,

hacia donde los grajos crecen de todas partes,

pues, para que las malas alas vuelen, aún quedan

aires.

Echad a las orillas de vuestro corazón

el sentimiento en límites, los efectos parciales. Son pequeñas historias al

lado de ella, siempre grande.

Una fotografía y un pedazo de tierra,

una carta y un monte son a veces iguales.

Hoy eres tú la hierba que crece sobre todo,

madre.

Familia de esta tierra que nos funde en la luz,
los más oscuros muertos pugnan por levantarse,
fundirse con nosotros y salvar la primera
madre.
España, piedra estoica que se abrió en dos pedazos
de dolor y de piedra profunda para darme:
no me separarán de tus altas entrañas,
madre.
Además de morir por ti, pido una cosa:
que la mujer y el hijo que tengo, cuando pasen,
vayan hasta el rincón que habite de tu vientre,
madre.
[en El hombre acecha (1939)]

CANCIÓN ÚLTIMA

Pintada, no vacía:
pintada está mi casa
del color de las grandes
pasiones y desgracias.
Regresará del llanto
adonde fue llevada
con su desierta mesa,
con su ruinosa cama.

Florecerán los besos

sobre las almohadas.

Y en torno de los cuerpos

elevará la sábana

su intensa enredadera

nocturna, perfumada.

El odio se amortigua

detrás de la ventana.

Será la garra suave.

Dejadme la esperanza.

[en El hombre acecha (1939)]

CARTA A JOSEFINA MANRESA

Mi querida Josefinilla:

Salud, que te la veo y te la deseo para ti y para nuestro cachorro. En Valencia me tienes esperando que me digan qué hago y a dónde voy, aburrido o poco menos. No hago nada, y lo principal y primero que hago es mirar y besar, los retratos vuestros, el de Manolillo32 principalmente por ser el más reciente que tengo. En Alicante vi al habilitado y me contó una historia más, y no se cobra el dinero todavía. Es cuestión de echarse a reír para no rabiar. El Socorro de Alicante me dio dos botes de leche y me dijo que mientras hubiera me daría todas las semanas, y los recogerá

Blanca,

y se los dará a Ismael para llevártelos cuando vaya a Orihuela. Si

hubiera salido antes, es posible que en la Gota de Leche de Alicante

hubiera resuelto la alimentación de nuestro querido Manolillo, pero

me he enterado aquí. Ve tú al médico en Orihuela con Elvira, a ver si

os enteráis [de] cómo se puede recibir lo que dan en la Gota de

Leche de Alicante, ya que esta casa es de protección de la infancia.

Desde Valencia mandaré cuanto pueda, pero tú sabes lo difícil que

es llevarlo. El día que vine de Alicante aquí, paró el camión en que

venía en Oliva, un pueblo de Valencia, y compré manzanas muy

baratas y me las comí pensando en tu hambre de esa fruta. La

cuestión del dinero de Alicante, esas quinientas pesetas que te dije

[que] era posible [que] me dieran por un trabajo, ha quedado

pendiente. Si las cobra Blanca, se las dará a Ismael para llevártelas.

Estoy intranquilo por si no has recibido el dinero que te envié desde

Valencia, y, como tú no eres capaz más que de sufrir y no pedir a mi

familia, aún me preocupa más. Pide el dinero que te haga falta

cuando lo necesites. Las tres mil pesetas se cobrarán para agosto, a

primeros de agosto y antes recibiré también de otra parte. Para

agosto tendrá cuna Manolillo, iré a tu lado, a vuestro lado y no quiero encontrarme con mi morenilla y mi morenillo flacos, tristes, sin ganas de vivir. Te mando una de las dos cartas, la última, que he recibido de Manolo. No te mando las dos, porque harían demasiado peso y bulto. Me ha dado una gran alegría saber de él, y a ti también te la dará. Da el biberón a mi Manolillo a sus horas justas: no me digas que sigue malo, porque has de hacer por ponerlo bueno y gordo. Él es fuerte y saldrá de este verano y dará envidia al mundo entero con su salud. Todos me dicen cuando ven la fotografía, que es muy grande, muy hermoso y muy hombre. Tú eres la poco fuerte y poco animada, y tienes que comer de lo que haya, de lo que te manden y pidas a Orihuela, y fruta especialmente. Me preocupa más tu estado que el de nuestro pichaque y voy a tener que animarte a fuerza de tirones de nariz, de orejas, de culo y a fuerza de pellizcos.

Para los dos y para Carmen, abrazos y besos de los que no se acaban nunca. Un millón más para mi Manolillo.

MIGUEL

Que cuides a Manolillo mucho, a ti y a la otra Josefinilla, y a la Carmen. Di a esta que quiero [que] sea más mujer. Da recuerdos a

las familias y besos a las Marianas. Salud. Que te cuides. Que no seas tonta y que esperes tiempos mejores.

[Valencia, 30 de junio de 1938]

1939

CARTA AL CAPITÁN ESTEBAN

Querido amigo Esteban:

Recibí hace mucho tiempo tu carta, pero el dinero que me anunciabas [que] habías mandado, no. Lo espero con verdadera gana porque lo necesito de verdad. Ve la manera de que me llegue pronto, así como los meses atrasados, que son septiembre, octubre y noviembre. Ten ese interés por mí que te corresponderé con el que tú necesites mío.

Hasta la tuya, da recuerdos a[l comandante] Marquina y demás compañeros. Salud.

MIGUEL HERNÁNDEZ

No dejes de mandarme el dinero.

[Cox, 1 de enero de 1939]

CARTA A JOSÉ MARÍA DE COSSÍO

Querido Cossío:

De paso junto a mi mujer, le escribo para decirle que haga el favor de decir a Juvencio [Valle]33 que mande a Cox los comestibles

que tiene en su poder. Sería mejor que los trajera él mismo cuando viniera a Valencia o Alicante, pasándose por aquí y dejándoselos a mi mujer. O puede hacer otra cosa: dárselos a Vicente [Aleixandre] o a usted, y los envían cuando sea posible.

No deje de hacer la gestión, cuanto antes si puede. He recordado mucho nuestra última conversación. Recuerdos y abrazos para todos los amigos. Y para usted el de siempre.

MANUEL34

¡Adiós! Y recuerdos y abrazos a Vicente.

[Cox, 14 de marzo de 1939]

III. DESPUÉS DE LA GUERRA

(1939-1941)

CARTA A JOSÉ MARÍA DE COSSÍO

Querido Cossío:

Estamos todos bien por ahora. Yo salgo para Sevilla seguramente, y pronto. Allí espero ver a [Jorge] Guillén35 y a otros amigos y espero hallar una buena acogida entre ellos. Mi mujer y nuestro niño quedan en Cox por ahora, y, si usted puede atenderles económicamente, le agradeceré siempre que lo haga cuanto antes.

Creo que tiene usted la dirección, pero se la vuelvo a dar aquí por si

la hubiera perdido: Josefina Manresa, Santa Teresa, 15, Cox (Alicante).

Llegué bien a esta provincia, después de un viaje facilísimo de comida e incidentes. Pensé muchas veces en el que nos ocurrió el día que nos despedimos en Madrid, y a veces me he reído mucho.

Aquellas colas y aquella espera son inolvidables, y, además, aquellas explicaciones que hubimos de dar a nuestros amigos.

Deseo verle pronto, y, si va por Sevilla, allí nos encontraremos.

No deje para mucho tiempo de la mano lo que pueda hacer en beneficio de Josefina, que es de bastante cuidado su situación.

[Orihuela, 19 de abril de 1939]

CARTA A JOSEFINA MANRESA

Querida Josefina:

Seguramente no vuelvo a Sevilla por ahora. Te llamaré desde donde me encuentre, que será donde halle mejor puerto. Ponte fuerte y valiente para el viaje, que lo puedas resistir. Me acuerdo mucho de mi Manolillo.36 He escrito a Lisboa, y allí recibirá noticias tuyas nuestro amigo Cuqui.

Besos y abrazos para todos. Para Manolillo y tú.

MIGUEL

[Huelva, 29 de abril de 1939]

CARTA A JOSEFINA MANRESA

Querida Josefina:

Estoy muy bien de salud. Me acuerdo siempre de mi Manolillo y de ti, que sois siempre mi mayor esperanza. ¿Sigue engordando el niño? Anteayer cumplió los cuatro meses y me pasé todo el día pensando en él. Supongo que tus hermanillas y ahijadas mías, que no me olvidan, estarán contigo dándote mucho quehacer y mucha preocupación. ¿Y Manolo, trabaja? ¿De qué comes? ¿Quién te ayuda? Pide a nuestra familia de Orihuela sin reparo, que alguna vez les devolveremos aquello que nos den. Supongo que no habrá resultado incierto lo que nos dijo el médico sobre tu enfermedad en Orihuela. Ve a mi casa y di a mi padre y a mi hermano que estoy detenido, que un día de estos me llevan a Huelva desde este pueblo y que es preciso que me reclamen a Orihuela. Que hablen con don Luis Almarcha,37 Joaquín Andreu, Antonio Macando, Juan Bellod,38 [José] Martínez Arenas,39 Baldomero Jiménez40 [sic] y quien sea preciso para la consecución de mi traslado a nuestro pueblo. La detención ha obedecido a que pasaba a Portugal sin la documentación necesaria.40No es nada de importancia, pero haz lo que te digo para estar junto a nuestro hijo y a ti lo más pronto posible. No te preocupes, nena. Como bien, me tratan bien y a lo

mejor desde Huelva paso a Orihuela antes que nuestros amigos pudientes de ahí hayan hecho gestión alguna. Se trata de una imprudencia mía que naturalmente tenía que tener su riesgo y su resultado insatisfactorio. Pero la seguridad de mi honradez y la fe en

la justicia de Franco me hacen estar sereno y alegre. Lo que siento principalmente es la difícil situación económica de nuestra familia, que tardará algún tiempo más en resolverse. Abrazos para toda la familia, especialmente para mi madre y tus hermanos y los míos. Manolillo y tú recibid el corazón de vuestro

MIGUEL

[Rosal de la Frontera, 6 de mayo de 1939]

CARTA A AURELIO NÚÑEZ MORGADO

Sr. Embajador de Chile en España

Sr. Embajador:

Nuestro común amigo Carlos Morla41 me ofreció su ayuda para marchar a su país a fines de febrero de este mismo año. Imposibilitado para aceptarla desde entonces, hoy me atrevo a requerirla a Vd. ya que me encuentro bien necesitado de ella. Al mismo tiempo ruego que envíe en la valija diplomática la carta adjunta para nuestro genial poeta y amigo íntimo Pablo Neruda, quien hará cuanto está dentro de las posibilidades y las dificultades

fatales, dadas la distancia y la situación en que nos vemos. Yo le ruego, amigo mío, que vea Vd. también, ante la proximidad mayor que se le ofrece, si desde aquí puede liquidar los obstáculos que impide cumpla mi gran deseo expresado en esa carta que le envío para nuestro poeta.

Confiando en su bondadosa preocupación, y rogándole que disculpe y comprenda todo, quedo para siempre un amigo suyo

MIGUEL HERNÁNDEZ GILABERT

[Sevilla, c. 12 de mayo de 1939]

CARTA A JOSÉ MARÍA DE COSSÍO

Querido primo José María:

Es preciso que hagas por verme en Torrijos, 65, donde me retienen desde hace varios días. Nuestra familia de Orihuela no sabe dónde me encuentro aún y te pido que veas a Morla, a tu hermano [Francisco, periodista], a quien sea, para verme junto a Josefina, que me necesita más cada día, pronto. Fuerza un poco tu tranquilidad por mí, o es seguro que no saldré de aquí hasta que no se aclare mi actitud honrada, y esto puede ser cuestión de mucho tiempo. Tú puedes ayudarme a salir rápidamente y no debes dejar de hacerlo. No llevaba la documentación necesaria y me

detuvieron en Portugal y me condujeron aquí. José María, por nuestra amistad, nuestra familia y nuestra poesía, insisto en pedirte este gran favor. Un abrazo.

MIGUEL HERNÁNDEZ

¡Arriba España y viva Franco!

[Madrid, 20 de mayo de 1939]

CARTA A JOSEFINA MANRESA42

Querida Josefina:

Esta mañana he recibido las cincuenta pesetas que me has enviado y que tú necesitas. Siento haberte dicho nada anteriormente. Mira, nena, ve si Luis Almarcha, Juan Bellod y demás amigos pueden conseguir mi libertad provisional, avalándome o haciendo lo que sea preciso. No he podido comunicar aquí con ningún amigo, y me parece que Cossío debe haberse ido a su pueblo. De modo que no encuentro a quién recurrir de momento, porque ningún otro amigo de aquí puede hacer mucho. Quiero saber pronto de vosotros, que no sé nada desde que me fui de vuestro lado. Sigues en Cox, eso sí que lo sé. Vete a Orihuela, que no te coman las preocupaciones y que nuestro hijo se haga un hombre fuerte y hermoso, aunque las dos cosas es desde antes que naciera.

No dejes de enviarme su fotografía y decirme si vives con desahogo.

¿Has recibido algún dinero? Nena: estoy deseando reunirme contigo

y siempre creo que será pronto. Lo que pasa tiene poca importancia

y si no he salido ya es por las muchas tareas que tiene el Gobierno

del Generalísimo, que Dios conserve. Consérvate tú buena y alegre

por encima de todo. Conmigo hay varios amigos y hasta cantamos,

además de comer y reír juntos. Os abraza siempre

MIGUEL

¡Arriba España! ¡Viva Franco!

[Madrid, 28 de mayo de 1939]

CARTA A PABLO NERUDA

Querido Pablo:

Tal vez por Juvencio [Valle], y por el Embajador de tu país en

Madrid, donde me encuentro detenido varios meses, sabrás de mí y

en qué situación estoy. Es de absoluta necesidad que hagas todo

cuanto esté en tu mano por conseguir mi salida de España y el

arribo a tu tierra en el más breve espacio de tiempo posible. El señor

[Enrique] Fajardo,43 y nuestro amigo José María de Cossío, te

pueden escribir con detalle sobre lo que me sucede, aunque ya te

imaginarás bastante. Pon en movimiento todo tu interés y tu cariño

por mí que me hacen falta enormemente y rápidamente. Conmigo habrá[n] de salir mi mujer y dos amigos nuestros. Preocúpate en seguida de esto. No olvides que nuestra situación es bien difícil. Sabré de ti por la Embajada, desde donde harán el favor de venir a comunicarme cuando resuelvas.

Me acuerdo como nunca de vosotros. Te necesito como nunca.

Da un gran abrazo a Delia [del Carril] y tú recibe el otro.

MIGUEL HERNÁNDEZ

[Madrid, 26 de junio de 1939]

CARTA A JOSEFINA MANRESA

Mi querida Josefina:

Espero contestación a mis dos cartas anteriores, y espero que me digas más cosas de nuestro niño, porque me dices muy pocas hasta ahora. Dime si habla mucho ya y si siguen saliéndole dientes. Ya va a llegar el día que os voy a tener conmigo. No falta mucho para ese día, estoy seguro. No dejes de hacer esto que te voy a decir: di a mi padre que vea a don Luis Almarcha y le pida un documento sobre mi conducta anterior a la guerra, si es posible firmado, además de por él, por algunas otras personas más. No

importa que me lo mandéis con su firma solamente, aunque sería preferible con varias. También sería oportuno otro del Ayuntamiento de Orihuela, pero el principal es el de don Luis. Me lo ha pedido el abogado defensor mío, y no debéis retrasar ni olvidar su pronto envío. No dejes de escribirme en seguida. Cuéntame tú también cosas. Dime el peso actual de Manolillo y el tuyo. Háblame de las Marianas, de la abuela y la tía y los tíos y Manolo. Yo sigo estupendamente de salud, con el agua encima a todas horas y con el retrato del niño a cada momento. A ver si me envías el que te pedí tuyo. Dime si trabajas y si coméis mucho. A mí no me falta nada en absoluto. Bueno, ya sabes tú lo que me falta únicamente. Pero, como pronto nos veremos, tú y Manolillo, que sois lo único que me falta, lo tendré. Esto está más claro que el agua. Ahí va mi cariño.

[Madrid, 8 de agosto de 1939]

CARTA A DIEGO ROMERO PÉREZ44

Querido amigo Romero:

Estoy deseoso de verte por aquí y por esto te he escrito, aunque es probable que no hayas regresado de tus vacaciones. Quién sabe las gestiones que hayas hecho por conseguir la libertad

tan necesaria para mí por motivos de salud y de familia, a qué detallarla: tú comprendes perfectamente mi situación. Cada día son más frecuentes las libertades provisionales y aun las concedidas a personas que eran más complicadas políticamente que yo. He recibido aquel certificado que me aconsejaste aprovecharías del Canónigo de Orihuela [Luis Almarcha], además otro de mi amigo que ha sido recientemente jefe, digo, secretario de la Falange en Valencia [Juan Bellod]. Confío en tu eficiente acción generosa, amigo Romero. Eduardo [Llosent] que tenga cuidado si está aquí. Sé que marchaste a pasar un breve descanso que a mí se me hace interminable por un amigo que te llevó otra carta mía en la cual te pedía y advertía la petición de Fernando Fernández Revuelta, amigo mío, de que te ocuparas en su caso también. Ya hablaremos y me dirás todo lo que es posible. Perdona esta insistencia en llamarte en mi ayuda: siempre te lo agradeceré. Hasta que vengas, acepta un abrazo.

MIGUEL HERNÁNDEZ

[Madrid, 29 de agosto de 1939]

CARTA A JOSEFINA MANRESA

Mi querida Josefina:

Esta semana, como las dos anteriores, llega martes y no ha llegado tu carta. También empiezo a escribir esta para que me dé tiempo a echarla después, cuando el correo me traiga la tuya, que no creo que me falte hoy. Estos días me los he pasado cavilando sobre tu situación, cada día más difícil. El olor de la cebolla que comes me llega hasta aquí, y mi niño se sentirá indignado de mamar y sacar zumo de cebolla en vez de leche. Para que lo consueles, te mando esas coplillas45 que le he hecho, ya que aquí no hay para mí otro quehacer que escribiros a vosotros o desesperarme. Prefiero lo primero y así no hago más que eso, demás de lavar y coser con muchísima seriedad y soltura, como si en toda mi vida hubiera hecho otra cosa. También paso mis buenos ratos espulgándome, que familia menuda no me falta nunca, y a veces la crío robusta y grande como el garbanzo. Todo se acabará a fuerza de uña y paciencia, o ellos, los piojos, acabarán conmigo. Pero son demasiado poca cosa para mí, tan valiente como siempre, y, aunque fueran como elefantes estos bichos que quieren llevarse mi sangre, los haría desaparecer del mapa de mi cuerpo. ¡Pobre cuerpo! Entre sarna, piojos, chinches y toda clase de animales, sin libertad, sin ti, Josefina, y sin ti, Manolillo de mi alma, no sabe a ratos qué postura

tomar, y al fin, al fin, toma la de la esperanza que no se pierde nunca. Así veo pasar un día y otro día, esperanzado y deseoso de correr a vuestro lado y meterme en nuestra casa y no saber en mucho tiempo nada del mundo, porque el mundo mejor está entre tus brazos y los de nuestro hijo. Aún es posible que vaya para el día de mi santo, guapa y paciente Josefina. Aunque yo, la verdad, creo que estos amigos míos llevan las cosas muy despacio. Han estado de vacaciones fuera de Madrid y han regresado esta semana pasada. No han podido venir a verme porque ahora es imposible para todo el mundo. Es casi seguro que los veré esta semana que viene. Me decías en tu anterior que guardara la ropa cuanto pudiera. No te preocupes, que, si no tengo ropa cuando salga, con ponerme una mano en el occipucio y otra en el precipicio, arreglado. Así y todo procuro conservarla y uso la más vieja y todo son cosidos y descosidos y ventanas por todas partes. El pijama se me ha roto y le he puesto un remiendo que es media camisa, porque se me veía toda la parte de atrás y era una verdadera vergüenza. Por lo que a mí me pasa, me figuro lo que os pasará a vosotros y, como esto siga así, me veo contigo como Adán y Eva en el Paraíso. ¡Ay, Josefina

mía! No nos queda otro remedio que aguantar todo lo malo que nos

viene y nos puede venir, para el día que nos toque aguantar todo lo bueno. ¿Verdad que llegará ese día? Yo nunca he dudado de que llegará y de que seremos más felices que hasta aquí hemos sido. Esta separación nos obliga a respetar a nuestro Manolillo más que respetamos al otro Manolillo del que no dejo de acordarme nunca. Dentro de un mes hará un año que se nos murió. Eso de que el tiempo pasa deprisa, para nadie es tan verdad hoy como para nosotros y a mí me cuesta trabajo creer que ha pasado un año desde que cerró nuestro primer hijo los ojos más hermosos de la tierra. Dios, a quien tú tanto rezas, hará que el día diecinueve de octubre lo pasemos juntos, si no hace que lo pasemos el día veintinueve de este mes. No quisiera pasar ese día lejos de ti. Iremos a dar una vuelta al campo y, si tú eres decidida, visitaremos la tierra donde nos espera. Tengo muchas ganas de hablar contigo. La otra noche soñé a Manolillo ya con cinco o seis años de edad. Cuídalo mucho, Josefina, que crezca fuerte y defendido contra toda enfermedad. Cuando te sea posible, come mucha fruta y mucho vegetal, principalmente patatas. Es lo que más conviene a tu salud y

a la de nuestro sinvergüencilla. No me dices muchas cosas suyas. Supongo que ya hablará más que un loro. Si supieras qué ganas

tengo de oír su voz: se me ríen los huesos solo de imaginarla, con que mira lo que me voy a reír el día que la oiga de verdad. Dime el peso que tiene, que no lo has pesado hace mucho tiempo. Estoy enfadado con Manolo y con las Marianas, a ninguno de los cuatro se les ocurre escribirme unas letras. No se acuerdan de mí, que no los olvido. Dime también algo de la abuela y la tía, que tampoco me han mandado una sola letra. Seguís como siempre de encariñadas. Eso no tiene remedio por lo que veo y no vale la pena. Bueno. Voy a dejar el lápiz y a esperar tu carta, a ver qué me trae de bueno.

Nada. Hoy no recibo carta tuya. No me gusta que te retrases en escribirme. Vaya plantón que me he llevado al pie del que vocea el correo. No hay derecho. Espero que me digas algo de nuestra familia de Orihuela, de mi madre especialmente y de la de Pepito. Anteayer he recibido una carta de un amigo de la huerta, Trinitario Ferrer, muy amigo de mi hermano y me dice que se ve con él todos los días. Di a Vicente [Hernández, su hermano] que le diga que por ahora no puedo contestarle, pero que me alegra mucho saber de él.

Voy a terminar mi carta diciéndote que seas menos perezosa conmigo o de lo contrario no te voy a escribir en un mes. Y nada

más porque no parezca larga esta a la censura y porque hagan todo

lo posible para que llegue a tus manos.

Manolillo: adiós, un beso, ¡pum! Otro beso, ¡pum! Otro, otro, otro, ¡pum, pum, pum!

Manolo: escribe, dejando a un lado por un rato las barbas y las perezas.

Marianas: a ser buenas y a pelearos una vez a la semana solamente.

Josefina: recibe para ti y para nuestro hijo y para nuestros hijos mayores el cariño encerrado y empiojado y... perdido de tu preso.

MIGUEL

¡Adiós!

[Madrid, 12 de septiembre de 1939]

CARTA A JOSÉ MARÍA DE COSSÍO

Querido Cossío:

Desde ayer en Cox, no me queda otro remedio que recurrir inmediatamente a nuestra vieja amistad y a sus no muy viejas proposiciones de resolución de la situación mía. Libre de aquella carga que pesaba sobre mí en Madrid, ahora me encuentro atado a la vida de mi libertad frente a mi indefensa familia. Como no me encuentro bien de salud, ya que mi cabeza se resiste a mejorar, no

me será posible dedicarme a un trabajo como el que hacía en Espasa-Calpe a su lado. Pienso en su tierra de Tudanca, y estoy dispuesto a trabajar en ella, a pastorear sus vacas, a lo que sea un trabajo manual, con tal de sacar mi familia, numerosa y necesitada, adelante. Si puede enviarme algún anticipo, o como quiera llamarle, por mi futuro trabajo en su tierra, hágalo sin demora, porque el hambre apremia, y me he encontrado a mi familia bastante agotada de salud y de recursos. No he podido aclarar con [Eduardo] Llosent en Madrid de dónde ha provenido el favor de reintegrarme a mi familia. Si me puede orientar, aunque presumo que algo hay de parte de su interés, dígame para agradecérselo más todo su interés vigilante por mí.

Escribo en casa de Sijé, sobre la máquina con que copió nuestro querido muerto su ensayo sobre el romanticismo. Sus padres y su hermano quisieran, como yo, ver publicado ese gran estudio de nuestros poetas clásicos y románticos en estos días en que hace tanta falta encaminar hacia la letra más noble de la poesía a nuestra juventud. Escríbame en cuanto pueda a Cox, Santa Teresa, 15, y dígame algo sobre todo esto. Espero su contestación contando los días. Hasta siempre, el fuerte abrazo de siempre de su compañero

de trabajo y de corazón.

MIGUEL

[Orihuela, 19 de septiembre de 1939]

CARTA A GERMÁN VERGARA DONOSO46

Mi querido amigo:

En Cox, Santa Teresa, 15, espero noticias suyas y de nuestro amigo Pablo. Le agradeceré como siempre que me diga cuanto antes de las posibilidades de reunirnos Neruda y yo, como Vd. y yo hace unos días, para charlar de nuestro motivo principal: la miseria, y del modo de dar una rápida solución a mi situación económica. Háblele de esto, porque cada día se agrava más en mi caso, ya que no puedo trabajar dado mi estado de salud. Si a Vd. le es posible hacerme algún salario, que un día podré reintegrarle, y le agradeceré la [sic] haga. Por ahora, mi numerosa familia se mantiene como el pájaro, de lo que encuentra en el campo. Rogándole que no olvide cumplir mis deseos en cuanto pueda, le saluda con todo afecto

MIGUEL HERNÁNDEZ

P. D. Deme noticias de [Juvencio] Valle. No me fue posible verle en los breves días de mi estancia en Madrid.

Adiós.

[Cox, 27 de septiembre de 1939]

CARTA A JOSEFINA MANRESA

Josefina valiente:

Si has recibido dinero, ayuda a mi madre a enviarme comida; si no, nada. Ayúdate tú misma, que falta te hace, y a tu hijo y a tus hermanos. Estoy pasando más hambre que el perro de un ciego y que el [de] uno que ve, pero no tiene qué darle. Me alimentan los desprecios que me hacéis no dándome noticias de vuestra vida, que será casi la muerte con todo lo que nos ocurre. Pero todo pasa como el agua por el río, y esto también pasará fatalmente. Mientras, paciencia para mí y para mis padres y para ti, es lo que pido. Pero esta fiera hambre me hace pensar muchas cosas. A veces más malas que buenas, y paso mis malos ratos. Me siento aquí mucho peor que en Madrid. Allí nadie, ni los que no recibían nada, pasaban esta hambre que se pasa aquí, y no se veían por tanto las caras y las cosas y las enfermedades que en este edificio. A nuestros paisanos les interesa mucho hacerme notar el mal corazón que tienen, y lo estoy experimentando desde que caí en manos de ellos. No me perdonarán nunca los señoritos que haya puesto mi poca, o mi mucha inteligencia, mi poco o mi mucho corazón, desde luego mis

dos cosas más grandes que todos ellos juntos, al servicio del pueblo

de una manera franca y noble. Ellos preferirían que fuera un

sinvergüenza. Ni lo han conseguido ni lo conseguirán. Mi hijo

heredará de su padre, no dinero: honra. Pero no esa honrilla que se

consigue a fuerza de mentir y seguir la corriente de la peor gente

disfrazada de mejor. Tú sabes cuál es la honra que quiero para

nosotros y nuestro hijo: la de nuestro cariño y nuestra vida puestos

a su servicio y a su cuidado del modo más honroso.

MIGUEL

Abrazos y besos a todos. Miguel

[Orihuela, c. 30 de septiembre de 1939]

CARTA A JOSEFINA MANRESA

Mi querida esposa:

No quiero que pase el día de tu cumpleaños y el de nuestro hijo

sin que recibas algo mío. No es mucho lo que puedo mandarte, pero

ahí va. Tú lo aceptarás como si valiera más de lo que vale, y esa es

mi satisfacción. Hoy es el último día de Navidad y de pavo. Aún te

quedará alguna pata del mocoso animalillo por la pared de la casa.

Pero seguramente habrá sido sardina lo que has desplumado para

comer estos días. Me acuerdo mucho de todo esto, Josefina. Yo no

puedo quejarme. El día de Nochebuena me llegó, de la calle, un montón de cosas buenas, hasta turrón. Y cinco pesetas también de una buena señora. Hoy mismo tengo la talega llena de pan y fruta, y, si supiera que caía encima de esa casa, la tiraba como una piedra.

Llevo una vida de cerdo que avergüenza. Me dicen que estoy más grueso. No me agrada engordar, pero es mucho el pan que trago y es nada el hambre que paso. Es malo acostumbrarse a esta vida idiota: comer y... Después veremos si consigo desacostumbrarme. Dios quiera que sí. Porque, como me dé por comerlo sin trabajarlo como ahora, no sé, pero me parece que no vas a soltar la aguja en toda tu vida. El mismo día que eché mi anterior recibí la segunda tuya. Me alegra que te gusten mis dibujos y seguiré haciendo en vista de que te gustan. Dime si pones en la parte [de] atrás del niño la cabecera para los porrazos. Ya se habrá caído un montón de veces lo menos. Dime si anda mucho, si ha ido a Orihuela como su padre y si se parece a él o a ella en los andares. Y yo sin verlo, pensando que anda solamente. ¿Verdad que no hay derecho, nena? Si tú tienes ganas de que nos juntemos, figúrate qué tendrá tu pobre marido, solo y con piojos aquí. Paso algunos malos ratos, porque yo,

como mi hijo, no me acostumbro ni me acostumbraré a estarme quieto, a no moverme de un lado para otro, a no andar mucho al día. Aquí me doy unos paseos muy cortos. Como el patio es pequeño, paseándolo acabo mareado de dar vueltas y encontrarme siempre en el mismo lugar. Una de mis alegrías de aquí es ducharme. Con el agua me sereno y se me enfría un poco la sangre que me hierve, a pesar del invierno. No creas que paso frío. Tengo ropa suficiente, y me han traído, demás de la muda que me dejé este verano, un jersey que hace el bulto de cinco. He soñado contigo varias noches. No lo querrás creer, pero, unas noches antes de decirme tú que andaba Manolillo, lo soñé andando yo. Come mucho, que él se críe fuerte. Con sardina tú, él parecerá un sardinetillo, y el día de mañana lo sentirán sus huesos. Los tuyos ya lo sienten, nena hermosa. No sé cómo resistes tanto. Es la única suerte que vamos teniendo: que ni tú ni yo caemos enfermos. También a mis hijas les hace falta comida y también parecerán sardinetas. Quiero que me escriban, aunque las letras parezcan churros. Dime de vuestra vida. Mi asunto marcha, aunque no tan deprisa como tú pensabas. Y estos días de fiesta lo retrasan también. Pero ten la seguridad de

que antes de un par de meses nos besaremos con más fuerza que en la estación. Aún me suena el beso que me diste en la oreja.

Todas tus cosas me acompañan en esta soledad de franciscano que tengo. Aún te calentaré los pies esta primavera en nuestro catafalco.

Bastante los echo de menos, y bastante envidio a Manolillo, que se encarga de calentarte la cama. Te abraza

MIGUEL

[Madrid, 27 de diciembre de 1939]

CARTA A GERMÁN VERGARA DONOSO

Querido tío Germán:

El parentesco y la necesidad me fuerzan a pedirle una nueva ayuda. La necesito. No sé si le parecerá insolencia mi franqueza: creo que su comprensión profunda de mi situación hará que no le parezca tanto. Quisiera que a usted no le fueran gravosas mis peticiones y que, para suavizar la carga, llegara de Pablo [Neruda] algún envío.

¿Qué es de él y de Juvencio [Valle]? Estoy impaciente por saber de todos, y aquí la impaciencia raya en exasperación.

Yo también tengo ganas de conversar con usted largamente y de completar nuestro breve conocimiento. Que sea pronto. Haga usted todo lo posible porque así sea. Se prolonga excesivamente

esta situación mía. Necesito, como siempre, su colaboración cerca del juzgado.

Hasta siempre, le saluda con el respecto y la cordialidad que merece

MIGUEL HERNÁNDEZ

[Madrid, 5 de enero de 1940]

CARTA A JOSEFINA MANRESA

Mi muy querida esposa:

Con tu carta, que creía no recibir y que recibo hoy, a mi lado, me pongo a hablarte, que es lo mejor que hago. Es preciso, Josefina mía, que, cuando recibas esta, mi hijo esté bueno y tú también. No quiero creerme que Manolillo se ha quedado como nuestro otro hijo.

Quiero creer que exageras y que no es nada grave lo que tiene. Que lo vea un buen médico de niños, José María Ezcurra, por ejemplo, si sigue en Orihuela. No se lo lleves a uno de esos médicos para todo, sino a un especialista de niños. Que lo reconozca bien, recomiéndaselo mucho. Me extraña que le haya desaparecido la fiebre y que siga sin apetito. Supongo que no será la difteria, que esa enfermedad sí que es verdaderamente peligrosa y grave. La niña

cuya fotografía recibiste para Manolillo está con esa enfermedad y posiblemente no salga de ella. No creo que sea esa la enfermedad de nuestro hijo, puesto que ha echado todos los dientes con facilidad. Más bien creo que sea la falta de alimentación, y es preciso que le despiertes el apetito. Mira, nena: no lo sobes y le supliques que coma. Los niños se acostumbran a estas cosas y luego es muy difícil conseguir nada de ellos si no es de esta manera. Engáñalo alegremente, que te vea comer a ti con alegría, que no te vea llorar ni sufrir, que su naturaleza se contagia de tus sentimientos alegres o tristes fácilmente, y esto influye en su vida y en su organismo para siempre. Que no te vea afligida nunca, Josefina.

Házmelo fuerte de cuerpo y de alma: no me lo hagas caprichoso, desganado, irrazonable, egoísta, que el día de mañana no tengas que lamentarlo. Haz su gusto en todo lo que no sea perjudicial ni para su salud ni para su educación. No te desesperes con él, que él no se desespere contigo. Y, si está tan enfermo como me dices, que no lo creo, anímalo y ve con serenidad la causa de su enfermedad para no equivocarte y saber cómo hacerlo mejor para que se restablezca pronto. No te angusties, nena. Hay que saber hacer frente a todas estas dificultades de la vida. Si te dejas abatir

por los reveses, todo el mundo te hará juguete de sí y, débil ante todos y para todo, te atropellarán, te despreciarán y ni ellos ni tú habréis ganado nada bueno. No me harto de repetirte que dejes de ser angustiada y desanimada. Quisiera que tu hijo te viera siempre serena y alegre. Me dice la tía, que ha venido esta mañana, que es algo de gripe lo de Manolillo y que no es cierto que esté tan flaco como tú me dices. Sé que ella, naturalmente, quiere quitarle importancia a la cosa para no preocuparme. Y sé que no será lo que ella me dice ni tampoco lo que tú me escribes: ni tan bien ni tan mal estará el hijo de mi alma. A ver si llega el perro y tiene la virtud de ponerlo bueno. La tía está algo más delgada: ha venido acompañada por la señora amiga suya; me ha dejado las alpargatas y me traerá comida el próximo lunes. No hemos hablado muchas cosas por falta de tiempo, y para ti no le he dicho aún nada porque volverá, y entonces sí que le diré algo. Cosas buenas te diré cuando hablemos con la boca y no con la pluma. Me parece que no ha de pasar mucho tiempo para eso. Tengo confianza en que pronto hemos de vernos, y me has de dejar que te tenga un rato delante de mí mirándote bien a los ojos, como si fueras algo que no hubiera visto nunca. Estoy

preparando un abrazo y un beso muy grandes para Manolillo y para

ti. Y, como lo estoy preparando desde que nos dejamos de ver, fíjate

si serán fuertes y grandes. Ponme fuerte otra vez a ese hijo de

nuestra sangre, que lo encuentre tan hermoso y más que en la

fotografía. Me dice la tía que se parece a ti cada día más. Que sea

tan guapo como tú, pero que coma y ría más, como yo. Dime si le

has cortado el pelo. Córtaselo. Y dime cosas de tu vida, que la llevas

tan en silencio, que toda ella he de adivinarla. Me gusta adivinar tus

cosas, pero también me gustaría que me contaras tus penas y tus

alegrías con más frecuencia. Dime si te has vuelto a empeñar con las

almas del purgatorio, aunque la realidad del purgatorio la tengas ahí,

en la misma casa. Quiero saber alguna de las muchas cosas que

piensas y sientes al cabo del día. Que me escriban las pequeñas. Sé

que están gruesas y que siguen tan indomables como antes. Ya iré

por ahí si no vienes tú aquí. Espera siempre, que un día recibirás

una carta diciéndote que te espero con los brazos abiertos. Siempre

tengo los ojos puestos en vosotros. Siempre me acuerdo de la mujer

y del hijo que tengo en este mundo como en lo mejor. Te quiere, os

quiere, besa y abraza

MIGUEL

[Madrid, 7 de mayo de 1940]

CARTA A JOSEFINA MANRESA

Mi querida esposa:

Alégrate, Josefina. Me han juzgado y he firmado doce años y un día de prisión menor. No te miento.47 El fiscal pedía treinta, y al fin me han rebajado dieciocho. No es mucha edad doce años. Y a casi todos los condenados a esta pena los suelen poner pronto en libertad. Es posible que me trasladen a un campo de trabajo, o a un penal, donde me darán un pico, y en unos cuantos meses nos veremos juntos. Ha sido una verdadera suerte salir tan bien, y debes alegrarte. Yo estoy contento, a pesar de todo. Ya te contaré detalles del juicio. Oye, nena: me ha sorprendido encontrar tan alto a nuestro hijo. No está muy delgado y se ve que es fuerte. Tú tampoco estás mal, y te encuentro muy guapa, así como a Carmen, Gertrudis y Conchita. No se nota en la foto ni el hambre ni la pena, y eso me gusta. No pienses cosas tristes. Guárdame ese dulce, aunque se te seque con el tiempo caluroso. Le he buscado otra novia a Manolillo. En algo he de perder el tiempo, ya que no lo

puedo ganar con él y contigo por ahora. Pide salud y fortaleza a tus santos, para todos, y principalmente pan, que solo te dará el trabajo. Me da mucho orgullo tenerte por mujer y, si te haces más fuerte, aún me dará más. A vivir y a dormir sin preocupaciones, hija.

Todo tiene remedio y compostura en esta vida. No digas que tenemos mala suerte, que he visto muchos que la tienen peor. Ánimo, Josefina. Te dejo por necesidad. Adiós. Hasta la vista, Manolillo. Hasta pronto, Josefina. Os quiere

MIGUEL

[Madrid, 23 de julio de 1940]

ALOCUCIÓN EN EL PENAL DE OCAÑA48

Ya sabéis, compañeros en penas, fatigas y anhelos, que la palabra homenaje huele a estatua de plaza pública y a vanidad burguesa. No creo que nadie entre nosotros haya tratado de homenajear a nadie de nosotros hoy, al reunirnos, en la sabrosa satisfacción de comer en familia. Se trata de otra cosa. Y yo quiero que esta comida no dé motivo para pronunciar palabras de significación extraña a nuestro modo de ser revolucionario. Esta comida es justo premio a los muchos merecimientos hechos en su vida de espectros por uno de nosotros, durante los veinticinco días que ha conllevado consigo mismo, con la paciencia de un muerto

efectivo, allá, en la ultratumba de esta cárcel. El hambre que he traído de aquella tras-vida fantasmal a esta otra tras-vida real de preso: el hambre que he traído, y que no se me va de mi naturaleza, bien merece un recibimiento del tamaño de una vaca. Eso sí: como poeta, he advertido la ausencia del laurel... en los condimentos. Por lo demás, el detalle del laurel no importa, ya que para mis sienes siempre preferiré unas nobles canas.

Quedamos, pues, en que hoy me ha correspondido a mí ser pretexto para afirmar, sobre una sólida base alimenticia, nuestra necesidad de colaboración fraterna en todos los aspectos y desde todos los planos y arideces de nuestra vida. Hoy, que pasa el pueblo, quien puede pasar, por el trance más delicado y difícil de su existencia, aunque también el más aleccionador y probatorio de su temple, quiero brindar con vosotros. Vamos a brindar por la felicidad de este pueblo: por aquello que más se aproxime a una felicidad colectiva. Ya sabéis. Es preciso que brindemos. Y no tenemos ni vino ni vaso. Pero, ahora, en este mismo instante, podemos levantar el puño, mentalmente, clandestinamente y entrechocarlo. No hay vaso que pueda contener sin romperse la sola bebida que cabe en un

puño: el odio. El odio desbordante que sentimos ante estos muros representantes de tanta injusticia: el odio que se derrama desde nuestros puños sobre estos muros: que se derramará. El odio que ilumina con su enérgica fuerza vital la frente y la mirada y los horizontes del trabajador.

Pero, severamente, cuidaremos en nosotros que este odio no sea el del instinto y la pasión irrefrenada. Ese odio primigenio solo conduce a la selva. Y nuestro odio no es el tigre que devasta: es el martillo que construye.

Vamos, pues, a brindar.

[27 de diciembre de 1940]

CARTA A JOSEFINA MANRESA

Mi querida esposa:

Hoy, o ayer, habrás recibido mis primeras noticias desde Ocaña.

Si tú has pasado bien las Navidades, me llevaré una alegría muy grande. Yo las voy pasando bastante bien. Hoy he celebrado con los amigos mi llegada a esta, y la comida ha sido de hotel. No ha faltado ni turrón ni pasteles. Ya te enviaré el programa de la fiesta para que veas que, a pesar de todo, nos divertimos. Ya está a punto de ser construido el carro con caballo para mi niño. A ver si deja de jugar

con las piedras, y puede el hombrecito nuestro tener un recuerdo de

su padre. Tengo verdaderas ganas de saber de ti. Un mes entero sin

noticias es demasiado. Date prisa y dime muchas cosas. Estos días

quiero que los pases sin ninguna preocupación, felizmente de

verdad. Si no mandaste el pollo, no le mandes, y cómetelo el día

primero de año a mi salud. Josefina, dime cuándo podrás venir para

vernos. Aquí solo se comunica dos veces al mes. Ya te diría yo qué

día habrás de estar aquí y qué viaje habrás de hacer. Estoy

aguardando la fotografía. Todos me preguntan por ti y por Manolillo,

que tiene aquí a su suegro. Abrazos fuertes.

MIGUEL

[Ocaña, 27 de diciembre de 1940]

CARTA A JOSEFINA MANRESA

Mi querida Josefina:

Ayer, fin de año, he sabido de ti con alegría que imaginarás. Y

más grande ha sido viendo que estos días los has pasado con los

padres, y que el nieto se da cuenta de quiénes son sus abuelos, a

pesar de la poca frecuencia en verles. No ha sido otro el motivo de

mi incomunicación que el traslado. Es, lo que se llama en lenguaje

de prisión, el periodo, como cierto accidente mensual en la mujer.

He pasado veinticinco días completamente solo, en una celda no muy caliente por cierto, sin poder hablar con nadie y dedicado exclusivamente a pensar en las personas que más quiero en el mundo y a releer tus cartas de todo el tiempo que llevamos sin vernos. Cuando he salido de la celda, los amigos que me aguardaban, me han recibido con una comida que más bien era un banquetazo, y, además de turrón, jamón, pasteles, queso y frutas, ha habido cigarros puros y cigarrillos ingleses, y café moka. Dentro de unos días recibirás el menú completo, y verás los nombres de los amigos con los que me he reunido, gente toda ella conocida desde antes de la guerra y en ella misma. Después de esos veinticinco días nada agradables de pasar, con sus miguitas de frío, cabreamiento y apetito general, una comida así me ha rehecho. Desde luego, aquí me encuentro muy bien, mucho mejor que en Palencia, y solo me faltáis Manolillo y tú para sentirme feliz. Me conformaré por ahora con que me lleguéis en fotografía, y la espero hoy mismo con impaciencia. Me dice Fernando Fernández, hermano de Rafael Fernández, que además de las 150 pesetas de Vergara habrás recibido 50 más. Dímelo, así como todo lo que recibas y quién te lo envía para saber que no se pierde nada.

Ahora, otra cosa. Por ferrocarril puede perderse lo que envíes,

ya que no se permiten envíos de comestibles. Es, pues, conveniente

que lo hagas por correo, aunque sea en varios paquetes. Me agrada

tu idea de las mantecadas, y ya las espero con flato. Puedes

enviarme las mantecadas y dátiles. Naranjas venden aquí a peseta el

kilo. Y el pollo cómetelo a mi salud y la de todos nosotros.

Ya te diré cómo estás cuando te vea en la foto. Me gustaría que

pudieras reunir un capitalito para venir esta primavera. Ahora hace

mucho frío por aquí, y es mucho viaje para Manolillo y para ti. No sé

cuándo nos veremos. Porque ese capital te será muy difícil tenerlo si

no te ha tocado la lotería o no pones un puesto de miserias y penas,

que se vendan caras y dejen dinero al bolsillo.

Hoy es el santo de mi hijo y mañana hace veinticinco años que

viniste para mí a este mundo. Pero yo vine más que para ti, para

lugares como este en que me encuentro, Josefina. Pero yo te

aseguro que mi cariño a tu persona, nena, no se me va por eso, sino

que es el mismo aumentado cada día.

Recibirás con cierta frecuencia carta mía firmada tal vez por

algún amigo. Tú me contestarás siempre a mi nombre. Piensa y te

explicarás por qué hago esto.

¿Y tú qué dices, hijo? Ya me dirás si te gusta ese caballo y eso que te digo para tu cumpleaños. Pero te gustará muchísimo más el carro con el caballo de serrín que voy a enviarte dentro de poco, si no se pierde en el camino, como el perro. Bueno, Josefina y Manolillo, hasta la vuestra. Dime, Josefina, si lo pasas bien. Recibiréis con mi cariño tan grande, grandes abrazos.

MIGUEL

[Ocaña, 1 de enero de 1941]

CARTA A GERMÁN VERGARA DONOSO

Querido amigo:

Resulta que cada día se recrudece y agrava el hambre aquí, que cada día se nos reduce la substanciosa y pequeña ración a que venimos sometidos. El estado de desintegración física es signo general, y no pasa día sin que dejemos de ver salir en libertad, pero en una libertad completamente funeraria, a veces más de cuatro hombres. Sin su ayuda, posiblemente, que no podría contarle esto. Pero esta preciosa ayuda que, por tantos motivos, le reconozco eficacísima, es insuficiente. Las doscientas pesetas que nos suministra a mi familia y a mí, querido amigo, si en otro tiempo han suavizado nuestras miserias, hoy ya apenas alcanzan a calmar las

numerosas necesidades nuestras. Como no contamos con otros

recursos que los que Vd. nos proporciona, todas se resumen en una:

la de subsistir. Con fuerza de ánimo y voluntad, tanto mi esposa con

mi hijo como yo conservamos esto que todavía llamo salud.

Sabe V. que, a un precio de vergüenzas, se me hubiera

facilitado la libertad y no sería carne de cárcel. Felizmente aún no he

llegado a sentir mi profesión como un comercio. Y rechazo contraer

compromisos morales y materiales con quienes acechan la más

mínima debilidad y desolación más para ganarse su colaboración.

Emprender una ruta como cauce a nuestra existencia, o llegar hasta

el final o no haberla emprendido. ¿No es cierto, querido amigo?

Si puede ampliar su ayuda, hágalo, que me es muy necesaria.

Al mismo tiempo, para que no se prolongue en el tiempo la carga

que puede suponer para Vd., remita a Pablo [Neruda] la carta que le

adjunto. Se me hace preciso su colaboración en la ayuda que su

delicadeza y comprensión vienen realizando.

Si llega la ocasión de cumplir esa promesa de Vd. que me ha

hecho, aprovéchela. Conocerá mejor lo que apenas le expongo y

sobre si Vd. ve alguna salida más feliz a esta situación.

No tenga inconveniente en proporcionarme inyecciones y medicinas, cualesquiera que sean. Nuestro organismo anda necesitado de todo. Pero, en verdad, mejor recibo será cualquier especie alimenticia que abunde y sea de coste menor.

Esperar es profesión de hombre preso. Espero hablar con Vd., mientras le recuerdo y testimonio mi mucho afecto.

MIGUEL HERNÁNDEZ

[Ocaña, 1 de febrero de 1941]

CARTA A JOSEFINA MANRESA

Mi querida esposa:

Magdalenas, pan de higo, roscos, carta y fotografía están conmigo, lo que puede estar, que lo demás se ha ido por donde se había de ir. Las magdalenas, superiores, y los roscos, me recuerdan aquel pan que hacías cuando nos juntábamos en la otra casa. La fotografía, aunque es mala, no la rompo. Con ella me hago una idea de cómo estáis mi hijo y tú. Se ve muy bien que Manolillo está fuerte y hermoso y alto. Tiene una cabeza muy bonita, redonda, con tus ojos y tu boca, y tus orejas, y sigue pareciéndose a ti menos en la forma de la cara, que es mía. Veo que tiene el cuerpo ancho, muchos hombros y manos grandes para dar grandes bofetadas. Me gusta, me gusta verle así, veo que le cuidas y, en cambio, tú te

descuidas por completo. A ti te encuentro bastante cambiada, Josefina. Se te ha ido aquella expresión de chiquilla que tenías y se nota en todos tus rasgos un gesto de mujer madura. Estos años últimos te han hecho mujer a fuerza de combatirte. Además, estás más delgada. Hay que reponerse, hija. Supongo que ya no podrás llevar en brazos a ese cachalote de niño, que pesará ya más de 15 kilos. Y, si no te repones, llegará pronto el día en que haya él de llevarte a ti, si yo no voy antes. Nena, no creo que marche tu negocio de harinas tan bien que permita enviar con frecuencia paquetes como los dos que me has enviado. Falta hacen, pero más a ti que a mí. Si Vergara te hubiera enviado el dinero, menos mal. Pero con tan poca cosa como son 25 duros y lo que tú ganas, que no será mucho, no debes enviarme nada. Y mira, nena, que te lo digo con todo el dolor de mi cucharón, porque las magdalenas me han gustado, pero los roscos más. Además, las magdalenas son artículo de lujo para estos tiempos, y el estómago, cuando se le da bocado fino, protesta, sobre todo cuando está acostumbrado a la zanahoria y la berza cocidas. Cuando recibas otra vez dinero de Madrid, me harás otra vez roscos, pero pruébalos y manda uno a medio comer por mi niño y por ti, y me gustará más que los otros. Sabrás que he

escrito a Vicente [Aleixandre] y también le digo que la solicitud está

en el Consejo Superior de Justicia Militar. Ya te he dicho que los

juguetes los llevará la tía. De salir no hablemos por ahora. Tengo

esperanzas, las de todos y algunas más, pero no sé nada concreto.

Ya te diré cuando sepa algo, Josefina. De diversiones anda esto mal.

Los libros son la única diversión posible, y los libros me aburren a

ratos. No espero divertirme más que cuando estemos mi hijo, tú y

yo juntos. Me distraigo fumando cuando tengo tabaco y paseando

por el patio con los compañeros cuando hace buen tiempo, que no

lo hace nunca. El pelo, que me ha crecido un poco, voy a seguir

dejándole crecer hasta ver si vienes esta primavera. Si no, ya sabes:

al rape, otra vez. Hasta que no agote todas las posibilidades que

encuentre para que vengas a Madrid, no me doy por vencido,

Josefina. Os abraza y quiere

FERNANDO JOSEFINA, MANOLILLO,

JOSEFINA MIGUEL Y MIGUEL

[Ocaña, 27 de febrero de 1941]

Carta a Vicente Aleixandre

¿Qué hay, Vicente? Sí, sí me ha llegado tu paquete y lo de Víctor

[González Gil],49 todo junto. No creo que haya faltado nada por la

relación que me dabas de las cosas y las dos cajas de mermelada, chocolate y pan de higo de vuestro escultor sagrado han sido una sorpresa, porque desde hace año y medio no sabía nada de él. El pan, si realmente me sienta mal, mándamelo, que a mí no me sientan mal ni las cortezas de habas ni los nabos, el pan es de lo más valioso aquí. Los días en que reglamentariamente está permitido recibir comida son los 2, 10, 17 y 25 de cada mes. Por otro ordinario que no sea. Trigo, también está permitido recibir los demás días, ya que, por excepción y por no sé qué causa, se ha prohibido a este la entrega de paquetes de las fechas que corresponden a cada sala. Para evitar embalajes y gastos de tela, sería conveniente enviar un talego que devolvería en el mismo ordinario. El único inconveniente que sufren las conservas es el de ser revisadas en el economato y no se entregan cuando llegan. Desde luego enviad aquello que sea de menor costo. Mi niño está hermoso: lo sé bien por una foto que tengo de hace tres meses. La que tú tienes es de cuando solo contaba catorce meses. Dice Josefina que se parece a mí cada día que pasa. Ya correrás con él algún día. Es lo que me digo a mí también.

Es una auténtica burocracia, por no llamarle más, esa rutina de habilitado. Apremiadle a que reproduzca la instancia y que se deje de retóricas covachuelistas. A ver si es posible que esas niñas

cobren

lo que tanto precisan. Puedes enviar sellos: recibí los de Carlos.

Cuando se conoce un amigo de verdad qué difícil es olvidarlo,

aunque se quiera. Ahora ya sabes que Josefina también te tiene

afecto, y estoy seguro de que, a la persona que ella quiere o no

quiere, no sabe negar su buena o mala voluntad. Abrazos para

Carlos [Rodríguez-Spiteri],50 Víctor, [José Antonio] Muñoz Rojas.51

Ya hablaremos, Vicente, ya hablaremos. Te abraza fuerte también

MIGUEL

[Ocaña, 29 de abril de 1941]

Carta a Josefina Manresa52

Mi querida esposa:

Tengo alegría para toda la semana con la que nuestro niño me

ha dado hoy hablándome y riéndose tanto. Ya me conoce muy bien,

y el día 24 del próximo mes no le extrañará estar conmigo. Josefina,

escribe a Vicente y le dices que he recibido su tarjeta. Josefina, te

he encontrado algo mejor que la semana pasada, nena. Ese dolor de

cabeza es de tanto preocuparte. Yo no quiero pensar en otra cosa

que en mi hijo y en ti, y, cuando no hago eso, me lo paso

estudiando inglés. Ya sé decir «all right» y algunas cositas más.

Cuando hablemos despacio y sin gritos, Josefina, te hablaré en varios idiomas cuando no quiera que me entiendan. Las judías, a propósito, estaban estupendas. No me mandes fruta, y, si me mandas, que sea más barata. ¿A cómo están los membrillos? Abrazos para Elvira y compañía. Mi hijo y mi hija recibid mi cariño.

MIGUEL

[Alicante, 16 de agosto de 1941]

SELECCIÓN DE CANCIONERO Y ROMANCERO

DE AUSENCIAS

(1939 - 1941)

El cementerio está cerca
de donde tú y yo dormimos,
entre nopales azules,
pitas azules y niños
que gritan vívidamente
si un muerto nubla el camino.
De aquí al cementerio, todo
es azul, dorado, límpido.
Cuatro pasos, y los muertos.
Cuatro pasos, y los vivos.
Límpido, azul y dorado,
se hace allí remoto el hijo.

[en Cancionero y romancero

de ausencias (1978)]

Cuerpo del amanecer:

flor de la carne florida.

Siento que no quiso ser

más allá de flor tu vida.

Corazón que en el tamaño

de un día se abre y se cierra.

La flor nunca cumple un año,

y lo cumple bajo tierra.53

[en Cancionero y romancero

de ausencias (1978)]

La despedida

siempre es una agonía.

Ayer nos despedimos.

Ayer agonizamos.

Tierra en medio.

Hoy morimos.

[en Cancionero y romancero

de ausencias (1978)]

Por eso las estaciones

saben a muerte, y los puertos.

Por eso cuando partimos

se deshojan los pañuelos.

Cadáveres vivos somos

en el horizonte, lejos.

[en Cancionero y romancero

de ausencias (1978)]

Llegó con tres heridas:

la del amor,

la de la muerte,

la de la vida.

Con tres heridas viene:

la de la vida,

la del amor,

la de la muerte.

Con tres heridas yo:

la de la vida,

la de la muerte,

la del amor.

[en Cancionero y romancero

de ausencias (1978)]

Ausencia en todo veo:

tus ojos la reflejan.

Ausencia en todo escucho:

tu voz a tiempo suena.

Ausencia en todo aspiro:

tu aliento huele a hierba.

Ausencia en todo toco:

tu cuerpo se despuebla.

Ausencia en todo pruebo:

tu boca me destierra.

Ausencia en todo siento:

ausencia, ausencia, ausencia.

[en Cancionero y romancero

de ausencias (1978)]

Llevadme al cementerio

de los zapatos viejos.

Echadme a todas horas

la pluma de la escoba.

Sembradme con estatuas

de rígida mirada.

Por un huerto de bocas,

futuras y doradas,

relumbrará mi sombra.

[en Cancionero y romancero

de ausencias (1978)]

Muerto mío, muerto mío:

nadie nos siente en la tierra

donde haces caliente el frío.

[en Cancionero y romancero

de ausencias (1978)]

La vejez en los pueblos.

El corazón sin dueño.

El amor sin objeto.

La hierba, el polvo, el cuervo.

¿Y la juventud?

En el ataúd.

El árbol solo y seco.

La mujer como un leño

de viudez sobre el lecho.

El odio sin remedio.

¿Y la juventud?

En el ataúd.

[en Cancionero y romancero

de ausencias (1978)]

Era un hoyo no muy hondo.

Casi en la flor de la sombra.

No hubiera cabido un hombre
en su oscuridad angosta.
Contigo todo fue anchura
en la tierra tenebrosa.
Mi casa contigo era
la habitación de la bóveda.
Dentro de mi casa entraba
por ti la luz victoriosa.
Mi casa va siendo un hoyo.
Yo no quisiera que toda
aquella luz se alejara
vencida, desde la alcoba.
Pero cuando llueve, siento
que las paredes se ahondan,
y reverdecen los muebles,
rememorando las hojas.
Mi casa es una ciudad
con una puerta a la aurora,
otra más grande a la tarde,
y a la noche, inmensa, otra.
Mi casa es un ataúd.
Bajo la lluvia redobla.

Y ahuyenta las golondrinas

que no la quisieran torva.

En mi casa falta un cuerpo.

Dos en nuestra casa sobran.

[en Cancionero y romancero

de ausencias (1978)]

A MI HIJO

Te has negado a cerrar los ojos, muerto mío,

abiertos ante el cielo como dos golondrinas:

su color coronado de junios ya es rocío

alejándose a ciertas regiones matutinas.

Hoy, que es un día como bajo la tierra, oscuro,

como bajo la tierra, lluvioso, despoblado,

con la humedad sin sol de mi cuerpo futuro,

como bajo la tierra quiero haberte enterrado.

Desde que tú eres muerto no alientan las mañanas,
al fuego arrebatadas de tus ojos solares:
precipitado octubre contra nuestras ventanas,
diste paso al otoño y anocheció los mares.
Te ha devorado el sol, rival único y hondo,
y la remota sombra que te lanzó encendido
te empuja luz abajo llevándote hasta el fondo,
tragándote; y es como si no hubieras nacido.
Diez meses en la luz, redondeando el cielo,
sol muerto, anochecido, sepultado, eclipsado.
Sin pasar por el día se marchitó tu pelo;
atardeció tu carne con el alba en un lado.
El pájaro pregunta por ti, cuerpo al oriente,
carne naciente al alba y al júbilo precisa;
niño que solo supo reír, tan largamente,
que solo ciertas flores mueren con tu sonrisa.
Ausente, ausente, ausente como la golondrina,
ave estival que esquiva vivir al pie del hielo:
golondrina que a poco de abrir la pluma fina,
naufraga en las tijeras enemigas del vuelo.
Flor que no fue capaz de endurecer los dientes,
de llegar al más leve signo de la fiereza.

Vida como una hoja de labios incipientes,

hoja que se desliza cuando a sonar empieza.

Los consejos del mar de nada te han valido...

Vengo de dar a un tierno sol una puñalada,

de enterrar un pedazo de pan en el olvido,

de echar sobre unos ojos un puñado de nada.

Verde, rojo, moreno: verde, azul y dorado;

los latentes colores de la vida, los huertos,

el centro de las flores a tus pies destinado,

de oscuros negros tristes, de graves blancos yertos.

Mujer arrinconada: mira que ya es de día.

(¡Ay, ojos sin poniente por siempre en la alborada!)

Pero en tu vientre, pero en tus ojos, mujer mía,

la noche continúa cayendo desolada.

[en Cancionero y romancero

de ausencias (1978)]

Tristes guerras

si no es amor la empresa.

Tristes. Tristes.

Tristes armas

si no son las palabras.

Tristes. Tristes.

Tristes hombres

si no mueren de amores.

Tristes. Tristes.

[en Cancionero y romancero

de ausencias (1978)]

Guerra

Todas las madres del mundo

ocultan el vientre, tiemblan,

y quisieran retirarse

a virginidades ciegas,

el origen solitario

y el pasado sin herencia.

Pálida, sobrecogida

la fecundidad se queda.

El mar tiene sed y tiene

sed de ser agua la tierra.

Alarga la llama el odio

y el amor cierra las puertas.

Voces como lanzas vibran,

voces como bayonetas.

Bocas como puños vienen,

puños como cascos llegan.

Pechos como muros roncos,

piernas como patas recias.

El corazón se revuelve,

se atorbellina, revienta.

Arroja contra los ojos

súbitas espumas negras.

La sangre enarbola el cuerpo,

precipita la cabeza

y busca un hueco, una herida

por donde lanzarse afuera.

La sangre recorre el mundo

enjaulada, insatisfecha.

Las flores se desvanecen

devoradas por la hierba.

Ansias de matar invaden

el fondo de la azucena.

Acoplarse con metales

todos los cuerpos anhelan:

desposarse, poseerse

de una terrible manera.

Desaparecer: el ansia

general, creciente, reina.

Un fantasma de estandartes,
una bandera quimérica,
un mito de patrias: una
grave ficción de fronteras.
Músicas exasperadas,
duras como botas, huellan
la faz de las esperanzas
y de las entrañas tiernas.
Crepita el alma, la ira.
El llanto relampaguea.
¿Para qué quiero la luz
si tropiezo con tinieblas?
Pasiones como clarines,
coplas, trompas que aconsejan
devorarse ser a ser,
destruirse, piedra a piedra.
Relinchos. Retumbos. Truenos.
Salivazos. Besos. Ruedas.
Espuelas. Espadas locas
abren una herida inmensa.
Después, el silencio, mudo
de algodón, blanco de vendas,

cárdeno de cirugía,

mutilado de tristeza.

El silencio. Y el laurel

en un rincón de osamentas.

Y un tambor enamorado,

como un vientre tenso, suena

detrás del innumerable

muerto que jamás se aleja.

[en Cancionero y romancero

de ausencias (1978)]

NANAS DE LA CEBOLLA

Dedicadas a su hijo, a raíz de recibir una carta

de su mujer en la que le decía que no comía

más que pan y cebolla.

La cebolla es escarcha

cerrada y pobre:

escarcha de tus días

y de mis noches.

Hambre y cebolla:

hielo negro y escarcha

grande y redonda.

En la cuna del hambre

mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba.
Pero tu sangre
escarchada de azúcar,
cebolla y hambre.
Una mujer morena,
resuelta en luna,
se derrama hilo a hilo
sobre la cuna.
Ríete, niño,
que te tragas la luna
cuando es preciso.
Alondra de mi casa,
ríete mucho.
Es tu risa en los ojos
la luz del mundo.
Ríete tanto
que en el alma, al oírte,
bata el espacio.
Tu risa me hace libre,
me pone alas.

Soledades me quita,

cárcel me arranca.

Boca que vuela,

corazón que en tus labios

relampaguea.

Es tu risa la espada

más victoriosa.

Vencedor de las flores

y las alondras.

Rival del sol,

porvenir de mis huesos

y de mi amor.

La carne aleteante,

súbito el párpado,

y el niño como nunca

coloreado.

¡Cuánto jilguero

se remonta, aletea,

desde tu cuerpo!

Desperté de ser niño.

Nunca despiertes.

Triste llevo la boca.

Ríete siempre.
Siempre en la cuna,
defendiendo la risa
pluma por pluma.
Ser de vuelo tan alto,
tan extendido,
que tu carne parece
cielo cernido.
¡Si yo pudiera
remontarme al origen
de tu carrera!
Al octavo mes ríes
con cinco azahares.
Con cinco diminutas
ferocidades.
Con cinco dientes
como cinco jazmines
adolescentes.
Frontera de los besos
serán mañana,
cuando en la dentadura
sientas un arma.

Sientas un fuego

correr dientes abajo

buscando el centro.

Vuela, niño, en la doble

luna del pecho.

Él, triste de cebolla.

Tú, satisfecho.

No te derrumbes.

No sepas lo que pasa

ni lo que ocurre.

[en Cancionero y romancero

de ausencias (1978)]

Cuerpos, soles, alboradas,

cárceles y cementerios,

donde siempre hay un pedazo

de sombra para mi cuerpo.

[en Cancionero y romancero

de ausencias (1978)]

Muerto mío.

Te has ido con el verano.

¿Sientes frío?

[en Cancionero y romancero

de ausencias (1978)]

OTROS POEMAS

No sigas muerto:

retrocede a la vida.

(¿Retrocede la lluvia?

¿Retrocedería?)

[c. 1939-1941]

CANTAR

Es la casa un palomar

y la cama, un jazminero.

Las puertas, de par en par,

y, en el fondo, el mundo entero.

El hijo, tu corazón

madre que se ha engrandecido.

Dentro de la habitación

todo lo que ha florecido.

El hijo te hace un jardín,

y tú has hecho al hijo, esposa,

la habitación del jazmín,

el palomar de la rosa.

Alrededor de tu piel

ato y desato la mía.

Un mediodía de miel
rezumas: un mediodía.
¿Quién en esta casa entró
y la apartó del desierto?
Para que me acuerde yo,
alguien que soy yo y ha muerto.
Viene la luz más redonda
a los almendros más blancos.
La vida, la luz se ahonda
entre muertos y barrancos.
Venturoso es el futuro,
como aquellos horizontes
de pórfido y mármol puro
donde respiran los montes.
Arde la casa encendida
de besos y sombra amante.
No puede pasar la vida
más honda y emocionante.
Desbordadamente sorda
la leche alumbra tus huesos.
Y la casa se desborda
con ella, el hijo y los besos.

Tú, tu vientre caudaloso,

el hijo y el palomar.

Esposa, sobre tu esposo

suenan los pasos del mar.

(c. 1939-1941)

Con dos años, dos flores

cumples ahora.

Dos alondras llenando

toda tu aurora.

Niño radiante:

va mi sangre contigo

siempre adelante.

Sangre mía, adelante,

no retrocedas.

La luz rueda en el mundo,

mientras tú ruedas.

Todo te mueve,

universo de un cuerpo

dorado y leve.

Herramienta es tu risa,

luz que proclama

la victoria del trigo

sobre la grama.

Ríe. Contigo

venceré siempre al tiempo

que es mi enemigo.

[1941]

NIÑO

(1939-1941)

Rueda que irás muy lejos.

Ala que irás muy alto.

Torre del día eres,

del tiempo y el espacio.

Niño: ala, rueda, torre.

Pie. Pluma. Espuma. Rayo.

Ser como nunca ser.

Alborear del pájaro.

Eres mañana. Ven

con todo de la mano.

Eres mi ser que vuelve

hacia su ser más claro.

El universo eres,

que gira esperanzado.

Pasión del movimiento:

la tierra es tu caballo.

Cabálgala. Domínala.

Y brotará en su casco

su piel de vida y muerte,

de sombra y luz, piafando.

Asciende, rueda, vuela,

creador del alba y mayo.

Alumbra. Ven. Y colma

el fondo de mis brazos.

[1941]

Desenterrar vivos.

Yo avivar,

tú parir muertos:

eso haces, mujer,

cuando te acuestas.

Eso hacemos.

[c. 1941]

Písame,

que ya no me quejo.

Ódiame,

que ya no lo siento.

No me olvides,

que aún te recuerdo

debajo del plomo

que embarga mis huesos.

[c. 1941]

CASIDA DEL SEDIENTO

Arena del desierto

soy: desierto de sed.

Oasis es tu boca

donde no he de beber.

Boca: oasis abierto

a todas las arenas del desierto.

Húmedo punto en medio

de un mundo abrasador,

el de tu cuerpo, el tuyo,

que nunca es de los dos.

Cuerpo: pozo cerrado

a quien la sed y el sol han calcinado.

[Ocaña, mayo de 1941]

CARTA A JOSEFINA MANRESA

Josefina, si hace buen día, te espero de una a una y media. Hazme

un guisado de pescado blanco, con una patata sola y como una taza

de caldo que esté aceitoso. No me mandes nada más de comer. Las

dos lecheras de sustancia, desde luego, que no falten. Procura que

el guisado venga hirviendo para comerle algo caliente. Si hace mal

día, no vengas, que el médico me ha dicho ayer que debiera esperar

dos o tres días. Pero yo quiero ver a mi hijo y a mi hija y dar al

primero un caballo y un libro con dos cuentos que le he traducido

del inglés.

Bueno, nena, hasta luego. Está haciéndose de día y creo que

habrá sol. Besos para mi niño. Te abraza

MIGUEL

[Alicante, c. 5 de enero de 1942]

CUENTOS PARA MANOLILLO54

El potro obscuro

Una vez había un potro obscuro. Su nombre era Potro-Obscuro.

Siempre se llevaba a los niños y a las niñas a la gran ciudad del

sueño.

Se los llevaba todas las noches. Todos los niños y las niñas

querían montar sobre el Potro-Obscuro.

Una noche encontró a un niño.

El niño dijo:

¡Llévame, caballo

pequeño,

a la gran ciudad

del sueño!

—¡Monta! —dijo el Potro-Obscuro.

Montó el niño y fueron galopando, galopando, galopando.

Pronto encontraron en el camino a una niña.

La niña dijo:

¡Llévame, caballo pequeño,

a la gran ciudad del sueño!

—¡Monta a mi lado! —dijo el niño.

Montó la niña y fueron galopando, galopando, galopando.

Pronto encontraron en el camino a un perro blanco.

El perro blanco dijo:

¡Guado, guado, guaguado!

¡A la gran ciudad del sueño

quiero ir montado!

—¡Monta! —dijeron los niños.

Montó el perro blanco y fueron galopando, galopando,

galopando.

Pronto encontraron en el camino a una gatita negra.

La gatita dijo:

¡Miaumido, miaumido,

miaumido!

¡A la gran ciudad del sueño

quiero ir, ya

ha obscurecido!

—¡Monta! —dijeron los niños y el perro blanco.

Montó la gatita negra, y fueron galopando, galopando, galopando.

Pronto encontraron en el camino a una ardilla gris.

La ardilla gris dijo:

¡Llévenme ustedes,

por favor,

a la gran ciudad del sueño,

donde no hay pena

ni dolor!

—¡Monta! —dijeron los niños, el perro blanco y la gatita negra.

Montó la ardilla gris y fueron galopando, galopando, galopando.

Galopando y galopando hicieron leguas y leguas de camino.

Todos eran muy felices. Todos cantaban, y cantaban y cantaban.

El niño dijo:

—¡Deprisa, deprisa, Potro-Obscuro! ¡Ve más deprisa! —Pero el Potro-Obscuro iba despacio, despacio, despacio.

Había llegado a la gran ciudad del sueño.

Los niños, el perro blanco, la gatita negra y la ardilla gris estaban dormidos. Todos estaban dormidos al llegar Potro-Obscuro a la Gran Ciudad del Sueño.

El conejito

A un conejito se le ocurrió echar a correr.

Corría y corría, y no dejaba de correr.

Corría tanto que pronto se encontró frente a un huerto cercado.

—Este debe [de] ser un huerto muy rico porque está cercado —dijo el conejito—. Yo quiero entrar. Veo un agujero, pero no sé si podré entrar por él.

¡Hop! ¡Hop! ¡Hop!

Sí que pudo entrar el conejito en el huerto por aquel agujero que había visto. Y una vez dentro, se sintió feliz.

—Aquí tengo yo una buena comida. ¡Menudo atracón voy a darme!

El animalito se puso a comer, y no se cansaba de comer en las berzas, en las habas y en las coles.

Comió durante todo el día. Y así que el día llegó a su fin, dijo el conejito:

—Ahora debo marchar a casa. En casa me aguarda mi madre.

Se me había olvidado mientras comía.

Tres veces intentó salir por el pequeño agujero y no lo consiguió ni en la primera ni la segunda ni la tercera vez.

—Ay, madre mía —gritó—. No puedo salir. Este agujero es demasiado pequeño. Me he pasado el día comiendo y ahora estoy demasiado grueso. ¡Ay, que no puedo salir! Ay, madre mía.

En esto llegó un perro al huerto y vio al conejito.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! —dijo—. Hoy estoy de broma y veo un conejo. Voy a bromear con él.

Echó a correr el perro bromista derecho al conejito.

—Un perro viene —dijo asustado—. ¡Un perro viene! ¡Con lo poco que a mí me gustan los perros! Yo debo salir de aquí. ¡Ay, madre mía!

El conejito corrió, y corriendo vio un agujero grande.

—Por aquí me escapo —dijo—. A mí no me gustan los perros. Ya estoy fuera del huerto y lejos de los colmillos del perro. ¡Gracias a mi vista y a mis patas!

Efectivamente, cuando el perro salió por el agujero grande detrás del conejito, este ya se encontraba en los brazos de su madre, en la madriguera. Y su madre le reñía diciendo:

—Eres un conejo muy loco. Me vas a matar a sustos. ¿Qué has

hecho por ahí todo el día?

Y el conejito, avergonzado, se rascó la barriga.

Un hogar en el árbol

Un día Nita vio un nido en el árbol que había junto a su ventana.

—¡Toñito! —dijo a su hermano—. Se ve un nido en el árbol. Y dentro hay huevos. ¡Uno, dos, tres, cuatro huevos!

En esto, vino un pájaro loco al árbol, se fue derecho al nido y se sentó sobre los huevos.

—¡Mira! ¡Mira! —dijo Toñito—. Hay un pájaro. Es el pájaro madre.

—¡Sí! —dijo Nita—. Yo veo al pájaro padre también. ¡Qué feliz es!

Una mañana Toñito dijo: «¡Ven conmigo, Nita! Mira el nido ahora».

Nita miró el nido. Adivina qué vio dentro.

—¡Oooooh! —dijo la niña—. ¡Uno, dos, tres, cuatro pájaros pequeñitos! ¡Qué graciosos pájaros tan pequeñitos!

Pronto los pajaritos se hicieron grandes. Y querían volar.

—¡Mira! —dijo uno de ellos a los otros—. Yo puedo volar. ¿Queréis verme volar?

¡Hop, hop, hop! Y el pajarito que quería volar cayó en tierra al

intentarlo.

Vino el pájaro madre. Y también vino el pájaro padre. Ellos no podían ayudar a su hijito, que se les había escapado del nido.

Pero Nita le cogió al pie del árbol.

—¡Ven aquí, Toñito! —dijo la niña—. Este pequeñito cayó del nido. Nosotros debemos ayudarle.

Tomó Toñito el pequeño pájaro, subió con él delicadamente sobre el árbol y lo puso dentro del nido.

Un día el pájaro padre dijo:

—¡Venid, venid, venid, hijitos míos, pajarillos de mi corazón! Ahora ya podéis volar. ¡Volad, volad conmigo!

El pájaro madre también dijo:

—¡Volad, niñitos míos y del aire! ¡Volad, volad conmigo!

Y los cuatro pajarillos echaron a volar. Y el pájaro padre iba delante. Y el pájaro madre iba detrás.

Nita y Toñito les despidieron gritando:

Hasta la vuelta, pequeñuelos,
y que no os vayáis a perder
en las estrellas de los cielos.
Venid siempre al atardecer.

La gatita Mancha y el ovillo rojo

Había un ovillo en el costurero. Era un ovillo muy grande y muy

rojo. Era un ovillo muy bonito. La gatita Mancha dijo al verlo:

¡Miaumero! ¡Miaumero!

Una pelota roja.

Yo la quiero. Yo la quiero,

aunque me quede coja.

Yo llegaré hasta el costurero.

El costurero está muy alto.

Pero todo será cuestión

de dar valientemente un salto

aunque me lleve un coscorrón.

Saltó la gatita Mancha. Cayó dentro del costurero. El costurero,

el ovillo rojo y la gatita Mancha cayeron de la mesa y rodaron por el

suelo.

Dijo la gatita:

¡Miaumiar! ¡Miaumiar!

¡Yo no puedo correr!

¡Yo no puedo saltar!

¡Yo no puedo ni un pelo mover!

¿Quién me quiere ayudar?

Al oírla, vino Ruizperillo. Y vino su madre. Y la hermanita de

Ruizperillo también vino. Y toda la familia de Ruizperillo vino a ver a

la gatita Mancha enredada en el ovillo. Todos reían viéndola cada vez más enredada en el algodón del ovillo rojo.

La madre de Ruizperillo dijo:

Mancha, Manchita,
usted está de broma.
Ahora necesita
mi ayuda, gatita, paloma.
Este ovillo
no es para una gata pequeña,
sino para una que enseña
viejo el solomillo,
vieja la nariz y aguileña.
No sabe usted
bordar ni coser,
gatita de dientes
y uñas de alfiler.

Toda la familia de Ruizperillo rio hasta que la gatita Mancha salió de su cárcel de algodón. Entonces, Ruizperillo dejó en el suelo su pelota de goma para que Mancha jugara con ella. Y la gatita echó a correr asustada y diciendo:

¡Fus! ¡Fus! ¡Parrafús!

Porque el gato más valiente, si sale escaldado un día,

huye del agua caliente,

pero, además, de la fría.

[1941-1942]

CARTA A GERMÁN VERGARA DONOSO

Mi querido padre político:

Convaleciente de unas fiebres tifoideas, me apresuro a escribirle para que sepa que mi afecto hacia V. no ha cesado, así como el de Josefina. En estos cincuenta días que llevo recluido en cama le he recordado más que siempre por las necesidades apremiantes que la

enfermedad ha acumulado sobre mi cabeza.

Hoy la situación, querido padre, es más precaria que hasta aquí ha sido. Por tanto, le ruego no retrase el giro que tiene por costumbre enviar mensualmente. Si sabe algo de Pablo [Neruda], hágamelo saber. Y, como siempre, aguardo noticias directas suyas.

No me es posible extenderme más. Le deseo la salud que a mí me falta. Y le abrazo.

MIGUEL

[Alicante, 19 de enero de 1942]

CARTA A CARLOS RODRÍGUEZ-SPITERI

Mi querido hermano político:

Vicente [Aleixandre] me anticipó la noticia de tu padre y mío. El proceso tan rápido de la enfermedad y su desenlace te habrán sorprendido y herido doblemente. A mí me ha sucedido así. Todo pasa y todo queda.

Como verás, te escribo con una letra de garabato. Y es que, al desaparecer las tifoideas, en su proceso lentísimo, se ha puesto de relieve un gran relajamiento pulmonar. Ha empezado a funcionar el calcio, y el médico me dice que me sobrealimente. Esto va a ser lo que no va a poder ser. Esperando todavía el dinero de Vergara, a quien he escrito, se marcha hoy [Josefina] a Cox, con el niño enfermo y sin recursos, para permanecer cerca de mí. La asistencia de mi hermana [Elvira] es nula.

Como verás, el panorama es espléndido. Por suerte, aún no se me ha despertado el apetito. Di a Vicente que siempre le tengo en mi mundo —y en primer término—. Consuélate de todo, y lo importante, que no hay nada importante, es dar una solución hermosa a la vida.

Te abraza

MIGUEL

[Alicante, 26 de enero de 1942]

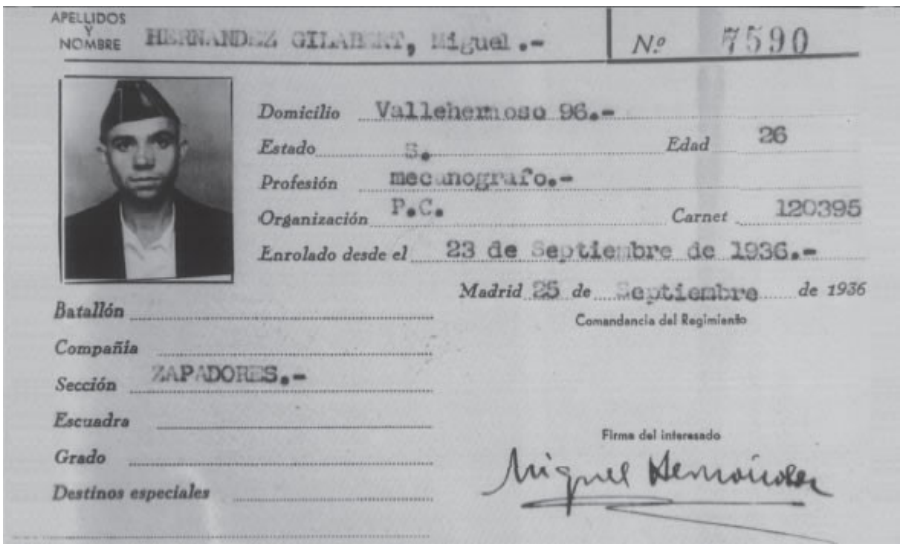
NOTA A JOSEFINA MANRESA

Manda una caja de inyecciones BRONQUIMAR.

[Alicante, 27 de marzo de 1942]

Miguel Hernández leyendo unas cuartillas en el homenaje a Ramón Sijé en

Orihuela, 14 de abril de 1936. © AESA.


APELLIDOS Y NOMBRE HERNANDEZ GILABERT, Miguel.- Nº 7590

Domicilio Vallehermoso 96.-

Estado S. Edad 26

Profesión mecanografo.-

Organización P.C. Carnet 120395

Enrolado desde el 23 de Septiembre de 1936.-

Madrid 25 de Septiembre de 1936

Comandancia del Regimiento

Batallón

Compañía

Sección ZAPADORES.-

Escuadra

Grado

Destinos especiales

Firma del interesado

Miguel Hernández

Cédula militar, en la que se consigna su militancia en el Partido Comunista, 25 de

septiembre de 1936. © Ministerio de Cultura y Deporte - Gobierno de España.

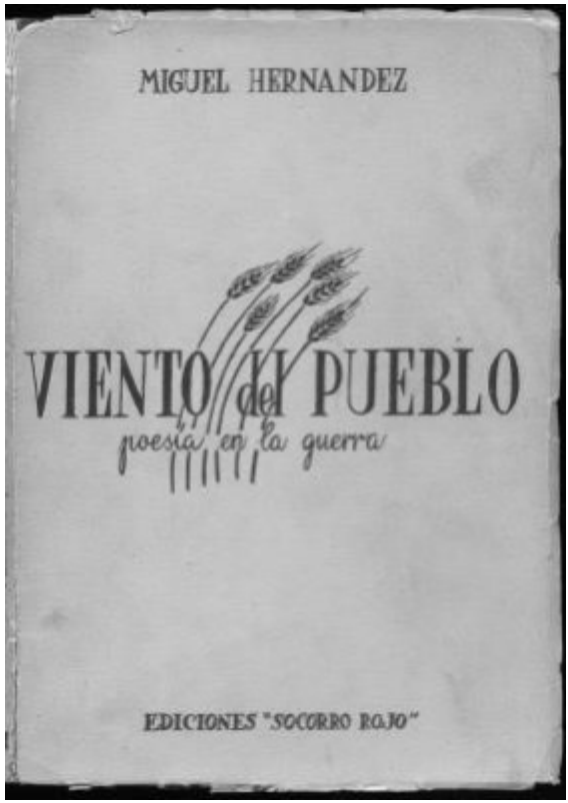
PHILIPS

En una intervención en la emisora del 5.º Regimiento, 4 de

diciembre de 1936. ©

Archivo ABC.

Con Josefina Manresa, junio de 1937. © EFE.



Cubierta de Viento del pueblo, septiembre de 1937. © AESA.

Canción del esposo soldado

He poblado tu vientre de amor y sememtera,
he prolongado el eco de sangre a que respondo,
y espero sobre el surco como el arado espera:
he llegado hasta el fondo.

Morena de altas torres, alta luz y ojos altos,
esposa de mi piel, gran trago de mi vida,
tus pechos locos crecen hacia mí dando saltos
de cierva concebida.

Ya me parece que eres un cristal delicado,
temo que te me rompas al más leve tropieza,
y a reforzar tus venas con mi piel de soldado
fuera como el cerezo.

Escríbeme a la lucha, siénteme en la trinchera:
aquí con el fusil tu nombre evoco y fijo,
y defiendo tu vientre de pobre que me espera,
y defiendo a tu hijo.

Nacerá nuestro hijo con el puño cerrado,
envuelto en un clamor de victoria y guitarras,
y dejaré a tu puerta mi vida de soldado
sin colmillos ni garras.

Es preciso matar para seguir viviendo:
un día iré a la sombra de tu pelo lejano,
y dormiré en la sábana de almidón y de estruendo
cosida por tu mano.

Espejo de mi carne, sustento de mis alas,
te doy vida en la muerte que me doy y no tomo.
Mujer, mujer, te quiero cercado por las balas,
ansiado por el plomo.

Sobre los ataúdes feroces en acecho,
sobre los mismos muertos sin remedio y sin fosa,
te quiero, y te quisiera besar en todo el pecho
hasta en el polvo, esposa.

Cuando junto a los campos de combate te pienso
mi frente que no enfría ni aplaca tu figura,
te acercas hacia mí como una boca inmensa
de hambrienta dentadura.

Tus piernas implacables al paste van derechas
y tu implacable boca de labios indomables,
y ante mi soledad de explosiones y brechas
recorrer un camino de besos implacables.

Para el hijo será la paz que estoy forjando,
y al fin, en un océano de irremediables huesos,
tu corazón y el mío naufragarán, quedando
una mujer y un hombre gastados por los besos.

¡Para mi compañero en la vida de la guerra Mateo Soto

Miguel HERNANDEZ

«Canción del esposo soldado», poema publicado en la revista Escola Proletària,

órgano de la Federación Catalana de trabajadores de la enseñanza, del sindicato

UGT. Barcelona, septiembre de 1937. © Docu menta / Album.

Miguel Hernández a la salida del II Congreso Internacional de Escritores para la

Defensa de la Cultura, celebrado en Valencia, julio de 1937. © Fondo Guillermo

Fernández Zúñiga. Walter Reuter.

En el salón de plenos del ayuntamiento de Valencia en una de las sesiones del II

Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, en Valencia, 4

de julio de 1937. © Fondo Guillermo Fernández Zúñiga. Walter Reuter.

Arengando a milicianos durante la guerra civil, 1937. Ambas imágenes, © Archivo

ABC.

Notas

1. Aunque este texto se difundió sin título, se conoce como «[La "poesía como un

arma"]», según el criterio de Juan Cano Ballesta. Introducía el poema «Fuerza del

Manzanares» —que aquí publicamos— en la revista Nuestra Bandera (número 40,

Alicante, 22 de agosto de 1937).

2. Uno de los acompañantes fue Enrique Azcoaga (Madrid, 1912-1985). Se dedicó

a la poesía y a la crítica de arte, y se exilió a Buenos Aires durante los años

cuarenta, para regresar a España una década más tarde.

3. Había iniciado su escritura en agosto de 1934. El texto se difundió en Buenos

Aires después de la muerte del autor: con su estreno el 11 de abril de 1946 en el

Teatro del Pueblo, y con su publicación en las editoriales Quetzal (en 1959, en una

versión reducida) y Losada (en 1960, dentro de las obras completas).

4. El historiador José María de Cossío (Valladolid, 1892-1977) fue uno de los

grandes valedores de Miguel Hernández. Antes de la guerra, el poeta colaboraba

con Cossío en sus proyectos con la editorial Espasa-Calpe. La implicación de

Cossío resultó fundamental para la conmuta de la pena de muerte por la de

prisión, así como para el mantenimiento económico de Josefina Manresa y su hijo

Manuel Miguel, aunque terminarán distanciándose por el empeño de Cossío en

que Hernández se arrepintiera, para que se anulase su condena.

5. Eduardo Llosent (Sevilla, 1905-1969) dirigió la revista Mediodía y estrechó lazos

de amistad con los poetas del 27 a raíz del mítico homenaje a Luis de Góngora en

el Ateneo de Sevilla. Casado con la novelista Mercedes Formica, gozó de una

posición excelente tras la guerra y ocupó la dirección del Museo Nacional de Arte

Moderno. Visitó a Miguel Hernández en la cárcel de Torrijos, y tanto José María

Llosent —su hermano— como Mercedes Formica aludieron a su esfuerzo por

proteger a Hernández.

6. La presencia de Josefina Manresa (Quesada, Jaén, 1916- Elche, Alicante, 1987)

resultará constante —y evidente— en estas páginas. Hija de guardia civil, conoció

a Miguel Hernández en 1933, durante la feria de Orihuela. Se casaron por lo civil

en marzo de 1937, y por la iglesia —para legalizar su situación, al anular el

franquismo todas las uniones no religiosas— varias semanas antes de la muerte

del poeta. Dedicó su vida a la protección de su legado, que durante años escondió

—manuscritos, cartas, etcétera— en un baúl para ropa de cama. Escribió el

volumen de memorias Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández (Ediciones de la

Torre, Madrid, 1980).

7. La inclusión de este fragmento abriendo los textos de 1937 rompe el orden

cronológico de la propuesta, puesto que Teatro en la guerra se publicó en otoño.

Sin embargo, considero que se trata de una excelente puerta de entrada a la

numerosísima producción literaria de este año: textos en todos los géneros —

artículos y crónicas, piezas teatrales y poemas— con el objetivo de aportar a la

lucha con palabras.

8. A diferencia de sus obras teatrales más extensas, que nunca se estrenaron en

vida del autor, estas breves escenas se representaron en el frente, con la intención

de animar a las tropas.

9. Otro de los nombres recurrentes en estos textos de guerra es el de Valentín

González «el Campesino» (Malcocinado, Badajoz, 1904Madrid, 1983). Miguel

Hernández le dedicó poemas y crónicas. El Campesino admiraba a su padre,

jornalero anarquista y militante de la CNT, y a Juan Martín Díez «el Empecinado»,

héroe de la guerra de la Independencia. Militante comunista, González participó en

diferentes batallas durante la guerra civil, a la que llegó con un largo historial

previo de movilización política, intentos de revolución —quiso «replicar» en Madrid

la de Asturias de 1934— y encarcelamientos. Se exilió —Argelia, la URSS, Irán,

Francia— y regresó a España en 1977.

10. También se reproducen las dos estrofas finales en el artículo «Carta abierta a

Valentín González, el Campesino» (en el número del 27 de febrero de 1937 de Al

Ataque), que no he incluido en esta selección.

11. Firmado por «Miguel Hernández, de la 1.ª Brigada de Choque».

12. Por la rebelión de Kronstadt, en los primeros días de marzo de 1921, en la que

los marinos de la isla de Kotlin se levantaron contra el gobierno bolchevique, que

ellos —cercanos al anarcosindicalismo y alejados de cualquier partido político—

habían apoyado en una fase inicial, y cuya deriva no aceptaban. La revolución fue

aplastada, con más de diez mil personas muertas, heridas o desaparecidas.

13. Se refiere a la miliciana Rosario Sánchez Mora (Villarejo de Salvanés, Madrid,

1919-Madrid, 2008), a la que en esas mismas fechas dedica el poema «Rosario,

dinamitera», publicado más tarde en Viento del pueblo (1937). Detenida cuando

esperaba un barco al exilio en el puerto de Alicante, pasó varios años en la cárcel.

Fue liberada el 28 de marzo de 1942, el mismo día en que falleció Miguel

Hernández.

14. Pablo de la Torriente (San Juan de Puerto Rico, 1901-Majadahonda, Madrid,

1936) es otra referencia habitual en estos textos. Miguel Hernández le dedica la

«Elegía segunda» incluida en Viento del pueblo (1937), queda mencionado en

diversas crónicas e inspira el personaje de Cubano, uno de los protagonistas del

drama Pastor de la muerte (1937). Hernández conoció al escritor y periodista en

septiembre de 1936, durante una reunión de la Alianza de Intelectuales

Antifascistas en Madrid; Torriente ejercía como comisario político en el batallón

que capitaneaba el Campesino. Durante ese otoño se reencontraron en varias

ocasiones, hasta la muerte de este último en combate.

15. Pablo de la Torriente descubrió que Miguel Hernández se había alistado en el

cuerpo de zapadores, y lo recuperó como «jefe del departamento de cultura» de la

brigada, con la intención de publicar un periódico y organizar la biblioteca, de la

que Hernández se responsabiliza tras morir De la Torriente. En cierto modo, este

texto se vincula con la «Alocución al pueblo de Fuente Vaqueros», que Federico

García Lorca preparó con motivo de la inauguración de la biblioteca pública de su

pueblo, en septiembre de 1931. Ambos reivindican —cada uno en un contexto

diferente, y desde una experiencia distinta de la clase social— la importancia de la

cultura y la lectura para el progreso de los pueblos.

16. Firmado con el seudónimo «Antonio López».

17. Se refiere al ilustrador Andrés Martínez de León (Coria del Río, Sevilla,1895-

Madrid,1978), célebre por su personaje satírico Oselito, inspirado en el torero

Joselito. Se alistó en el Ejército republicano y durante la guerra colaboró con los

periódicos de trinchera. Encarcelado por la dictadura, recibió una condena de pena

de muerte, primero, que sería conmutada en 1942 por treinta años y un día de

prisión; y luego fue indultado en 1945. Rafael Alarcón Sierra ahondó en su trabajo

de esta época en Las crónicas de Oselito en Frente Sur, Frente Extremeño y Frente

Rojo (Guillermo Escolar Editor, Madrid, 2018).

18. Firmado con el seudónimo «Antonio López».

19. Miguel Hernández se refiere a la orden, aprobada por el Consejo de Ministros

el 8 de abril de 1937 y publicada al día siguiente en la Gaceta de la

República,

según la cual los prisioneros en campo de batalla no se juzgarían sin la

autorización del Gobierno. Leemos en el texto del decreto, firmado por Manuel

Azaña: «El Gobierno, en su deseo de dar nuevos testimonios de generosidad,

espera de todos los bravos luchadores que defienden la República con las armas

en la mano, no olviden que mientras dure el combate toda violencia es justa y

necesaria, santificada en este caso por la justicia de nuestra causa; pero que,

terminada la lucha, la vida de cuantos prisioneros caigan en sus manos es

sagrada. Hay que respetarla. Nadie puede disponer de ella, individual o

colectivamente. Solo los Tribunales jurisdiccionales pueden pronunciar, en su

momento oportuno, las sentencias a que se hayan hecho acreedores». Hernández

cita dos artículos especificados, aunque su glosa se centra en la defensa de los

«hombres leales a la República».

20. El militar Carlos García Vallejo (1892-1949) se mantuvo fiel a la República.

Prisionero del franquismo y juzgado en consejo de guerra en 1942, fue condenado

a treinta años de cárcel y expulsado del ejército. Consiguió el indulto en 1946.

21. Miguel Hernández coincidió en el asedio con el fotoperiodista alemán Otto

Pless, instalado en España desde los años de la República. Firmaba con su nombre

y con el seudónimo «Oples», el nombre de su laboratorio en Madrid. Rafael

Alarcón Sierra le identifica como el autor de varias de las imágenes de Viento del

pueblo: suya es la fotografía que acompaña a «Canción del esposo soldado», y es

probable que también las de «Los cobardes», «1.º de mayo de 1937» y «Elegía

primera». La edición del libro en Socorro Rojo Internacional corrió a cargo de la

fotógrafa Tina Modotti, tal como resalta Alarcón Sierra.

22. Se refiere a Pedro Martínez Cartón (1905-México, 1977), tipógrafo, diputado

comunista y militar durante la guerra. Se exilió primero a la URSS y más tarde a

México.

23. Firmado «Jaén, 5 de mayo de 1937».

24. De esta serie del asedio se omite el intercambio epistolar entre el miliciano

Juan Celdrán y Miguel Hernández, con versiones diferentes sobre el episodio del

Santuario, que publicó Frente Sur en su número 15 (13 de mayo de 1937). En su

respuesta, Hernández da la razón a Celdrán y admite sus posibles errores.

25. Firmado con el seudónimo «Antonio López».

26. Se conoce también con el título alternativo de «Un acto en el Ateneo de

Alicante». La crónica de Nuestra Bandera comienza así: «Ayer tarde, en el Ateneo,

Sección de la Alianza de Intelectuales, se organizó un acto en homenaje del

camarada Miguel Hernández Giber [sic], nuestro paisano, sin duda el primer poeta

de nuestra guerra. Fue presentado breve y certeramente por José Juan. Miguel

Hernández dijo las siguientes palabras: (...)».

27. Merece la pena destacar la presencia entre el público del escritor Leopoldo de

Luis, entonces —todavía— Leopoldo Urrutia, a posteriori uno de los grandes

estudiosos de la obra de Miguel Hernández. Urrutia se recuperaba en el hospital

de Alicante de las heridas que había sufrido en diciembre de 1936, durante su

participación en la defensa de Madrid. Hernández y Urrutia se habían conocido

antes de la guerra, y del reencuentro durante el acto del Ateneo —el 21 de agosto

de 1937— surgió un proyecto que su hijo Jorge Urrutia recogió en las «Palabras

previas» a la reedición de la Obra poética completa a cargo de ambos (Alianza,

Madrid, 2017): «un cuaderno conjunto, expositor de poemas de los tres —algo

fabuloso para nosotros dos [Leopoldo Urrutia y Gabriel Baldrich, que le

acompañaba], frente al hermano mayor y maestro que Miguel era —». El cuaderno

se tituló Versos en la guerra (Socorro Rojo, Alicante, 1938).

28. Miguel Hernández recurre en esta intervención a dos textos que ha publicado

o publicará: un segundo apartado que aquí se identificaría como «Con el

Comisario», y que corresponde con el incluido en «Hombres de la Primera Brigada

Móvil de Choque», y un tercer apartado con el subtítulo «No dejar solo a ningún

hombre». Quedan suprimidos en este fragmento.

29. Es el apodo cariñoso con el que Miguel Hernández se refiere a las tres

hermanas pequeñas de Josefina Manresa, a las que menciona en otras cartas

como «mis hijas». Tras el asesinato de su suegro —guardia civil— en los primeros

días de la guerra, Miguel Hernández asumió el rol de cabeza de familia.

30. Jesucristo Riquelme nos cuenta que Miguel Hernández escribió Pastor de la

muerte al regresar de la URSS, donde había asistido —entre otras actividades— al

V Festival de Teatro Soviético: es decir, entre finales de septiembre y el 26 de

noviembre de 1937, cuando la da por finalizada en Cox. Logró un accésit en el

Premio Nacional de Literatura, que le reportó tres mil pesetas, y se publicó por

primera vez dentro del volumen de Obras completas (Losada, Buenos Aires, 1960).

31. Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia alertan sobre una confusión en este poema.

En la tercera estrofa, Hernández escribe: «Alberti, Altolaguirre, Cernuda, Prados,

Garfias, / Machado, Juan Ramón, León Felipe, Aparicio, / Oliver, Plaja». Se refiere

a Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, Luis Cernuda, Emilio Prados, Pedro Garfias,

Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, León Felipe, Antonio Aparicio, Antonio

Oliver Belmás y Arturo Serrano Plaja. La enumeración de la penúltima estrofa no

mantiene el paralelismo: «Federico [García Lorca], Vicente [Aleixandre], Pablo

[Neruda], Antonio [Machado], / Luis [Cernuda], Juan Ramón [Jiménez], Emilio

[Prados], Manolo [Altolaguirre], Rafael [Alberti], / Arturo [Serrano Plaja], Pedro

[Garfias], Juan, Antonio [Aparicio], León Felipe». ¿A quién se refería Miguel

Hernández con ese «Juan» sin vincular a ningún apellido? De Luis y Urrutia

descartan a Juan Larrea y Juan Rejano, y proponen —con dudas— a Juan Gil-

Albert.

32. Se refiere al primer hijo del matrimonio, Manuel Ramón Hernández Manresa.

Había nacido el 19 de diciembre de 1937 y falleció el 19 de octubre de 1938.

33. En la correspondencia a partir de 1939 se menciona a menudo a Juvencio

Valle (Villa Almagro, 1900-Santiago de Chile, 1999), poeta chileno que había

cubierto para la revista Ercilla el final de la guerra y el inicio de la dictadura;

detenido por la policía franquista, fue primero encarcelado durante tres meses, y

luego expulsado del país. De nuevo en Chile, continuó con su actividad literaria y

su atención a la política: viajó a Cuba, Rumanía, la URSS... En 1978 cofundó la

Comisión Chilena de Derechos Humanos.

34. Desde 1939, Miguel Hernández firmaba con el seudónimo de «Manuel»

algunas de sus cartas a José María de Cossío, para evitar que la interceptasen.

35. Miguel Hernández desconocía el exilio de Jorge Guillén (Valladolid, 1893-

Málaga,1984). Tras un paso brevísimo por Francia —«no me acuerdo bien si fue el

8 o el 9 de julio de 1938 [cuando] atravesé el puente sobre el Bidasoa»—, logró

establecerse en América del Norte: primero un semestre en Middlebury (Vermont,

Estados Unidos), luego un curso en McGill (Montreal, Canadá), una plaza en

Wellesley College (Massachussetts, Estados Unidos) desde 1940 hasta su

jubilación en 1958. Regresó a España en 1977.

36. Manolillo es ahora el segundo hijo del matrimonio, Manuel Miguel Hernández

Manresa, nacido el 4 de enero de 1939; murió el 23 de mayo de 1984 en Elche

(Alicante).

37. El sacerdote Luis Almarcha (Orihuela, Alicante, 1887-León, 1974) ejerció en

cierto modo como primer mentor de Miguel Hernández. Cuando su padre le obligó

a abandonar el colegio para pastorear, Almarcha le abrió su biblioteca personal y le

prestó su máquina de escribir; también pagó la edición del primer libro de

Hernández, Perito en lunas (La verdad/Sudeste, Murcia, 1933), aunque José Luis

Ferris duda en la biografía Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un

poeta (Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2022) sobre el peso real de Almarcha

en las publicaciones iniciales de Hernández en la prensa local, en las que a su

juicio influyó más su buen amigo Carlos Fenoll. De manera paulatina, Miguel

Hernández se alejó de Almarcha: primero ideológica, literaria y vitalmente, luego

como consecuencia de la guerra. Aunque aquí le menciona como posible apoyo,

Ferris insiste en que, en los comienzos de la dictadura, «nada, que sepamos, hizo

Almarcha por amparar al poeta», y así lo ratifica una carta del poeta a su esposa

el 26 de abril de 1941, desde la cárcel de Ocaña: «Almarcha y toda su familia y

demás personas de su especie que se guarden muy bien de intervenir para nada

en mis asuntos. No necesito para nada de él, cuando he despreciado

proposiciones de otros muchos más provechosas. Ya te contaré, y comprenderás

que no es posible aceptar nada que venga de la mano de tantos Almarchas como

hay en el mundo. Sería una verdadera vergüenza». Hasta casi el momento de la

muerte del poeta, según Ferris, Almarcha insistió en el arrepentimiento de

Hernández como condición para apoyar su posible traslado desde la enfermería del

penal de Alicante a un sanatorio.

38. Juan Bellod Salmerón (1912-1970) no formó parte del círculo de jóvenes

escritores de Orihuela con los que se relacionaba Miguel Hernández: aunque

habían coincidido en el colegio de Santo Domingo, Bellod no asistía a la tertulia de

la tahona de Carlos Fenoll, sino a la del Hotel Palace, con Ramón Sijé. Quedaron

unidos por Sijé, y por la coincidencia de ambos en Madrid, donde Bellod —

licenciado en Derecho— preparaba su tesis y sus oposiciones; Hernández le pidió

«para el tranvía algunos días». Bellod ejerció como secretario de la revista El Gallo

Crisis, dirigida desde Orihuela en 1934 y 1935 —seis números, dobles los dos

últimos— por Ramón Sijé, próxima al catolicismo y la Falange; su militancia

continuó hasta alcanzar el cargo de secretario de la Jefatura Provincial de Falange

en Valencia. Desde su posición como falangista avaló en mayo de

1939 a Miguel

Hernández, de quien destacaba su implicación para evitar el fusilamiento de Bellod

en los inicios de la guerra. Sin embargo, Bellod no se presentó en Madrid a

ratificar su aval ante el juez, como esperaba Hernández. Escribirá el poeta en una

carta a su familia del 9 de febrero de 1940: «Me esperaba que Bellod no se

atreviera a garantizarme como yo quería. No hace falta por suerte ya, pero ya

podéis ver que son pocos los amigos dispuestos a serlo de verdad y con todas las

consecuencias. No me deis más recuerdos suyos, que es una manera muy cómoda

de cumplir dar recuerdos. Y no me gustan los cumplidos».

39. Escritor de vocación y abogado de profesión, José Martínez Arenas (Cartagena,

Murcia, 1880-Orihuela, Alicante, 1970) compartía ideología y clase social con esta

enumeración de posibles apoyos. Antes de la guerra había sido diputado por el

Partido Republicano Conservador. Avaló a Hernández en la publicación de Perito en

lunas.

40. Baldomero Giménez Giménez había tomado posesión como alcalde franquista

de Orihuela el 6 de abril de 1939. En lugar de ayudar a Miguel Hernández, emitió

varios informes en su contra, afirmando que «su actuación en esta ciudad desde la

proclamación de la República ha sido francamente izquierdista, más aún marxista,

incapaz por temperamento de acción directa en ningún aspecto, pero sí de

activísima propaganda comunistoide».

41. Apela al escritor y diplomático chileno Carlos Morla Lynch (París, c. 1888-

Madrid, 1969), de ideología conservadora y simpatías por el falangismo y el

nazismo, que ejerció como encargado de negocios de la embajada chilena en

Madrid durante la guerra. El 1 de marzo de 1939, Morla Lynch recogió en su

diario: «He mandado llamar al poeta Juvencio Valle porque me preocupa el caso

del poeta-pastor Miguel Hernández. (...) Me dice que Hernández ha declarado que

no se albergará en la Embajada, que lo considera como una deserción de última

hora. El muchacho no ha pensado un momento en tomar medidas de precaución y

Alberti, que tenía su salida muy arreglada, no se ha preocupado de él a pesar de

que también era miembro de la Alianza Intelectual». José Luis Ferris nos cuenta

en su biografía del poeta cómo Morla intentó convencer a Miguel Hernández hasta

varias semanas más tarde, a través de varios amigos, de que se aceptara su

propuesta de asilo diplomático.

42. La escojo de entre una serie de cartas casi diarias (27 de mayo, 28 de mayo,

30 de mayo, 31 de mayo) que dirigió a Josefina. Al día siguiente recibirá la visita

de Cossío, por una parte, y por otra de su cuñado Francisco, el marido de su

hermana Elvira; ambos le «mandan comestibles».

43. Sustituto de Carlos Morla Lynch como encargado de negocios de la embajada.

El 20 de abril de 1939 había enviado al gobierno de Franco un listado con las

diecisiete personas acogidas por el gobierno chileno, entre las que no figuraba

Miguel Hernández.

44. Buscando a Diego Romero Pérez —amigo de Eduardo Llosent— para que le

ayudara a cruzar la frontera a Portugal, Hernández se desplazó hasta Valverde del

Camino (Huelva); Llosent no se encontraba allí, sino en Madrid, donde estaba

destinado como alférez. Más tarde, cuando Cossío y Llosent buscaron ayuda en la

defensa de Hernández, lograron la implicación de Romero Pérez, que les

asesoraría pero no ejercería como abogado, según Ferris o Juan A. Ríos Carratalá:

«Vistos los documentos, no me consta la menor huella de la intervención de Diego

Romero Pérez, cuyas actuaciones en defensa de Miguel Hernández pudieron ser a

título de amistad, con carácter orientativo y ajenas a los cauces legales. La tarea

tuvo mérito como acto de solidaridad hacia el amigo e implicó riesgo personal,

pero su magnificación parece un intento de autojustificación» (Los consejos de

guerra de Miguel Hernández; Ministerio de Defensa/Universidad de Alicante,

Alicante, 2022). Romero Pérez fue autor de un libro sobre el poeta en el que

combinó memorias y poemas: Miguel Hernández en el recuerdo (autoedición,

Camas, 1992).

45. Se refiere al original de «Nanas de la cebolla».

46. Aunque existen versiones diversas sobre el inicio de la relación entre Germán

Vergara Donoso (Constitución, 1902-Santiago de Chile, 1987) y el poeta, lo cierto

es que el diplomático chileno se convirtió en uno de los grandes apoyos de Miguel

Hernández durante sus años en prisión. Además de las gestiones burocráticas ante

el gobierno franquista, se preocupó por Hernández y su familia: cuando

trasladaban a Hernández a prisiones madrileñas le enviaba alimentos diarios —y

paquetes más esporádicos a otros destinos—, y cada mes hacía llegar a Josefina

Manresa —a través de Vicente Aleixandre o de forma directa— al menos 150

pesetas. Más tarde logró los traslados primero al penal de Ocaña, viendo

mejoradas las duras condiciones de Palencia, y luego a Alicante.

47. Sí miente, en realidad: la condena conmutaba la pena de muerte por treinta

años de prisión.

48. En ocasiones se reproduce con el título «Brindis entre rejas». Forma parte de

la respuesta de Miguel Hernández a la comida que organizaron en su honor los

compañeros del penal.

49. Los últimos días de la guerra en Madrid, Miguel Hernández los vivió en la casa-

taller del escultor Víctor González Gil (Talavera de la Reina, Toledo, 1912-Madrid,

1992), hasta que el 11 de marzo se reencontró en Cox con Josefina Manresa, tal

como informó a Cossío (véase «Carta a José María de Cossío»). González Gil se

convirtió durante la dictadura en una de las referencias de Miguel Hernández en

Madrid.

50. El poeta Carlos Rodríguez-Spiteri (Málaga, 1911-Madrid, 2001) fue uno de los

«verdaderos amigos» de Miguel Hernández en los años en prisión. No cejó en sus

esfuerzos legales ante el gobierno franquista para que mejorasen las condiciones

de Hernández, mantuvo correspondencia con él hasta pocas semanas antes de su

muerte —cuando apenas le quedaban fuerzas para comunicarse con su esposa— y

mandaba dinero a Josefina Manresa.

51. Frente a la desaparición de algunos amigos de siempre en los momentos

difíciles, Miguel Hernández valoró compromisos como los del poeta José Antonio

Muñoz Rojas (Antequera, Málaga, 19092009), con quien apenas había coincidido

en algunas publicaciones antes de la guerra. En su caso, el apoyo se basó en el

envío constante de dinero a Josefina Manresa para la supervivencia de ella y de su

hijo Manolillo, además de otras gestiones legales. Aunque no se menciona en las

cartas, Manresa también recibió ayuda económica de Carmen Conde —con el

nombre falso de Constanza de Acevedo—, amiga de Hernández desde comienzos

de los años treinta.

52. Con el traslado de Miguel Hernández a la prisión de Alicante, la

correspondencia con Josefina se transformó: más numerosa, con breves notas

diarias, y más exacta; a los mensajes de cariño para ella y Manolillo se sumaron

las peticiones concretas de comida, a las que más adelante —con la enfermedad,

a finales de año— incorporó las de medicamentos e inyecciones, algunas veces

firmadas por él aunque escritas por compañeros de la prisión.

53. Según especifican Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia, «el poema debió de

escribirse el 19-12-1938, ya que en la primera versión iba encabezado con la fecha

"19-12-1937", que es la del nacimiento del primer hijo, muerto a los diez meses».

54. Miguel Hernández calificó los dos primeros cuentos de traducciones, como

leemos en la carta a Josefina Manresa del 5 de enero de 1942: «El conejito» se

basa en «The tale of Peter Rabbit», de Beatrix Potter, mientras que «El potro

obscuro» se inspira en «Los músicos de Bremen», de los hermanos Grimm.